

se

Agnes Ravatn

El tribunal de los pájaros



Lectulandia

Aceptar una enigmática oferta de empleo es la única salida que encuentra Allis Hagtorn para dejar su vida en suspenso durante un tiempo. Y su nueva vida la traslada a un aislado fiordo en el que pasará a encargarse de la casa y el jardín de un hombre misterioso: el silencioso y hosco Sigurd Bagge.

Mientras esperan la vuelta de la esposa de Sigurd, entre él y Allis empezará a forjarse una relación obsesiva que irá más allá de las pocas palabras que se cruzan y de los muchos silencios que tiñen sus días. En una tensa y prolongada calma, los retazos del pasado de ambos empiezan a salir a la superficie.

Como tallada palabra a palabra, *El tribunal de los pájaros* es un poderoso *thriller* psicológico que va forjando un *crescendo* que dejará al lector sin respiración.

Agnes Ravatn

El tribunal de los pájaros

ePub r1.0

Karras 26-07-2019

Título original: *Fugletribunalet*

Agnes Ravatn, 2013

Traducción: Bente Teigen Gundersen & Mónica Sainz Serrano

Editor digital: Karras

ePub base r2.1

Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Sobre la autora

Se me iba acelerando el pulso a medida que atravesaba el bosque tranquilo. De vez en cuando, un graznido de pájaro, y por lo demás, sólo grises y desnudos árboles de hoja caduca, un joven bosquecillo y algún que otro enebro verdiazul bajo el pálido sol de abril. Allí donde el estrecho sendero rodeaba una roca, se abría un paseo flanqueado por enhiestos abedules blancos. Cada abedul tenía grandes ramificaciones nudosas en la copa, como nidos a medio construir. Al final de la alameda había una cerca descolorida y blanca con cancela. Tras la cancela, la casa. Una pequeña y antigua villa de madera con tejas de pizarra.

Cerré la cancela sin hacer ruido, crucé el patio y subí los pocos escalones que llevaban a la puerta principal. Nadie abrió cuando llamé; se apoderó de mí una ligera inquietud. Dejé las bolsas en la escalera, bajé y seguí la senda que marcaban unas losas alrededor del edificio. Desde la fachada delantera se abría el paisaje. Montañas violáceas con manchas de nieve desperdigadas descansaban al otro lado del fiordo. La maleza rodeaba la propiedad.

Él estaba en el jardín, junto a unos árboles enjutos; una larga espalda envuelta en un jersey de lana de color azul marino. Se sobresaltó cuando lo saludé. Se dio la vuelta, me devolvió el saludo con la mano y se acercó a mí con unas pesadas botas a través del terreno amarillo grisáceo. Inspiré. Un rostro y un cuerpo en los cuarenta, no tenía el menor aspecto de ser una persona dependiente. Disfracé mi sorpresa con una sonrisa y di unos pasos hacia él. Era robusto y moreno. No me miró a los ojos, sino que su mirada pasó de largo al tenderme la mano.

Sigurd Bagge.

Allis Hagtorn, dije apretando levemente su enorme mano. En su mirada no había nada que denotase que me reconocía. Quizá sólo era un buen actor.

¿Dónde está tu equipaje?

En la parte de atrás.

El jardín que se desplegaba a sus espaldas era una plomiza tragedia invernal de matorrales marchitos, paja húmeda y hojas. Cuando, en breve, llegase la primavera, aquello se convertiría en una selva. Él percibió mi gesto de preocupación.

En efecto. Hay bastante que hacer.

Le sonreí, asentí.

El jardín es un proyecto de mi mujer. Necesito que alguien me ayude mientras ella está de viaje.

Lo seguí al otro lado de la casa. Cogió una bolsa con cada mano y entró en el recibidor.

Me mostró el camino a la segunda planta, subió las viejas escaleras con paso decidido. Mi habitación estaba amueblada con sencillez; una cama estrecha, una cómoda y un escritorio. Olía a limpio. Las sábanas tenían un estampado floral.

Es una habitación bonita.

Se dio la vuelta sin responder, agachó la cabeza y salió; asintió para mostrarme mi cuarto de baño, volvió a bajar las escaleras mientras yo lo seguía, salió al exterior, dobló la esquina y cruzó el patio hacia la caseta de las herramientas. La madera crujió cuando abrió bruscamente la puerta y señaló la pared: rastrillo, pala, palanca.

Para cortar la hierba más alta hay que usar la guadaña, si sabes cómo.

Asentí, tragué saliva.

Aquí encontrarás lo que necesites. Tijeras de jardín, continuó. Me alegraría que consiguieras ordenar el seto de alguna manera. Y dime si echas en falta alguna herramienta, te daré dinero.

No se molestaba en mirarme cuando hablaba. Yo era del servicio, había que establecer las distancias desde el primer momento.

¿Hubo muchas respuestas al anuncio?, se me escapó.

Me lanzó una mirada efímera desde debajo del flequillo negro.

Bastantes.

Me pareció que su arrogancia era fingida, pero no tuve más remedio que morderme la lengua. Yo sólo era su empleada, él podía hacer lo que quisiera. Seguimos rodeando la casa hacia el jardín, pasando por delante de los arbustos de bayas y los frutales que había a lo largo de la cerca de piedra. El aire era cortante y húmedo, olía a tierra mojada y a hierba marchita. De una zancada salvó una verja baja y se volvió hacia mí. Está oxidada, dijo, tal vez puedas hacer algo con ella. Pasé por encima de la verja y lo seguí. Una empinada escalera de piedra de altos escalones partía del borde del jardín y desembocaba abajo, en el fiordo. Conté los escalones al bajar y llegué justo a cien. Aparecimos en un pequeño muelle de hormigón. Había un destartalado

cobertizo para botes con un punto de amarre a la derecha. El acantilado formaba un semicírculo a nuestro alrededor y protegía el muelle de miradas ajenas desde ambos lados. Me recordaba al lugar donde había aprendido a nadar hacía casi treinta años, cerca de una casa de veraneo que alguien les había prestado a mis padres.

Qué lugar tan hermoso.

Tengo intención de demoler el cobertizo algún día, dijo sin mirarme. El viento del fiordo jugueteaba con su cabello.

¿Tienes barco?

No, respondió escueto. Bueno, por aquí no hay mucho que puedas hacer. Pero al menos ya has visto cómo es.

Se volvió y empezó a subir la escalera.

Su dormitorio estaba ubicado en la planta baja, cerca de la cocina y el salón, y tenía la ventana orientada al jardín. A través del dormitorio se accedía a su estudio.

Aquí paso la mayor parte del día. No vas a verme mucho, y quiero tener tan pocas interrupciones como sea posible.

Asentí despacio ante sus palabras una sola vez, para demostrar que entendía la seriedad del asunto.

Lamentablemente, no tengo coche, pero hay una bicicleta con alforja para la compra. El supermercado está a cinco kilómetros hacia el norte por la carretera nacional. El desayuno se servirá a las ocho: dos huevos duros, arenques, dos rebanadas de pan de centeno y café solo, me enumeró.

Los fines de semana, en principio, los tienes libres. Pero si andas por aquí puedes prepararme el desayuno una hora más tarde de lo habitual. A la una, el almuerzo. La cena es a las seis, seguida de café y coñac.

Dicho esto desapareció en su estudio, y pude familiarizarme con la cocina. La mayoría de los utensilios estaban desgastados, pero eran de buena calidad. Abrí cajones y armarios intentando hacer el mínimo ruido posible. En la nevera encontré los lomos de bacalao que compartiríamos para la cena.

Los manteles estaban guardados en el último cajón. Elegí uno y lo extendí sobre la mesa antes de disponerlo todo de manera tan silenciosa como pude. A las seis en punto salió del dormitorio, apartó la silla y se sentó a la cabecera de la mesa. Aguardaba. Coloqué la fuente con el pescado en el centro, el

cuenco con patatas delante de él. Aparté mi silla y, cuando me disponía a sentarme, me detuvo con un gesto brusco de la mano.

No. Tú comes después.

Miró fijamente hacia delante.

Es culpa mía, quizá no lo he dejado del todo claro.

Se me hizo un nudo en la garganta; cogí mi plato y lo llevé rápidamente a la encimera de la cocina sin decir palabra, con la cabeza gacha, la espalda encorvada y miserable.

Mientras él comía, llené la pila de agua y me puse a fregar la cacerola y los cucharones. Él se sentaba erguido, comiendo sin emitir sonido alguno; en ningún momento alzó la vista. Preparé café con movimientos torpes, saqué el coñac de la vitrina que había tras él y recogí la mesa cuando hubo dejado los cubiertos. Serví café en la taza, coñac en la copa de cristal fino, lo coloqué todo en una bandeja y se lo acerqué tambaleándome tintineante. Luego, cuando se levantó, me dio las gracias por la comida y regresó a su estudio. Me senté para comerme mi ración, tibia ya, vertí la mantequilla casi sólida sobre las patatas. Cuando acabé de comer terminé de fregar los platos, limpié la mesa y la encimera y subí a mi habitación. Deshice el equipaje, coloqué la ropa, los calcetines y la ropa interior en la cómoda, apilé los libros en el escritorio. Comprobé que mi teléfono estaba apagado antes de introducirlo en el cajón del escritorio. Nunca volvería a encenderlo, excepto en una situación de emergencia. Después me quedé sentada, quieta, por temor a hacer ruido; en ningún momento se oyeron ruidos desde abajo. Finalmente, fui al baño y luego me acosté.

La hoja de la guadaña debía de estar desafilada. Maldije la húmeda hierba amarilla, que me esquivaba por mucha fuerza y velocidad que emplease para segarla. El cielo estaba encapotado, y el aire, húmedo. Él se había metido en el estudio inmediatamente después del desayuno. Cuando me disponía a salir, vislumbré mi reflejo en el espejo de la entrada. Parecía disfrazada. Llevaba el viejo pantalón que había usado para pintar la casa de mis padres un verano de hacía posiblemente quince años. Lo había encontrado en el armario de casa dos noches atrás, cuando estaba preparando la maleta para venir aquí, junto a una camisa manchada de pintura. Mis padres, que se despidieron aliviados cuando a la mañana siguiente fui a coger el autobús.

Empecé a notarlo en la espalda. El sudor bajo la camisa. Minúsculos insectos zumbaban a mi alrededor y se me pegaban al cabello, a la frente; me picaba. Tenía que pararme cada dos por tres para quitarme los guantes y frotarme la cara. Las largas greñas amarillas de paja se adherían al suelo como si se burlasen de mí, yo blandía la guadaña con todas mis fuerzas.

Si fuera tú, probaría con el rastrillo de hierro.

Me di la vuelta y allí estaba Bagge. Yo debía de tener un aspecto lamentable, con la cara enrojecida y ataviada con mis viejos harapos. El flequillo se me pegaba a la piel, me pasé la mano instintivamente por la frente y me percaté de que me había manchado con la tierra del guante.

La guadaña no sirve cuando la hierba está húmeda.

Pues no. Intenté sonreír, decepcionada conmigo misma.

Y recuerda el almuerzo, dijo dándose unos golpecitos en la muñeca para indicar que se iba acercando la hora, y se volvió y se marchó. Entonces lancé una breve mirada a la casa, a las ventanas de su estudio. Me había observado con incredulidad desde ahí mientras yo me dedicaba a mis ignorantes prácticas de jardinería, hasta que finalmente no había podido soportarlo más y se había visto obligado a bajar. Me agobié. Llevé la guadaña a la caseta de las herramientas y la colgué de nuevo en la pared. Agarré el rastrillo de hierro y regresé; lo arrastré con fuerza por el terreno y llené la carretilla de hierba mustia y resbaladiza.

La bicicleta estaba en el leñero, detrás de la caseta. Una Peugeot gris de ruedas estrechas y manillar en forma de cuerno de toro, vieja y veloz.

El trayecto a la tienda me llevó pocos minutos. Era un pequeño supermercado olvidado por el tiempo ubicado en una curva, justo pasado el puente. Sentí un leve temblor sobre mí al empujar la puerta. No había más clientes. La dependienta de edad avanzada, que estaba tras el mostrador, apenas asintió cuando la saludé. Había estantes de comida de sobre, servilletas y velas, pan, productos lácteos y una vitrina de congelados, fruta y verdura, y una balanza para que los propios clientes pesasen sus productos.

La mujer me seguía con ojos penetrantes de halcón mientras yo caminaba entre las filas de estantes semivacíos. Su mirada crítica no dejaba lugar al error. Me reconocía. Se me hizo un nudo en el estómago, seleccioné los productos y los puse en la cesta con movimientos rígidos, aunque tenía ganas de dejarla en el suelo y marcharme. Finalmente me acerqué a la caja para pagar y coloqué la compra en el mostrador sin mirar a la mujer a los ojos. Ella marcó el precio de los productos en la caja registradora sin inmutarse. Piel y manos arrugadas, una pequeña boca con las comisuras colgando; era su forma de ser, pensé aliviada cuando volvía a casa en bicicleta, no tenía nada que ver conmigo, era su actitud vital.

Regresé a toda velocidad sobre las finas ruedas, con el fiordo a la izquierda y una húmeda y reluciente escarpada negra a la derecha, los productos en la alforja de la rueda trasera, coches pasando en su trayecto entre ciudades; bajé el empinado camino de grava, atravesé el bosque y dejé la bicicleta junto a las pilas de leña. El crujido al andar sobre la grava, al entrar en el recibidor, al pisar el suelo para ir a la habitación. Había algo que no encajaba en ese lugar, en el hecho de que allí viviese un matrimonio, el jardín descuidado, sin coche, él metido todo el día en su estudio; la mujer, fuera. Coloqué la compra en su sitio y empecé a preparar la cena.

No podía moverme. Sentía el cuerpo pesado y rígido como una verja de hierro forjado, estuve largo rato contemplando los nudos de la madera del techo antes de ser capaz de girarme sobre el colchón y rodar hasta el suelo. Qué idiotez. ¿Cuándo había sido la última vez que había realizado un trabajo físico? Jamás antes de que, de repente, se me ocurriese rastrillar hierba y ponerme a remover tierra compacta durante horas y horas.

Me tambaleé de manera espantosa entre la mesa y la cocina cuando le serví el desayuno. Estaba avergonzada, sabía que mis rígidos movimientos lo irritaban. Cuando me disponía a servirle el café, solté un pesado gemido; difícil determinar para quién de los dos fue más embarazoso.

Creo que ayer me pasé un poco en el jardín, dije con un tono prudente de disculpa.

Él carraspeó y miró al frente como respuesta.

Después se marchó a su estudio sin pronunciar palabra. Más tarde, cuando me tomaba el amargo café en soledad, mi estado de ánimo se quebró. Me había sentido muy orgullosa cuando trabajaba en el jardín el día anterior, eliminando la hierba mustia del prado, esperando que él estuviese observándome desde la ventana. Tenía la espalda tan tan dolorida...

El día siguiente fue todavía peor; colocar un pie delante del otro era un suplicio. Durante toda la jornada evité sentarme, porque sabía que no sería capaz de volver a ponerme de pie. El entusiasmo por la jardinería me había durado un día. Siempre era así: empezaba las cosas con gran entusiasmo, pero jamás terminaba nada. Siempre con la misma dedicación desatada antes de cansarme al cabo de poco tiempo. No tenía capacidad de aguante, ni voluntad. Pensaba que podría cambiar: la fuerza de voluntad, la autodisciplina. Sin embargo, se trataba precisamente de eso, que adquirir fuerza de voluntad requería fuerza de voluntad. Debía convertirme en una persona más resistente, con un carácter más sólido, y si no lo conseguía ahora, no lo conseguiría nunca. Allí tenía todo lo que necesitaba: soledad, días por delante, pocas y previsibles obligaciones; estaba exenta de las miradas de los demás, de sus habladurías, y tenía un jardín entero sólo para mí.

La noche del séptimo día, cuando dejé en la mesa delante de él la bandeja con el servicio de café y la copa de coñac y me disponía a retirarme, me detuvo con un gesto de la mano. Era martes. Llevaba una semana preparándole la cena y ya se me habían acabado las ideas. Hoy: pollo al estragón. Lunes: albóndigas de carbonero con cebolla rehogada. Domingo: asado de ternera. Sábado: asado de buey. Viernes: trucha a la plancha con ensalada de pepino. Jueves: salchicha cocida con bechamel. Miércoles: bacalao cocido.

Allis.

Era la primera vez que lo oía pronunciar mi nombre.

¿Sí?

Saca otra taza y otra copa y siéntate.

Hice lo que me dijo. Me sirvió café en la fina taza de porcelana con mano firme.

Llevas una semana entera aquí, comentó mirando el borde de la mesa.

No dije nada.

¿Estás a gusto? Alzó la vista.

Sí.

¿Te gustaría quedarte más tiempo?

Sí, por supuesto. Gracias.

Recibirás la primera paga cuando haya pasado un mes. ¿Te parece bien?

Asentí.

¿Tienes alguna pregunta?

Vacilé un poco.

¿Sabes cuánto tiempo podré trabajar aquí?

Mientras mi mujer esté de viaje necesitaré ayuda con la casa y con el jardín. Toda la primavera y el verano, de momento.

Me viene muy bien.

Me sirvió coñac en la copa pequeña. Acto seguido, levantó la suya hacia mí.

Entonces, brindemos por que así sea.

Alcé la copa y, sin pensar, golpeé cuidadosamente la mía contra la suya, un tintineo casi imperceptible. Permanecimos en silencio. Él no mostraba

voluntad alguna de seguir con la conversación, tenía la frente arrugada bajo el flequillo oscuro. Me tomé el café, me acabé la copa y, antes de que él terminara, abandoné la mesa y empecé a fregar los platos. Lo oí colocar la silla en su sitio y desaparecer hacia su cuarto mientras yo enjuagaba la vajilla bajo el grifo, impasible ante la idea de que estaba decidido, me quedaría, pero, a la vez, entusiasmada por el mismo motivo, pues tenía un lugar donde quedarme, no debía volver; aquí podía vivir en paz.

Tras unos cuantos días soleados, el jardín había empezado a secarse. Finalmente, y a pesar de todo, había conseguido dominar la guadaña, y a mi paso dejaba la hierba corta y punzante. Sudaba aunque el aire era frío. El pálido sol vespertino empezaba a ocultarse tras la montaña y yo tenía agujetas en la espalda. Miré a mi alrededor. Aquí y allá habían ido apareciendo flores de primavera. Un día había nevado, al día siguiente, de repente, una mariposa; no había ningún orden en ello. Rastrillé el terreno, eliminando la paja y las malas hierbas, y con la carretilla lo llevé todo al borde del jardín. Bajo las malas hierbas habían emergido parterres de compacta tierra negra. Todavía no los había tocado, quizá ocultaban bulbos y semillas, vida que brotaría en la superficie. En ocasiones, mientras trabajaba, me había vuelto hacia la casa y había visto a Bagge en la ventana. Cuando eso sucedía, él siempre se movía y yo no podía saber si llevaba tiempo observándome o si casualmente pasaba por delante de la ventana. Guardé las herramientas en la caseta, sacudí las botas de trabajo contra el muro de debajo de la terraza para quitarles la tierra y subí a mi cuarto de baño. Llené la bañera de agua, me metí y me froté para quitarme la tierra, animada por mi nueva oportunidad existencial. Trabajar a cielo abierto, sentir el cuerpo, llenar de aire fresco los pulmones. Jamás había pensado que un cambio fuera posible. No por mí misma. Jamás. Sólo había sido un pensamiento paliativo ocasional, pero, al mismo tiempo, deprimente, puesto que no pensaba que pudiese realizarlo. Pero ahora esto. Comprometerme a esto: al trabajo en el jardín. Limpiarlo, hacer que crecieran cosas. Era ahí donde se encontraba la salvación, ahí podía crear un yo, un otro yo en el que no existía nada de lo que se adhería al antiguo. Limpiarme y liberarme de toda culpa, un corazón puro. Tiré del tapón y contemplé cómo desaparecía el agua. Me aclaré el cuerpo y el cabello y salí de la bañera. Oí los pasos de Bagge en la planta baja, ¿era posible que él fuese puro? Me sequé y me vestí, entré en mi habitación. Desde la ventana lo vi cruzar el patio y bajar al jardín. De inspección, quizá; su enorme calzado aplastando los restos de paja seca, su espalda entre los frutales y bajando las escaleras de piedra hasta el muelle. Sentí un aleteo en el estómago; los hombres, pensé, qué hermosos son. Algunos. Sus voces, sus hombros. Me apresuré a salir de

mi habitación e intenté abrir la puerta que había enfrente del pasillo; estaba cerrada. Me detuve en la escalera y pensé en bajar corriendo para husmear un poco; la simple idea hizo que el corazón me latiese con fuerza, me resistí.

Su baño estaba a mano derecha en el recibidor. El suelo antiguo embaldosado, un retrete común y una sencilla ducha con una cortina. Tenía instrucciones de fregar el suelo y su cuarto de baño una vez por semana. Yo misma podía elegir el día, había comentado, aunque había añadido que le gustaba el olor a limpio al comienzo del fin de semana.

Cuando llenaba el cubo de agua en la cocina, lo vi en el jardín. Era alto y corpulento y, cuando salía o entraba en algún lugar, se agachaba instintivamente. En el exterior avanzaba erguido y con pasos lentos, con una especie de botas de montaña pesadas; siempre caminaba con sigilo a pesar de ser gigantesco. Sin motivo aparente, cuando lo veía desplazarse de aquella manera pensaba en el dios Balder. Me gustaba contemplar su espalda, me deleitaba verlo caminar. Siempre llevaba camisas; por las noches, cuando hacía frío, con un grueso jersey de lana azul marino encima. No mostraba el menor interés hacia mí, hacia nada, a excepción de lo que ahora mismo acontecía en su estudio. Yo trataba de no cotillear, intentaba ocuparme de mis asuntos, pensar en lo que ocurriría en el jardín, que poco a poco iba considerando de mi propiedad; planificaba las comidas. Por las noches redactaba listas de lo que ya tenía, de lo que debía comprar, lo que iba a preparar, para qué emplearía las sobras, cómo podría aprovecharlo todo al máximo. Aquello se convirtió en una manera de anclar mis pensamientos, pues éstos tenían una asombrosa facilidad para ir a parar a sitios peores.

La puerta del armario soltó un breve chasquido. Sólo contenía analgésicos, tiritas, repelente de mosquitos, un recortador de barba y un desodorante normal y corriente. Me sorprendió, yo había dado por hecho que se medicaba. Mi mirada en el espejo cuando pasé un papel para secarlo. Era evidente que la persona cuya mirada se reflejaba había hecho algo que sabía que estaba mal; yo había visto aquella mirada antes, cientos de veces. Nada más de esto, pensé. Ser pura.

Leí que había que podar los arbustos antes de que brotasen los capullos, pero el libro no decía nada de cuándo ocurría eso. Me senté en una banqueta junto al primer grosellero negro y examiné detenidamente sus ramas. Por suerte, había encontrado un libro de jardinería en la librería del salón, pero la información que contenía era deficiente.

Había adquirido el hábito de mantener un constante diálogo interior en el jardín, a todas horas. Tocaba la mayoría de los asuntos. Siempre había pensado que, si alguna vez me volvía loca, no acabaría siendo una de esas personas que recorren las calles hablando solas, ya que no tendría nada que decir. Sin embargo, aquí, en este silencio, con las manos en la tierra húmeda, gélida, o trasladando ramas muertas en la carretilla, me desbordaba una verborrea interna, conversaciones infinitas conmigo misma, en ocasiones imaginándome en un diálogo con otras personas, debatiendo y argumentando durante horas y horas. En todos mis debates salía perdiendo. Escuchaba más a mis opositores que a mí misma, su argumento siempre adquiría un peso mayor. Los demás siempre eran más fiables que yo.

En primer lugar, me ocupé de las ramas de los groselleros que parecían deterioradas por el invierno y a continuación de las que estaban a ras del suelo. Finalmente, de las ramas inferiores del arbusto más antiguo. Los anillos de crecimiento en la superficie de corte de los arbustos mostraban que éstos no habían sido podados en, por lo menos, siete u ocho años; me pareció extraño que Bagge y su mujer hubiesen descuidado el jardín hasta tal punto.

Después fui con las tijeras hasta la pendiente rocosa donde crecían avellanos. Si los podaba ahora, tal vez hubiese una buena cosecha de avellanas más adelante. Andar por el jardín realizando pequeñas tareas, que llevaba a cabo lo mejor que podía, era un placer, pero también suponía balancearse sobre una fina línea de autoconocimiento. Con razón mis expectativas sobre mis habilidades habían sido moderadas. Todos mis conocidos destacaban mi ignorancia en materia de jardinería, plantas y tierra. No sabía absolutamente nada, jamás me había interesado; de hecho, tenía cierto complejo de inferioridad en ese campo. Eso de que la tierra no pudiese ser sólo tierra, sino que había que aportarle fertilizantes, o sustento. Lo de que

la naturaleza no fuera capaz de apañárselas por su cuenta me parecía un enorme error. En la caseta de las herramientas había viejas bolsas de semillas, pero lo que ponía al dorso, sobre distancias de dispersión y qué sé yo, era incomprensible para las personas normales, era un lenguaje que no iba destinado a mí. Memorice breves pasajes del libro, intentando visualizarlos, y al día siguiente salí para ponerlos en práctica. ¿Así? ¿Es esto a lo que se refieren? Me quedaba helada cada vez que pensaba que Bagge quizá estuviese en la ventana, vigilándome, ahí quieto, rascándose la nuca: ¿qué estará haciendo ahora? No, no, ¡eso no! Al principio no me atreví a hacer nada más avanzado que arrancar aleatoriamente malas hierbas de los parterres. Ya había podado las plantas perennes como pensaba que se debía, y tenía la intención de plantar bulbos. Sin embargo, el autor del libro de jardinería daba por hecho que el lector estaba familiarizado con el tema de los bulbos, que cada ser humano de la Tierra tenía su respectivo arsenal de bulbos que debían ser plantados en primavera, pero yo no lo entendía.

Rastrillé las ramas de los avellanos y las eché en la carretilla. La empujé a través del césped y la descargué en el montón de desechos del jardín. El sol surgió de repente de un nubarrón oscuro, inesperadamente cálido e intenso. Me senté sobre la cerca de piedra para descansar, para que me diera un poco el sol en la cara; cerré los ojos y me orienté hacia el sol, de espaldas a la casa. Suspiré. Pensé que la jardinería quizá fuese de verdad lo mío, sólo que nunca había tenido la oportunidad de aprender. Lo haría rápidamente, no solía tener dificultades de aprendizaje, enseguida lo entendía, y no había ningún motivo para creer que padeciese algún tipo de dislexia jardinera.

No te muevas, Allis, oí de pronto, una extraña voz tranquila detrás de mí.

Giré instintivamente la cabeza y lo miré interrogante. Pegué un grito, venía hacia mí como un león al acecho, un estridente crujido, caí hacia delante, sobre el césped, sin comprender qué estaba ocurriendo. Acabé, con escasa dignidad, a cuatro patas en el suelo, como un perro. Él soltó la piedra que sostenía. Me cogió de la mano y tiró de mí para levantarme; me sentía mareada por la adrenalina, inspiré. En la cerca de piedra donde había estado sentada yacía una víbora enroscada con la cabeza aplastada.

No era mi intención asustarte.

Era incapaz de pronunciar palabra. El corazón me latía con fuerza, retrocedí un paso, tambaleante.

Observamos a la víbora zarandearse mínimamente, un largo músculo estampado con espasmos, sólo húmedo y brillante en el lugar donde había estado la cabeza; me estremecí.

Podía haber sido peor, dije con voz queda, y noté que me empapaba un sudor frío.

Él agarró la víbora por la cola sin decir nada, subió la pendiente con el animal colgando de su mano hasta la linde del bosque. Allí lo vi agacharse, tapar la serpiente con una piedra. Después se dirigió hacia la casa, atravesó el patio, su mano presionó la manija de la puerta y desapareció.

Las noches se habían ido haciendo más luminosas. Entré en la casa después de dar una vuelta con la bicicleta para inspeccionar los alrededores. No había mucho que ver. Apenas algunas viviendas y la carretera nacional con coches pasando a toda velocidad. La tienda era el único contacto que tenía con el mundo exterior, y tampoco allí había gente, sólo la mujer mayor tras el mostrador que me observaba por encima de su nariz aguileña.

La casa, tan silenciosa y vacía como siempre. El hecho de saber que había otro ser humano en su interior, que no se manifestaba de ninguna manera salvo cuando aparecía durante las tres comidas, hacía que la casa me pareciese más vacía todavía. Lavé las verduras en el fregadero de la cocina. Empecé a preparar un caldo con los restos cortados. No tenía ni idea de qué iba a cocinar para la cena del día siguiente. Si lo hubiese pensado mejor cuando un mes atrás me monté en el autobús para llegar hasta aquí, habría metido un libro de cocina en la maleta. Me acerqué a la librería para ver si había alguno. Examiné minuciosamente los lomos, pero no encontré nada. ¿Qué clase de hogar es una casa sin recetas?

Abrí los cajones de la cocina uno tras otro; a continuación, los armarios. Al fondo del de las especias había un delgado libro azul en el que no me había fijado antes. Lo saqué, hojeé despacio las páginas. Recetas manuscritas con un bolígrafo negro fino. Una hermosa letra inclinada; había guisos, sopas, tartas. Me la imaginé, una esbelta figura difusa de espaldas, el cuello bronceado y el cabello moreno recogido en un moño, algunos mechones que se rizaban ligeramente junto a las orejas. Una hermosa mujer adulta. Una reina. Adulta, pensé, ¿es que yo no lo soy? Una niña perdida, eso es lo que soy. Me detuve a leer una receta, una sopa de pescado asiática; comprobé que tenía casi todo lo que necesitaba y me decidí a hacer una versión de prueba para la cena. Calenté aceite en una olla, añadí cebolleta, chile y jengibre, los aromas se intensificaron. Agregué el caldo. Puse a cocer un trozo de bacalao en un cazo. Cuando me disponía a trasladar el pescado a un cuenco sopero, oí

sus pasos, la puerta se abrió, me sonrojé y maldije para mí: lo había molestado. Asomó la cabeza, fingí no darme cuenta.

Qué bien huele aquí.

Sólo es una sopita...

Ah.

Hay bastante para los dos si te apetece.

Cuando entró, cruzó la habitación y se sentó a la mesa como si estuviese esperando; me cogió desprevenida. Su presencia me volvía torpe. Escondí el libro de recetas entre unas tablas de cortar, llené un cuenco con el cazo y lo coloqué frente a él. Cerró los ojos y olfateó su aroma, mirándome sorprendido. Yo me tomé la sopa de pie, junto a la encimera, mientras él seguía sentado. Ninguno de los dos dijo nada. Me envolvió una sensación cálida y serena al verlo comer. Se terminó la sopa, inspiró y se apartó de la mesa. Al levantarse recogió su cuenco y se acercó a mí, casi tocándome, y lo dejó en la encimera. Con las mejillas encendidas, mantuve la mirada baja hasta que se fue a su cuarto.

Los alféizares de las ventanas de la cocina estaban llenos de hierbas aromáticas que quería plantar fuera cuando hiciese suficiente calor. Ya tenía listo un pequeño huerto en un rincón cálido del jardín. Iba preparando una a una las recetas del libro que había encontrado. Él asomaba la cabeza por la puerta de su habitación cuando le llegaba el aroma de las sopas que yo hacía de vez en cuando para cenar; siempre con el mismo gesto de asombro en el rostro. Entonces compartíamos la cena sin decir nada, él sentado y yo de pie.

El surtido de la tienda era, en general, constante y lamentable, pero ocasionalmente aparecía algo en la vitrina de productos frescos que no podía evitar llevarme a casa. Un día encontré un pollo entero, con patas y todo, que debía de proceder de algún granjero local; estaba bien cebado y parecía haber tenido una buena vida, debía de haber correteado en un corral. Lo metí en la alforja de la bicicleta y pedaleé hasta casa. Una vez allí le corté las patas y el espolón y los metí en el congelador para hacer caldo otro día, sazoné el pollo y a duras penas conseguí introducirlo en la nevera. Recé para que Bagge no tuviese que acceder al frigorífico durante el resto del día, me había dicho que no le gustaban los jaleos innecesarios.

No me dijo nada al respecto mientras le preparaba el desayuno a la mañana siguiente. Cuando regresó a su estudio, saqué el pollo con el corazón latiéndome con fuerza y lo dejé sobre la encimera para que se pusiera a temperatura ambiente. Zanahorias, media cebolla, un tallo de apio; lo trocéé todo y lo eché en una cazuela, corté unos manojos de perejil y tomillo, agregué ajo y laurel y a continuación metí el pollo antes de cubrirlo todo con agua. Al cabo de un rato, cuando hervía a fuego lento, fui retirando la espuma. Hacia el final de la cocción añadí un anís estrellado; el vapor goteaba de mi rostro, los aromas prácticamente me atizaban la nariz y, justo cuando había retirado el gigantesco pollo de la cazuela, entró él.

Qué diablos...

Sin decir nada solté el pollo, que dio un decidido golpe en la encimera, como si fuese éste el que había ocasionado el revuelo y no yo. Se sentó a la mesa y me pidió con un gesto de la mano que lo acompañara. El progresivo

aumento de la complejidad en mis prácticas culinarias había ido manifestándose sigilosa y gradualmente, no sabía cómo iba a explicarlo.

Nos hemos alejado bastante del punto de partida, Allis. Dijimos tres comidas sencillas al día.

Esperó a que yo dijese algo. Sus manos descansaban sobre la mesa; eran rudas, no parecían manos de escribiente.

Tragué saliva. El pollo humeaba sobre la encimera.

Creo que lo dejé bastante claro desde el principio. Así controlo los gastos.

Bajé la mirada.

¿Qué vas a preparar? Hizo un gesto con la cabeza hacia el pollo.

Tengo una receta magnífica, respondí débilmente.

Se levantó. Colocó la silla junto a la mesa y fue hacia su cuarto. Cerró la puerta. La miré durante unos segundos. Cogí aire. Me volví hacia la encimera. Las manos todavía me temblaban cuando trocéé el pollo caliente.

Ese mismo día le serví la pechuga para cenar. Con verduras y crema de ajo; había seguido la receta del libro a rajatabla, su mentón relucía. Resopló y se apartó de la mesa.

Si tienes la oportunidad de conseguir otro, harás bien en aprovecharla, dijo, y se levantó y se marchó a su habitación.

Llovía a cántaros. Se levantó de la mesa del desayuno y me dio las gracias por la comida. Limpié la superficie de la mesa con un trapo.

Oye, dije. Se detuvo de camino a su cuarto.

¿Tendrías un par de botas de agua que prestarme?

No, lo siento pero no, dijo escueto.

¿No tiene tu mujer un par que pueda coger prestado?

Adoptó un gesto extraño antes de negar con la cabeza.

Si quieres, ponte las mías con dos calcetines gordos.

Vino en mi dirección, pasó por delante de mí al ir al recibidor y regresó con unas altas botas verdes. Las puso en el suelo ante mí. Le di las gracias. Cuando ya se había metido en su habitación, recordé que también necesitaba un chubasquero. Llamé vacilante a su puerta. Abrió enseguida.

¿No habrá un chubasquero por aquí que pueda...?

Lo siento.

¿Esta mujer ni siquiera tiene un chubasquero?, pensé. Con este clima. No existe.

¿Qué talla usas?, preguntó cuando me iba.

¿Cómo?

Dado que vas a continuar trabajando en el jardín.

Esperaba una respuesta.

Ya sabes qué clima tenemos por aquí. Iré a la ciudad y te compraré lo que necesites.

¿No resultaba sorprendentemente drástico, casi agresivo, decir eso? Dejaba claro que quería evitar semejantes preguntas en el futuro. Que estaba dispuesto a comprarme cualquier cosa que pudiese necesitar en este mundo con tal de preservar su tranquilidad.

¿De calzado?

De calzado, de chubasquero, de lo que se te ocurra que necesites para trabajar.

No se me ocurría nada más aparte de esas dos cosas.

Un pantalón, añadió.

Asentí.

Se metió en su habitación y acto seguido volvió a salir; se calzó, se puso la chaqueta y se fue por la puerta sin pronunciar palabra. Al principio no me atreví a hacer nada, por si se había producido un malentendido, pero cuando no llegó para almorzar comprendí que no había moros en la costa. Una hora y media para ir a la ciudad, una hora y media para regresar a casa. Miré el reloj de pared y calculé que, como muy pronto, tardaría una hora en regresar. Mi primer impulso fue comprobar la puerta de su dormitorio. El corazón me latía con tanta fuerza que me retumbaban los tímpanos con cada latido; bajé la manija y la puerta se abrió. Pálida ante la simple idea de que él pudiese aparecer, me colé dentro rápidamente —una cama hecha junto a la pared de la derecha, una silla, una puerta en la pared al otro lado del cuarto—, crucé la habitación de puntillas y comprobé la puerta, pero estaba cerrada; me estaba volviendo loca preguntándome qué estaría haciendo ahí dentro. Oía sonidos todo el tiempo, salí del dormitorio reculando. Me sobrevino una sensación de terror sólo de pensar que quizá él hubiese desparramado algo de polvo en el suelo para comprobar si había huellas cuando volviese a casa, y abrí de nuevo y me agaché para verificar si era cierto, si realmente podía estar tan desequilibrado, pero el oscuro suelo de madera estaba limpio y reluciente. Me levanté y, de pronto, noté una mano sobre mi hombro —¡solté un grito!—, pero sólo me había golpeado con la manija. Con manos temblorosas cerré la puerta y decidí no volver a hacer nada semejante jamás. Veía sombras, me parecía vislumbrarlo por la ventana, pasando sigiloso frente a ella, su nuca desapareciendo del cristal; todo este terror no merecía la pena. Una vez de vuelta en la cocina empecé a llenar el fregadero de agua, pero me vino una idea y regresé a la puerta de su dormitorio y eché un vistazo al suelo, había algo ahí: me agaché y recogí una aguja de pino. Un truco antiquísimo. Casi no me lo creía. Podía ser casualidad, llevaba unos días sin fregar el suelo, pero no podía arriesgarme. Dejé la aguja de pino sobre la manija, me temblaban los dedos.

Tarde, por la noche, entró en casa justo cuando yo estaba en la cocina preparándome un té.

¿Te caliente la cena? De repente me sentí como una esposa; el marido volvía a casa del trabajo, y aquí estaba yo.

No. Me la comeré mañana.

Pasó por delante de mí, me rozó con el hombro. Yo continué totalmente quieta, con el vapor del té metiéndoseme en los ojos. Se detuvo un momento

delante de la puerta del dormitorio antes de colocar la mano en la manija. Nuestras miradas se cruzaron en ese mismo instante, y yo aparté la mía con rapidez y me quedé mirando la encimera, él desapareció. Enseguida volvió a salir con un chubasquero de color amarillo chillón y un par de botas como las suyas, además de un pantalón de trabajo azul marino idéntico al que había colgado en el recibidor. Debía de tener una tienda fija en la ciudad. Es impermeable, me dijo. Ahora me iba a convertir en una versión en miniatura de él. Yo fui lo suficientemente boba como para sentirme feliz durante unos segundos por aquel reconocimiento. Me lo puso todo en los brazos y yo, sin saber dónde meterme, le di las buenas noches y subí las escaleras corriendo, como si estuviese tan contenta con los regalos que quisiese ponérmelos para dormir.

Al día siguiente el mal tiempo persistía. Así él podría comprobar lo agradecida que le estaba paseándome con el nuevo chubasquero por el jardín mientras me sentía como el Nagel de Hamsun, un loco inoportuno vestido de amarillo que hacía la vida extraña tanto a la gente que lo rodeaba como a sí mismo. Dentro de la rígida capucha me sentía segura y casi feliz. Con las nuevas botas no existía ningún impedimento, podía desplazarme por cualquier lugar. El muelle lucía gris y hermoso bajo la lluvia; los anillos en el agua, la niebla baja sobre el fiordo. Las rocas sueltas al pie de la pared montañosa resultaban resbaladizas bajo las botas de goma, me iba apoyando con una mano mientras avanzaba. Detrás del cobertizo de los botes era posible escalar con precaución el monte escurridizo; era fácil caer con la tierra húmeda, me agarré a unas matas de hierba y a unas de enebro y al final logré ponerme en pie. Un caparazón de cangrejo crujió bajo mi bota. Se podía contemplar una buena parte del paisaje. Algunos cobertizos más pequeños, destartados y descoloridos por el sol se situaban a lo largo de la orilla, hacia el sur. Por lo demás, maleza, bosque y montes escarpados. Me invadió una sensación de calidez, aquí no había seres humanos. La maleza a ras del suelo se transformaba gradualmente en un bosque caducifolio con algún que otro pino. Hacía sólo unos días, los árboles de hoja caduca estaban desnudos; ahora el aroma de las minúsculas y empapadas hojas de color verde penetrante producía un frío e intenso cosquilleo en la nariz. Por todas partes, el sonido de gotas cayendo sobre las hojas, un terreno suave y húmedo, raíces a lo largo y a lo ancho, licopodios y helechos. Las agujas de conífera se adherían a las botas. El rumor del pequeño arroyo que había detrás de la casa. Siempre me

había gustado. Un bosque sereno, con raíces y piñas. Ningún sendero a la vista. Mejor aún; en ese momento era mi bosque. El aire maravilloso y limpio que inhalaba era mío. En verano habría bayas. Setas en otoño. Tomé nota de los diferentes tipos de árboles a medida que me adentraba. Había muchos abedules, pero también robles, alisos y álamos. Tras media hora dando un amplio rodeo al lugar donde yo creía que estaba la casa, llegué a un pequeño claro. Había algunas matas de hierba tostadas y ralas, mustias y amarillas, algunos arbolitos jóvenes, pero cuando me acerqué más observé que crecían al borde de un círculo negro, de unos dos metros de diámetro. Allí debía de haber ardido una hoguera. Me agaché con curiosidad; el paseo por el bosque me había calentado el cuerpo, palpé el suelo con los dedos. Era un lugar extraño para encender una hoguera. Mis dedos tocaron metal frío, y recogí y alcé hacia la luz un clavo ennegrecido por el hollín. Cuando lo froté un poco con el pulgar adquirió un color cobrizo, lo tiré, pero en el mismo instante descubrí otro clavo, y otro más; aquello estaba lleno de clavos negros.

Una vez en casa dejé las botas en la escalera de la fachada principal. El estudio de Bagge estaba iluminado. Cuando colgué la ropa de trabajo en el zaguán de la terraza, noté que estaba empapada en sudor. La coleta me colgaba como un látigo húmedo por la espalda. Él no podía verme así, sudada y sonrojada, sentiría vergüenza ajena, pero cuando entré a hurtadillas en calcetines estaba sentado a la mesa con una copa de vino tinto y nada más, contemplando el vacío. Jamás lo había visto así. ¿Era una especie de invitación a la interacción social? Odiaba tener que pasar delante de él, nunca sabía si quería que lo saludara o si simplemente tenía que pasar de largo como si no existiéramos ninguno de los dos, ¿qué resultaría más llamativo? Asentí como si fuese una persona con la que me cruzaba a diario en la calle de camino al trabajo, pero antes de que alcanzase la escalera, me detuvo.

Allis.

¿Sí?

El pelo se me pegaba a la cabeza, las orejas sobresalían. Esperando junto a las escaleras me pasé la mano por el cabello para ahuecarlo, pero era fino y estaba empapado.

¿Qué estabas haciendo fuera?

Sólo he ido a dar una vuelta.

De acuerdo.

Me hizo un gesto para que me marchara.

Con pasos ágiles, como una niña, subí las escaleras. Me hacía sentirme tan tonta, tan incapaz... Una fingida mirada inquisitiva para demostrar que yo

dependía de él, que era él quien decidía a dónde podía ir y a dónde no.

Me fui pronto a la cama, una mano pegajosa y asfixiante me estrujaba el corazón; jamás había tenido estrategias contra la melancolía, no sabía nada que pudiera servirme. Tendía a absorber todos los pensamientos con demasiada sensibilidad. Superficial pero demoledor panorama de futuro, mis únicas perspectivas eran las de deteriorarme más y más; en diez años, no, en cinco —o incluso en tres—, mi rostro y mi cuerpo estarían acabados, y hasta entonces debía apostar todo a las actividades intelectuales para volver, lentamente, a ganarme el respeto, porque, si no lo conseguía, ¿qué sería de mí? Entonces no me quedaría nada más que el alcoholismo y la vergüenza, ir a la licorería varias veces por semana, sin descendencia, sin dinero, si no me daba prisa y me casaba, pero ¿con quién? Era un escándalo, el país entero sabía que era mercancía dañada e inútil para propósitos maritales. A menos que fuese capaz de comprometerme con algo, algo que pudiese devorarme, que no dejase que me escabullera.

¿Esto es todo?, dijo ella cuando hubo marcado el importe del café en la caja registradora.

Sí.

¿Nada más?, preguntó señalando con la cabeza hacia atrás; al lado del expositor de tabaco, tras ella, colgaban unos cuantos paquetes de pilas, cajas de analgésicos, condones.

No, gracias, respondí confusa. Pagué, cogí las bolsas y me marché sin despedirme. Al salir sentí su sonrisa en la nuca, noté que se me hinchaba la piel de alrededor de los ojos, que se me tensaba la mandíbula. Volví a casa pedaleando mucho más rápido de lo que mi capacidad física me permitía. ¿Se podía ser tan desagradable? Para cuando llegué a casa, ya estaba segura: me había reconocido, había tardado lo suyo, pero ahora sabía de qué le sonaba. Ya no era simplemente una intrusa casual, un parásito de ciudad que se había instalado en su pueblo, en su tienda. Ahora por fin me había ubicado y no iba a permitir que este hecho pasara inadvertido. Tenía que hacerme saber que era consciente de quién era yo, que estaba muy orgullosa. Hacía tiempo había visto fotografías mías en los destartados expositores de revistas y finalmente había atado cabos. Pensar que la gran zorra de la radiotelevisión nacional iba a comprar justo a su tienda, la mismísima Allis Hagtorn, la que se había abierto de piernas para conseguir un trabajo. La bicicleta se desplomó contra la pila de leña con un golpe seco, subí las escaleras, me notaba el cuello lleno de ronchas cuando entré y me quité los zapatos a patadas en el recibidor. Quería controlarme, pero no podía. ¿Ahora qué?, ¿tendría que marcharme otra vez, buscar un nuevo lugar y una nueva tienda? Coloqué la compra en la nevera con movimientos bruscos, todo regresó de golpe. De repente, Bagge subió del jardín y entró por la puerta de la terraza y yo me derrumbé por dentro. Me volví enseguida, ocultando la cara tras la puerta de la nevera.

¿Has comprado café?

Sí, logré responder a duras penas con la voz empañada.

Se acercó, colocó una mano sobre mi hombro y la retiró con la misma rapidez.

Tensé con fuerza los músculos de la cara, clavando mi mirada en el queso gouda.

¿Ha ocurrido algo, Allis?

No fui capaz de responder.

¿Soy yo?, preguntó. ¿He hecho algo?

Negué con la cabeza, no quería mostrarle mi rostro, sabía lo enrojecido e hinchado que estaba.

¿Me lo puedes contar?

Entonces me rompí. Él suavizó el gesto cuando descubrió mis lágrimas, me agarró del brazo y me llevó hasta su silla.

No hace falta que me lo cuentes si no quieres, pero ¿te apetece un café?

Asentí.

Ninguno de los dos dijimos nada, él estaba junto a la encimera encargándose del café; yo, avergonzada porque debía de sentirse muy incómodo. Me trajo una taza. Se sentó a la mesa, mirando al jardín. Me dio a entender que podía hablar si quería, o dejarlo pasar si lo prefería. Yo deseaba aclararle que esto no tenía nada que ver con él, que el problema no era mi abrumadora soledad, todo lo contrario, pero cuando me hube terminado el café me acerqué al fregadero y enjuagué la taza sin decir nada más que un breve gracias. Subí a mi cuarto y lo dejé allí sentado.

Cuando hacía buen tiempo colgaba la colada en el tendedero del jardín. Tenía cuidado de colgar nuestras respectivas prendas totalmente separadas. Ese día, que no hacía tiempo como para secar la ropa fuera, colgué sus prendas en el inestable tendedero de su cuarto de baño y las mías en mi habitación, donde había extendido un par de cuerdas lo mejor que había podido. Sin embargo, en la lavadora, nuestra ropa interior sí estaba en contacto íntimo y cada semana se entremezclaba en jabonosa agua caliente; me pregunté si él daba por hecho que lo hacía de esa manera, que era la más natural, o si se habría desmayado o disgustado si hubiese llegado a enterarse.

Mis prendas a medio secar proyectaban sombras humanas sobre la pared y el techo bajo la luz de la luna; cuando me desperté, constaté que había tenido un sueño erótico. Hacía mucho desde la última vez, según recordaba quizá era la manera de protegerme que tenía mi cerebro: ya está, Allis, pongamos punto final a esto. No más erotismo por un tiempo, no es tu fuerte.

Cuando le serví el desayuno caí en un círculo vicioso. Sentí temor por que Bagge pudiese descubrir, con tan sólo mirarme, que habían tenido lugar ciertas actividades inauditas en mi vida onírica subconsciente, lo que llevó a un lenguaje corporal muy llamativo que intensificó la sensación de que él, sólo con mirarme a la cara, sería capaz de descubrir un resumen detallado de mi sueño. Cuando le serví el café me puse tensa al pensar, por ejemplo, que mis pechos podrían rozarle la cara si me descuidaba, algo que, en realidad, era imposible físicamente, pero me ruboricé y, sin que Bagge comentase nada, noté una débil irritación por su parte.

Él masticaba despacio a mi espalda mientras yo llenaba de agua el fregadero. Añadí demasiado lavavajillas, la espuma rebosaba, el agua se desbordó tontamente y me salpicó la camiseta, una invitación al erotismo. Intenté no inclinarme hacia delante, como incitando. Junté las piernas y permanecí rígida como una tabla mientras enjuagaba los vasos.

¿Tienes algún problema en la espalda?

Sólo un poco de agujetas.

Dejó el cuchillo sobre el plato, se apartó de la mesa y me agradeció la comida. Desapareció en su habitación. Me ardía la cara, negué con la cabeza

en silencio y quité el tapón del fregadero. Tenía pensado trabajar en los parterres, pero no quería que él me viese ahí, meneándome como una miserable andrajosa, agachada sobre la tierra. Saqué el libro de recetas del armario de la cocina, me senté a la mesa y leí lentamente la fina e inclinada caligrafía.

Él salió de su estudio una hora más tarde y pasó rápido por mi lado, luego se detuvo en la puerta de su cuarto de baño y se volvió hacia mí. Me pareció que tenía el pelo húmedo, y eso me llamó la atención, ya que salía del estudio. Yo seguía avergonzada y no quería que nuestras miradas se cruzasen.

Necesito que trabajes un poco en el jardín, Allis, que no te quedes aquí dentro.

Pensaba dedicarle un rato esta tarde.

Las temperaturas van a subir, y temo que esto se ponga a crecer sin control, dijo entrando en el cuarto de baño. Te odio, pensé. ¿Quién eres? ¿Por qué esa obsesión con el jardín? Su mujer lo tiene dominado.

Las plantas de los pies apenas rozaban la serena superficie del agua. No había podido soportarlo más. Había abierto el cajón del escritorio con temblorosas manos de abstinencia y había encendido el teléfono. Con la sensación de que algo me corroía por dentro, había marcado el número. Imaginaba que sólo era una leyenda urbana eso de que, en principio, se podía llamar al teléfono de información y preguntar por cualquier cosa —el precio de la leche, nombres de capitales— y que yo era la única que se lo había creído.

Efectivamente, lo que aparece aquí es el 1 de enero de 1969, dijo el hombre al teléfono.

¿1969?

Sí.

No me atreví a preguntar nada más, di las gracias y colgué. Cuarenta y tres años. ¿Qué habría impulsado a un hombre de cuarenta y tres años a vivir así, a llevar una vida apartada, como un leproso, sin tener contacto con el mundo exterior salvo conmigo? Un sonido me sobresaltó, me volví bruscamente. Estaba detrás de mí, en los peldaños superiores de la escalera.

Yo..., dije apretando el teléfono con fuerza en la mano, todo revolviéndose dentro de mí.

Sólo quería avisarte, dijo bajando el resto de los escalones que llevaban al muelle y acercándoseme, de que tengo que irme a la ciudad. No regresaré hasta la noche, así que no tienes que preocuparte por la cena.

Asentí.

Pero prepárate algo para ti.

Sí.

Se dio la vuelta y subió las escaleras con paso veloz. Permanecí en el muelle hasta asegurarme de que se había marchado, y entonces subí a la casa. Eran las dos. No sabía muy bien qué hacer. Busqué un libro y me lo llevé a mi habitación, leí un poco, volví a bajar a por otro; estaba inquieta. En el jardín hacía sol y los muebles de jardín seguían fuera desde la última vez que Bagge había pasado un rato allí, sentado bajo el cerezo. En un destello exagerado de sensación de libertad, me encontré bajando las escaleras hacia el sótano, donde seleccioné una botella de vino blanco, me la llevé arriba y la abrí en el

jardín. Bebí mientras el sol vespertino me calentaba. Me quité la camiseta, pero cada trino de pájaro o cada sonido de ramas secas quebrándose en el bosque me provocaba un respingo, y me tapaba al instante. Con un zumbido en los oídos, escuchando mi propia respiración, exaltada, atenta a todo, volví a llenar la copa de vino.

Cuando me desperté, él estaba sentado en una silla a mi lado. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Me había cubierto el pecho y el vientre con la fina camiseta, mis brazos estaban al descubierto. Me levanté de golpe y me apresuré a introducir los brazos por las mangas de la camiseta, pasármela por la cabeza y cubrir así mi cuerpo blanco e indigno. Él miraba al frente, probablemente para no incomodarme, con la misma frente arrugada de siempre, un gesto que expresaba una combinación de preocupación e incredulidad. Señaló con un movimiento de cabeza la botella de vino vacía que estaba tirada en la hierba entre nuestras sillas.

Te la descontaré de tu próxima paga, dijo.

Sí, por supuesto, asentí, lo siento.

Me observó con severidad. Acto seguido le cambió la cara y apareció una sonrisa burlona.

Te estoy tomando el pelo.

Se levantó y entró en la casa. Conseguí colocarme bien la camiseta, y me incorporé para ir tras él como de costumbre, pero volví a sentarme. El sol todavía se alzaba sobre la montaña al otro lado del fiordo, sentía un cálido hormigueo en la cara. De repente oí sus pasos en la hierba detrás de mí. Se sentó en la silla de al lado y puso una copa en la mesa, junto a la mía.

¿Estás en condiciones de tomar un poco más? Me mostró una nueva botella de vino blanco.

Yo respondí que sí, que eso creía. Abrió la botella y llenó las copas. Me palpitaba todo, controlé el fuerte impulso de brindar con él, me llevé la copa a la boca y bebí sin decir ni una palabra. Miré hacia delante. De soslayo podía ver su silueta, el pecho que se elevaba y descendía.

Hace una noche hermosa, dijo de pronto y sin mirarme.

Sí, respondí enseguida.

El vino estaba helado y resultaba extremadamente peligroso, intenté no beber con demasiada rapidez. La sequedad se extendía por mi boca.

¿Puedo preguntarte cuántos años tienes?

Tengo treinta y dos.

No respondió.

¿Y tú?

Volvió la cabeza hacia mí.

Creo que ya lo sabes.

Me entró un calor súbito, me sonrojé. Quise explicarme, pero él me detuvo.

No importa.

Se inclinó hacia la botella y volvió a llenar las copas. Durante un largo rato no dijimos nada.

¿Qué tal por la ciudad?, pregunté, y me arrepentí al instante.

Como siempre, dijo él con cierta dureza en la voz.

Permanecemos un rato más en silencio.

Está refrescando, declaró al final, y se levantó y se marchó sin decir nada más. Pensé que habría ido a por un jersey, pero no volvió. La botella semivacía estaba en la mesa. Me quedé allí para demostrarle que tenía voluntad propia. Se me erizó el vello de los brazos. Me horrorizó descubrir que estaba llorando, pero resultaba de lo más perverso quedarse ahí llorando en soledad y dejé de hacerlo enseguida. Me quedé sentada un rato antes de ponerle el corcho a la botella y entrar en la casa, luego subí la escalera a hurtadillas y me eché sobre la cama.

La brisa matutina me sopló cálida en la cara cuando abrí la puerta de la terraza después del desayuno. Mientras él estaba en su estudio, fui a la caseta de las herramientas y saqué unas viejas macetas al jardín. Llené una tras otra con tierra y las llevé a la terraza. Planté las hierbas aromáticas y las coloqué en un lugar protegido del viento. Tomillo, romero, estragón. Perejil y levístico. Después bajé la escalera hacia el muelle. A mitad de camino lo vi sentado en la escalera del cobertizo, con el cuerpo parcialmente vuelto, dándome la espalda. Me detuve, no entendía cómo podía haber pasado por delante de mí sin que lo hubiera visto. Estuve a punto de irme, pero en ese mismo instante volvió la cabeza en mi dirección y no tuve más remedio que seguir bajando mientras fingía, nerviosa, que no ocurría nada. Cuando llegué al muelle me quedé quieta contemplando el fiordo. La salada agua marina, verde y negruzca, se proyectaba hacia nosotros en oleadas, una y otra vez. Él no dijo nada. Sentí una creciente irritación por el silencio que imperaba entre nosotros.

No deberías bajar aquí tan a menudo, dijo de repente.

¿Por qué no?

Se encogió ligeramente de hombros.

Podrías caerte al agua.

Sé nadar.

¿Estás segura?

Asentí.

Igual no te sirve de nada, dijo con el rostro apartado.

Voy a por tu almuerzo.

No respondió. Volví a subir los cien escalones y empecé a preparar la ensalada. Corté los tomates con movimientos bruscos. Empezaba a cansarme la relación formal que insistía en mantener entre nosotros, se había convertido en algo forzado. Llevaba casi dos meses viviendo aquí, bajo su mismo techo, tan aislada del mundo exterior como él. Decidí darle una lección y pasar el fin de semana en la ciudad. Que se quedara solo, que se preparara él mismo la comida. A la una en punto subió al jardín y se sentó junto a la mesa, bajo el

cerezo, de espaldas a mí. Me acerqué a la puerta de la terraza y la abrí, interrogante.

Almorzaré aquí fuera, dijo sin volverse. Con una copa de vino blanco.

La mesa tembló cuando puse sobre ella el plato y los cubiertos. Serví el vino, coloqué la ensalada frente a él. Incliné con exageración la cabeza en señal de gratitud, como si estuviese burlándose de mí. Permanecí detrás de él en silencio, observando su ancha espalda. No tocó la comida.

Pasaré el fin de semana en la ciudad.

Tienes todo el derecho.

Me iré esta tarde, hasta el domingo por la noche.

Tomo nota, dijo, y empezó a comer.

Me di la vuelta y subí a mi habitación. Preparé una bolsa mientras murmuraba frenéticamente.

Cuando salí a la terraza para despedirme, apenas apartó la vista del plato antes de seguir comiendo.

Una vez en el autobús me arrepentí de mi ocurrencia. Mucho antes de llegar al centro pulsé espontáneamente el botón de parada, me bajé y comencé a andar como si supiese a dónde me dirigía, por si algún pasajero me estaba observando. No podía ir a la ciudad, no podría soportar las miradas de la gente. En la calle había ruidosas pandillas de jóvenes de fiesta, bronceados y ataviados con ropa de colores claros. Después de unos cientos de metros busqué refugio en una ferretería, pero no tardé en pagar cara mi decisión, porque ya en la entrada me topé con una antigua compañera de la facultad.

¡Allis!, exclamó con un entusiasmo teñido de sorpresa.

Ninguna de las dos se atrevió a darle un abrazo a la otra; mi sonrisa se congeló en una mueca extraña. Expliqué que estaba visitando a unos familiares, ella insistió en que nos tomáramos un café e intentó llevarme a rastras hasta la cafetería más cercana. Recordé, de nuestra época de estudiantes, su tendencia a controlar las decisiones vitales de los demás, pero me mantuve firme y dije que tenía una cita. Decepcionada, me preguntó si era cierto que había dejado el trabajo y a Johs. Se lo confirmé.

¡Qué horror!

¡Uf!, resoplé. Es culpa mía.

No comentó nada al respecto, pero su rostro expresó una protesta tibia y compasiva.

Lo hacías muy bien en la tele, vimos todos tus programas.

Gracias.

Se detuvo y me miró con la boca abierta, no se atrevía a mencionar a K.

¿Y la universidad?, dijo al final.

Bueno, no puedo volver allí.

Negó con la cabeza.

Le dije que tenía un trabajo nuevo, que ayudaba a alguien en su casa, no le dije dónde. Vi que se moría de ganas de seguir interrogándome pero que no sabía cómo. Al final me preguntó si mi nuevo empleador necesitaba muchos cuidados especiales.

No, dije un poco irritada. Sólo tiene una propiedad grande. Necesita ayuda.

¿Con qué?

Con el jardín y esas cosas.

¿Con el jardín?, rió sorprendida. Tú no sabes nada de jardines.

Pues sí que sé, ladré. Le dije que tenía que irme. Me abrazó acercándose sus rosadas y redondas mejillas cristianas; debía de resultarle muy excitante conocer a una persona implicada en un escándalo, era algo que contar en el grupo de amigas. A continuación se marchó calle abajo satisfecha, con su chubasquero estampado, a casa con sus hijos y su marido; la seguí con la mirada hasta que desapareció. Habían pasado diez años desde la última vez que la había visto y esperaba no volver a coincidir con ella jamás. Era como un escalofrío del pasado, pero luego me di cuenta de que no era cierto, de que lo que me provocaba el escalofrío era más bien el contraste entre quién había sido yo entonces y quién era ahora. Salí de la ferretería y paré a un transeúnte, un hombre mayor que no podía reconocerme. Le pregunté si había alguna pensión cerca y me indicó el camino.

A las ocho salí de la pensión sin desayunar. Cuando el centro comercial abrió sus puertas, entré en la tienda de ropa más grande que había y durante más de una hora fui la única clienta. Hacía mucho tiempo que no me compraba ropa. Evalué cada prenda según la conveniencia con respecto a la casa y el jardín de Bagge; me imaginé en lo alto de una escalera, pintando la pared orientada al oeste, con unos pantalones que encontré; me probé vestidos imaginándome sentada bajo el cerezo, una noche de verano, con una copa de vino. Al final me llevé unas cuantas prendas y pagué con los billetes de mil coronas de mi primer sueldo.

Cuando regresé a la casa, la puerta principal estaba cerrada. Durante todo el camino de vuelta en autobús había buscado, en vano, una explicación plausible al hecho de volver tan pronto. Dejé las cosas en la escalera y rodeé la casa. No estaba en el jardín. Bajé las escaleras hasta el muelle, pero tampoco estaba allí, incluso la puerta de la terraza estaba cerrada. Hasta aquel momento no pensé que no me había dado llaves de la casa. Me senté junto a la mesa del jardín para esperarlo. En todo el tiempo que llevaba con Bagge, él siempre había estado en casa, salvo en las dos ocasiones que había ido a la ciudad. Transcurrió una hora. Rodeé la casa para recoger mis cosas. Saqué la ropa que había comprado y me cambié rápidamente, me puse una falda de color claro y una blusa, el atuendo que me había imaginado usando en el jardín. Resultaba demasiado elegante, no tenía claro si conseguiría hacer que pareciese natural. Localicé unos guantes, unas tijeras de podar y una azadilla en la caseta de las herramientas. Entonces me arrodillé junto a un parterre y me puse manos a la obra. Escuchaba con atención por si oía sus pasos. Poco a poco fui avanzando, deseaba que me encontrase allí, de rodillas, inclinada y en plena faena. Cada vez me sentía más avergonzada por mi nuevo atuendo; disfrazada, emperifollada. Aparecieron antiguos recuerdos de Johs. Aquí estaba yo, embarcándome en una nueva vida como si no hubiese ocurrido nada, con qué facilidad me había olvidado de todo lo anterior para iniciar algo nuevo. Me resultaba aterrador lo fácil que había sido cortar con aquello que había hecho creer a los demás que eran unos lazos fuertes, jugando a dos bandas, mintiendo hasta creérmelo yo misma. ¿Qué era lo que me impedía ser fiel? Me asaltó el recuerdo de cómo ese mismo invierno, en un ataque de examen de conciencia, me puse a buscar y a leer sobre el término *poliandria* —aparearse con varios machos— y sentí una mezcla de indignación y soledad cuando descubrí que, de todo el reino animal, los únicos seres que la practican son las jacanas, el falaropo picofino, los caballitos de mar y yo, ¿qué clase de vínculo se suponía que podía tener con estos seres? No sé cuánto tiempo estuve trabajando, pero cuando hube vaciado el cubo de malas hierbas por undécima o duodécima vez, el sol se había ocultado tras la montaña y tenía frío. Regresé a la casa y volví a comprobar las puertas. Me puse la chaqueta y me senté en la escalera de la terraza. El hambre me carcomía. El hecho de que Bagge tuviese una vida a la que yo no podía acceder me dolía de una manera extraña. Finalmente fui a la caseta de las herramientas y saqué la escalera. Crucé con ella el patio y la apoyé en el muro exterior de mi habitación, donde la ventana estaba entreabierta. Siempre me habían dado un poco de miedo las alturas, y encaramarme a aquella vieja escalera multiplicaba mi angustia. Para

alcanzar el alféizar tuve que subir tan alto que el extremo de la escalera me quedó por la cintura. Me colé por la ventana, me tambaleé, caí al suelo y me golpeé la cabeza contra la mesilla de noche. Bajé las escaleras y salí al recibidor, abrí la puerta y recogí mis cosas. Sentí como si hubiese violado las reglas. La casa estaba totalmente vacía y a oscuras, era muy distinta cuando él no estaba. Permanecí quieta un minuto y entonces me dirigí a la puerta de su dormitorio. Escuché atenta, pero todo seguía en silencio. Esta vez no había ninguna aguja de pino en la manija. Abrí la puerta. ¿Hola? La habitación estaba oscura. Jamás me había pedido que la limpiase. Las cortinas estaban corridas, pero la luz de la luna se colaba por los huecos del tejido de ganchillo. Crucé el umbral lentamente. Sobre la silla colgaba una camisa, por lo demás, no había nada. Crucé de puntillas al otro lado de la habitación para comprobar la puerta del estudio. Cerrada. Acto seguido, en un repentino ataque de miedo, me di media vuelta y me apresuré a salir del dormitorio. Fui a la cocina y saqué pan y fiambre. Luego me preparé un par de rebanadas, que me comí de pie. Subí la bolsa a mi habitación, fui al baño y a continuación me acosté, pendiente de si oía pasos, hasta que finalmente me quedé dormida.

A la mañana siguiente me despertaron unos sonidos que procedían de la cocina. Me levanté y me puse la ropa del día anterior. Cuando aparecí por la escalera, él estaba preparando café.

Dios mío. Alzó la mirada. ¿Ya estás de vuelta?

Regresé ayer. Todas las puertas estaban cerradas, así que entré por la ventana de mi habitación.

Pensaba que habías dicho que te quedarías en la ciudad hasta hoy.

Sí, dije, hubo un cambio de planes.

Me juré que no iba a preguntarle dónde había estado.

¿Te preparo el desayuno?

No hace falta, dijo, ya he comido. Sólo quería un poco de café.

Asentí.

Sí..., dijo. He estado en casa de un amigo.

Qué bien.

¿Quieres café tú también? Levantó la lata del café.

Sí, gracias.

Me senté a la mesa de la cocina, un acto casi atrevido. Observé la superficie de la mesa mientras él llenaba la cafetera de agua.

Cuando el café estuvo preparado, lo sirvió y se sentó a mi lado.

¿Nueva?, dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia mi blusa.

No, no especialmente.

De repente extendió una mano y me tocó la parte superior del brazo. La retiró con rapidez.

Tierra, dijo, y después se acercó la taza a la boca.

Me sonrojé. Le expliqué que había estado deshierbando un poco el día anterior, mientras lo esperaba. No respondió. Ahora debía de parecerle una persona poco aseada. Seguimos sentados en silencio.

Parece que hoy hará bueno, dijo, y miró por la puerta de la terraza.

Sí, eso parece. Tenía intención de abonar el césped más tarde.

No es necesario trabajar en domingo, aclaró, y se levantó.

Se sentó fuera. Yo subí a mi habitación y lo observé desde la ventana. Estaba totalmente quieto bajo el cerezo, bajo sus flores blancas, mirando hacia el jardín. Yo añoraba la música. Los únicos sonidos que había oído en los últimos meses eran el lejano rumor de la carretera, el zumbido de los insectos, los pájaros y el débil chapoteo de las olas que rompían contra las rocas en la zona del muelle. Él ni siquiera escuchaba la radio. Lo único que existía en su vida éramos él mismo y yo, su asistente y jardinera. Limpié mi baño antes de bajar y abrir la puerta que llevaba al jardín.

¿Te preparo el almuerzo?

Sólo tomaré una copa de vino. Blanco.

Me abalancé con ansia sobre la nevera y saqué la botella abierta, salí con una copa mientras todo se removía en mi interior. Volvió la cara hacia mí.

¿A lo mejor también te apetece una copa?

No supe si era una pregunta educada o si tenía otra intención, una invitación a que nos entregásemos a un despreocupado consumo de alcohol.

Sí. Me encantaría.

Fui a por otra copa, saqué fuera la botella. Me senté en una silla a su lado.

Hoy hará bueno, dijo con voz distante.

Eso ya lo has dicho, pensé. Bebí, y un cosquilleo frío me llenó la boca.

¿Has visto que hay ratones por aquí?, preguntó.

¿De veras?

Yo los veo cada dos por tres.

Pero dentro de casa no, ¿verdad?

No, aquí. Ratoncillos de campo.

Uf.

Debemos aislar bien la casa antes de que llegue el otoño. Si no, tendremos un problema.

Alzó la copa ante mí para que se la llenara de nuevo.

¿Llevas mucho tiempo viviendo en esta casa?, le pregunté sin meditarlo antes.

Sí, respondió. Es la casa de mi infancia.

¿Siempre has vivido aquí? Solté la pregunta de manera inesperada y natural.

Asintió como respuesta. Quise preguntarle si tenía hijos, era posible; desde una perspectiva puramente matemática, sus hijos podrían haberse independizado. Sin embargo, no dije nada. Jamás habíamos mantenido una conversación tan larga, era mejor no tensar demasiado la cuerda.

Échate más si quieres, dijo cuando me hube acabado mi copa. Me serví el resto de la botella. Permanecimos así un largo rato, sin decir nada. Pensé que debía levantarme y trabajar un poco en el jardín, mostrarle que sentía una fuerte lealtad con respecto a mi trabajo, pero me resultaba tan agradable estar allí sentada que era como si me hubiese quedado pegada a la silla. Él tenía una mirada apacible mientras contemplaba las montañas al otro lado del fiordo, pero eso podía acabarse en cualquier momento. De pronto me levanté y pronuncié un breve ¡Bueno!, crucé el patio hacia la caseta de las herramientas y saqué el cubo para deshierbar. Pasé ante él aparentando confianza y me detuve al borde de la pendiente. Me puse los guantes y empecé a quitar hierba de San Gerardo. Mantenía la mirada fija en la tierra, arrancaba la hierba y los tallos y los metía en el cubo. Trabajaba sistemáticamente mientras sentía su mirada clavada en mi espalda todo el tiempo. Una extraña eliminando malas hierbas con los guantes de su mujer. Cuando fui a vaciar el cubo, Bagge deambulaba junto a los arbustos de bayas. Cogí el cubo por el asa y lo llevé al montón de compost, no alcé la mirada cuando pasé por delante de él.

¿Sabes qué es esto?, preguntó cuando vertí el contenido.

¿Esto? No es más que maleza, respondí enseguida.

Rió.

No. Esto.

Señaló unas flores blancas parecidas a las margaritas que sobresalían de la pequeña cerca de piedra.

Me acerqué.

Ah, eso. Vacilé. Creo que es manzanilla marítima.

¿Eso de ahí es manzanilla marítima?

Sí. En Noruega, su nombre común, *balderbrå*, hace alusión a las pestañas del dios Balder. Cuando los pétalos se cierran de noche y luego se vuelven a abrir parecen un ojo que pestañea.

Me miró algo sorprendido.

Lo sé porque cuando era niña me interesaba mucho Balder.

¿Y cómo es eso?

Me siguió por la hierba seca y amarilla de vuelta a la pendiente.

Fue mi primer amor, y mi primer desengaño amoroso.

Continué arrancando los tallos, acalorada por tenerlo detrás de mí.

No recuerdo su historia.

¿La historia de Balder? Es triste y hermosa.

¿Triste y hermosa al mismo tiempo?

Provoca el fin del mundo. Pero también posibilita que surja uno nuevo y mejor.

Un nuevo mundo, comentó él.

Asentí.

¿Cómo?

Todo empieza con Balder soñando cosas terribles. Hay sangre, malos augurios.

¿Sí?

Los demás dioses están preocupados por él, y se reúnen en consejo. Odín decide llegar al fondo del asunto. Ensilla a *Sléipnir* y cabalga hasta Helheim, el reino de la muerte. Allí invoca a una vidente enterrada al este de la puerta de la morada de Hela, la encargada del inframundo. Odín le pregunta a la vidente para quién se está preparando la mesa en la casa de Hela. Ella le responde a regañadientes que todo está listo para Balder.

Balder va a morir, dijo él. Permanecía totalmente quieto detrás de mí.

Sí.

¿Y luego?

Cuando Odín regresa a casa con el anuncio de que Balder morirá, los dioses se niegan a aceptarlo. Frigg, esposa de Odín y madre de Balder, acude personalmente a tomar juramento a todas las cosas del mundo para que prometan no hacerle daño a su hijo; al fuego, al agua, al hierro y a las piedras, a todos los animales, aves y plantas, a todas las serpientes, a todas las enfermedades.

Así, Balder será invulnerable.

Sí. Y los dioses empiezan a divertirse con él: le disparan flechas, le tiran lanzas y piedras, lo atacan con sus espadas, pero nada puede herirlo.

Y entonces, dijo él sentándose sobre la cerca de piedra; mi mirada se encontró fugazmente con la suya y seguí deshierbando. Estaba muy raro. Me miró.

Entonces Loki, que está observándolo todo desde la distancia, siente una creciente envidia.

Loki.

Exacto. Así que se transforma en mujer y se acerca a Frigg, que también está observando el juego. Loki le pregunta si es cierto que ella les ha pedido a todas las cosas del mundo que no hagan daño a Balder. Frigg responde afirmativamente. Pero luego recuerda que no se lo había pedido al muérdago, porque era tan pequeño que no podía hacer daño.

Me detuve. No había hablado tanto en muchas semanas. Temía parecer una apisonadora, debía de ser el vino lo que me hacía hablar sin parar, pero Bagge permanecía inmóvil, escuchándome con atención. Era él quien me había pedido que hablase. Mi voz tembló ligeramente, carraspeé.

Loki recoge muérdago y se dirige a Höd, el hermano de Balder. Le pregunta por qué no participa en el homenaje a Balder como los demás dioses. Höd, que es ciego, le explica que, en primer lugar, no puede ver y, en segundo lugar, no dispone de un arma. Yo te ayudaré, le dice Loki.

Él estaba sentado con la cabeza gacha, escuchando con atención; arranqué el último tallo de hierba de San Gerardo y lo eché al cubo.

Ponen el muérdago en el arco, Höd lo tensa y Loki lo ayuda a apuntar. El muérdago atraviesa el cuerpo de Balder y éste cae muerto.

Alzó la vista sorprendido.

Pero eso ya lo sabías, ¿no?

Estaba sentado frente a mí, de repente parecía un niño.

¿Balder muere?

Sí.

¿Qué ocurre luego?

Los dioses se quedan paralizados por el dolor. No son capaces de pronunciar ni una palabra, los brazos les cuelgan débilmente a los costados. Guardan silencio y se miran. Ninguno es capaz de expresar el dolor que siente. Lo único que pueden hacer es llorar. Odín comprende que es la mayor desgracia que ha caído sobre los dioses y sobre los seres humanos.

El cuello se le había puesto rojo bajo el grueso jersey de lana.

Cogí el cubo y atravesé el césped en diagonal, vacié el cubo en el montón de compost. Bagge continuó sentado en la cerca de piedra. No quedaba nada más que deshierbar. Si me aventuraba a emprender una labor más compleja, él se daría cuenta inmediatamente de que no sabía lo que estaba haciendo. Me dirigí a la caseta de las herramientas y guardé el cubo. El sol calentaba. Saqué la escoba, crucé el jardín, subí a la terraza y empecé a barrer, una tarea que no podía salir mal. Percibí que los rayos de sol me atravesaban cuando vi a Bagge levantarse de la cerca y subir por el jardín. Se sentó en la escalera de la terraza, vuelto hacia mí; yo barría las tablas con movimientos contundentes, intentando que aquello se asemejase a un gracioso baile, pero en el momento en que lo pensaba se me desbarataba todo.

¿Concluye ahí la historia?, preguntó quitándose el jersey.

No, hay más.

Barrí más despacio y continué el relato, intentando recordar los detalles.

Cuando los dioses recobran la compostura, Frigg les pregunta quién quiere cabalgar hasta Helheim en su nombre con el fin de ofrecer un rescate por Balder, para sacarlo del inframundo y devolverlo a Asgard. Hermod, hijo de Odín y hermano de Balder, se ofrece voluntario. Le prestan a *Sléipnir* y se marcha cabalgando. Mientras tanto, los dioses deben organizar el funeral. ¿Conoces esta parte?

No.

Los dioses llevan el cuerpo a la orilla. Balder era el propietario del barco más espectacular de Asgard, el *Hringhorni*. En él se llevará a cabo la incineración, pues será su último viaje.

¿A qué te refieres?

Se prende fuego al barco con el cuerpo a bordo y se envía al mar. Pero cuando los dioses se disponen a botar el barco, no consiguen moverlo. Ninguno de los dioses es capaz de conseguir que se deslice hacia el agua, ni siquiera Thor. Al final tienen que pedirle ayuda a Hyrrokkin, que llega a lomos de un lobo gigante, con víboras como riendas. Ella se sujeta a la popa y empuja el barco con elegancia y logra ponerlo a flote al primer intento. Thor se enfada tanto que intenta destrozarle el cráneo, pero los dioses se lo impiden. *Hringhorni* reposa ya sobre el agua. Colocan a Balder sobre su escudo y lo suben al barco. Ese instante le rompe el corazón a su viuda, que presencia el rito desde la playa. Muere de pena. No puede vivir sin él. La embarcan en la nave y yace al lado de Balder.

¿Cómo se llamaba la esposa de Balder?

Se llamaba Nanna.

Él no dijo nada.

Dejé de barrer.

¿Te parece hermoso que se muera de pena?, le pregunté, tragué saliva.

Sí, respondió con la mirada oscura.

También embarcan a su caballo, totalmente enjaezado, y Odín deja su anillo, Draupne, en la embarcación. Luego incendian el barco y *Hringhorni* se aleja despacio de la orilla.

Permaneció completamente quieto.

Pues..., bueno. Me callé. Estaba exaltada, seguro que tenía la cara roja. Eso es todo.

No respondió. Parecía distante.

Volví a la caseta de las herramientas para dejar la escoba. Cuando salí, él volvía a estar sentado bajo el cerezo. Con una mano sujetaba el pie de la copa vacía, con la otra me hizo señas para que me acercara.

¿Vas a por otra, Allis?, dijo con voz gruesa.

¿Otra botella?

Asintió.

Entré y me lavé las manos con agua ardiendo, me froté bien con jabón para quitarme la tierra, me limpié el sudor de la frente. Me temblaban los brazos y las piernas. Saqué una botella de la nevera. Cuando salí otra vez al jardín, estaba tumbado sobre la hierba. Me detuve detrás de él, interrogante.

¿Has probado a tumbarte así? Su voz sonaba lejana, como si no me estuviese hablando a mí. Me tendí sobre el suelo con cuidado, a dos metros de él. La hierba me hacía cosquillas en la nuca.

Quizá debería poner una lavadora. Hoy se secaría bien la ropa.

No hace viento, Allis. Se arremangó la camisa. Todo mi cuerpo estaba en tensión, temía que él oyese cómo me latía el corazón. Al cabo de un rato, lo miré con prudencia. Parecía estar durmiendo, su pecho se alzaba y descendía despacio. Tenía finas arrugas alrededor de los ojos. El cabello se le rizaba ligeramente junto a las orejas. No parecía mayor de la edad que tenía. Deseé acariciarle la frente, que le brillaba de sudor. Aparté la mirada de nuevo y cerré los ojos. No era capaz de relajarme, simplemente me quedé tumbada, intentando respirar con calma. El vino que había sacado estaba en la mesa, calentándose. Empecé a sentirme agotada. Siempre conseguía que me quedase atrás, controlándome según su estado de ánimo, se permitía actuar según sus caprichos. Me provocaba tristeza y soledad. Su respiración era pesada, pero casi imperceptible.

Al cabo de un rato me levanté con cuidado y me acerqué a la caseta para comprobar si había trampas para ratones. No vi ninguna. Di una vuelta a la casa para ver si había agujeros entre los marcos o alrededor de las ventanas del sótano. Ningún ratón sería capaz de atravesar royendo los altos cimientos de la casa. Recordé cómo mi padre fijaba chapas de metal en la parte inferior de todas las puertas de la cabaña. Decidí que las compraría pasado el fin de semana, además de eliminar la maleza y los matorrales pegados a la pared, para que los ratones no tuviesen por dónde trepar.

Eché una mirada hacia el jardín. Bagge seguía tumbado sobre la hierba. Resultaba muy extraño que se quedase dormido así, de repente, en pleno día. Supuse que estaría amodorrado por el sol y el vino. Entré en la cocina y empecé a preparar la cena.

Cuando lo tenía todo preparado y salí a la terraza para llamarlo, había empezado a llover. Él seguía totalmente inmóvil bajo la lluvia. No sabía qué pensar. Me quedé parada mirándolo. Las gotas iban haciéndose más pesadas,

la lluvia aumentaba de intensidad. Pronto caería un auténtico chaparrón. Corrí hacia él. Tenía los ojos cerrados; el cabello empapado, la camisa y el pantalón se le pegaban al cuerpo. Lo sacudí por el hombro y entonces abrió los ojos de golpe y me miró directamente a la cara con expresión seria. El cabello negro se le pegaba a la frente. Las gotas de lluvia le golpeaban los prominentes pómulos, los labios.

Dios mío, no puedes seguir aquí tumbado.

Se limitó a mirarme, las gotas de lluvia le azotaban el rostro. Esbozó una mueca. A continuación se echó a reír.

Entra en casa, dije con firmeza, y lo agarré de la mano. Se incorporó, me siguió hasta la terraza y entró conmigo. Cámbiate antes de que te pongas enfermo.

De repente, varios truenos retumbaron fuera. Me miró.

Ahora, venga, ¡ve a ponerte ropa seca! Lo empujé delante de mí.

¿Te da miedo la tormenta? Le tembló la voz.

No.

Entró en su dormitorio. Unos instantes más tarde salió de nuevo. Se había cambiado, ahora llevaba un fino jersey de lana y un pantalón oscuro. Mientras tanto, yo había puesto la mesa para él. Se sentó. Parecía un poco incómodo. Le serví la ternera y le pregunté qué quería beber. Vino tinto, me respondió. Cuando regresé del sótano con una botella, estaba tiritando de frío. Fui corriendo a buscarle una manta y lo envolví en ella. Lo percibí como un acto íntimo. Se rió de mí.

¿Qué ocurre? Vas a ponerte enfermo. Voy a encender la chimenea.

Me puse en cuclillas y coloqué leña en la chimenea mientras él comía. Oía castañetear sus dientes contra los cubiertos.

Ahora entiendo que necesites a alguien que cuide de ti, dije cuando conseguí prender el fuego. Él sonrió. Me senté y le serví una copa de vino. Bajó la mirada y continuó comiendo. Hubo algunos destellos de relámpago y al cabo de unos segundos tronó de nuevo.

No están lejos de aquí.

No respondió.

Deberías haberte secado bien el pelo.

Masticaba lentamente un trozo de carne, envuelto en la manta. Acto seguido dejó los cubiertos y vació la copa. Me acerqué a la chimenea y soplé con cuidado las llamas. La vieja ceniza se arremolinó y empezó a extenderse por la habitación, el fuego se avivó. Añadí otro leño. Ya no comía. Los truenos retumbaban.

Creo que necesitas un baño caliente.

Se dio la vuelta.

¿Quieres que te llene la bañera?

Asintió.

Me levanté y subí las escaleras, abrí el grifo de la bañera de mi cuarto de baño y ésta empezó a llenarse. Él no había vuelto a pisar la planta de arriba, que yo supiese, desde el primer día, cuando me mostró mi habitación. Comprobé con la mano que el agua no estuviera excesivamente caliente. Cuando me volví para ir a avisarlo de que todo estaba preparado, lo vi aparecer. Solté un jadeo, Dios mío, qué costumbre de aparecer así, de la nada. Todo preparado, dije. Estaba pálido y tenía los labios ligeramente azulados. Me alejé del borde de la bañera, pero Bagge seguía plantado en el vano de la puerta, impidiéndome salir. Sin mirarme se quitó el jersey, no llevaba nada debajo. Vacilé. Empezó a desabrocharse el botón del pantalón con torpeza, dio un paso hacia mí, me aparté de un salto y me di la vuelta cuando dejó caer los pantalones; las mejillas me ardían y me sonrojé, ¿qué estaba haciendo? Se metió en la bañera, deslizó el cuerpo hacia delante y apoyó la cabeza en el borde; me apresuré a salir y cerré la puerta de golpe.

Recogí la mesa con movimientos agitados y bruscos. Una vez más, él insistía en demostrarme que yo no era un ser humano para él, que no era nadie; me obligaba a adoptar un papel autodestructivo. Después de fregar los platos, eché más leña al fuego y me serví una gran copa de vino. Salí a la terraza y respiré el aire de la tarde, casi veraniego; todo estaba húmedo y verde. De repente empezó a granizar, me quedé mirando cómo los aparatosos pedazos de hielo flagelaban los muebles del jardín.

Supuse que Bagge, a esas alturas, estaría a punto de ahogarse en la bañera sin darse cuenta. Si se diese el caso, nadie lo echaría de menos. Cerré la puerta de la terraza y bajé al sótano a por otra botella. Dado que él se tomaba sus libertades, yo también podía hacerlo. Añadí un par de leños de abedul al fuego, aquello ya era otra cosa. Él ya llevaba casi una hora en la bañera y el agua debía de haberse enfriado. Si hubiese vuelto a echar agua, lo habría oído. Su conducta estaba empezando a parecerme artificial. ¡Dios mío!, pensé de pronto, ¿sabe alguien realmente qué ha sido de mí? Llevaba ocho semanas sin hablar con mis padres. No tenía contacto con nadie. Vivir aquí era como haber dejado de existir. Él me había llevado a esto junto a él y, sin embargo, estaba completamente sola. ¡Puf!, solté en voz baja mirando la mesa. Pero no había otro sitio donde pudiese ir, y ni siquiera había otro trabajo que me apeteciese hacer. Realmente, no lo había. Supongo que sólo deseaba que todo

fuese un poco más agradable en este lugar, que pudiese ser más una amiga que un perchero. Justo cuando empezaba a cansarme de mis propios pensamientos, lo oí bajar. Bagge, ahora vestido, descendió por las escaleras.

¿Mejor ahora?

Sí, he logrado entrar en calor.

Hay un buen fuego en la chimenea, dije.

Lo noto.

Arrastró la silla hacia la mesa, se estiró para coger la botella y se sirvió una copa. Dejó la botella en la mesa sin ofrecerme vino; me resultó decepcionante, a pesar de que tenía la copa casi llena. Permanecimos en silencio.

Ha caído una buena granizada, declararé finalmente.

La he oído, contra el tejado. Agachó la cabeza. Mira, ya me lo he secado bien.

Sí, buen chico.

Se rió. Me quedé sorprendida.

¿Has ido a la universidad?, preguntó de repente.

Sí, algunos años.

¿Qué estudiaste?

Artes domésticas, dije, nerviosa ante mi propia broma.

Apenas sonrió.

Sólo algunas asignaturas de Humanidades.

Claro.

Me había preguntado si le impresionaría saber que había trabajado en la universidad, pero ahora que todo estaba tan claro no me apetecía decirlo.

¿Y tú? Sabía que me estaba pasando de la raya.

He estudiado.

¿Sí...?

Asintió.

Bueno, ya está bien. Al menos podrías decirme qué.

Derecho. Dejó la palabra en el aire.

Ya veo. Decidí no seguir con las preguntas, era imposible saber en qué punto me había excedido. Ninguno de los dos dijo nada durante un largo rato. Yo tenía las mejillas encendidas a causa del vino y del calor de la chimenea. Me miró.

¿Vas a necesitar vacaciones en verano?

No, no lo he pensado. No tengo planes.

Estaría bien que pudieras quedarte aquí.

Puedo quedarme sin problema.

Deseé que levantase su copa para brindar, pero permaneció inmóvil y no hizo ademán de nada. No podía haber sido siempre así. Yo tenía la esperanza de que me pidiese que fuera a por otra botella cuando ésta se hubiera acabado, que se volviese más locuaz con un par de copas de más.

He pensado en aplicarle una capa de aceite a los muebles del jardín mañana, si hace sol, dije.

Buena idea.

He visto algunos botes de aceite en la caseta de las herramientas.

Asintió, poco interesado. Esta manera de comunicarnos, pensé, con tantos altibajos. ¡Que le den! Aquí estábamos los dos, él y yo, acompañados del chisporroteo de la chimenea y del débil aroma a hierba húmeda del exterior. Le serví el resto del vino. Ahora dependía de él. Echaba de menos emborracharme. Echaba de menos reírme, ser atrevida y desenfrenada. Pero no quería que pensase que era estúpida. Me sentía muy joven, en un sentido negativo. Ojalá tuviese la oportunidad de decir algo inteligente. Tomó un trago de su copa. Todavía no estaba vacía del todo. No me miró. De pronto tomó aire como si estuviese a punto de decir algo, pero permaneció en silencio. Me pregunté si le parecería atractiva, si habría pensado siquiera en mí, o si para él no era más que una escoba humana. Probablemente vivía en una dimensión espiritual en la que estos asuntos no le despertaban el más mínimo interés. Tuve que contener una sonrisa amarga al pensar en lo estúpida que había sido yendo a comprar ropa nueva; cada prenda había sido por él. ¿Por qué tenía estos pensamientos? ¿Era simplemente porque añoraba tener a alguien? Que Bagge fuera el único hombre en mi vida en esos momentos no era algo exactamente voluntario por mi parte. Pude ver de soslayo cómo se terminaba la copa de vino. Yo mantenía el pulgar y el índice alrededor del pie de mi copa, girándola lentamente en señal de que, por mi parte, la fiesta podía continuar.

¿Te importaría bajar a por otra botella, Allis?

Me levanté con brusquedad de la silla, libre de todas las cadenas. ¿Tinto? Asintió. Tinto, tinto, pensé mientras bajaba los escalones hacia el sótano con paso titubeante. Las botellas se encontraban en estantes a lo largo de las paredes. Sospechaba que guardaba buenos vinos, pero no tenía ni la menor idea. Cada vez elegía una botella al azar. Era extraño que jamás me hubiese dado instrucciones claras sobre lo que debía seleccionar. Me desabroché un botón de la blusa y subí de nuevo.

Qué alegría que disfrutes tanto del vino como yo, dijo, y cogió la botella.

No es que me encante el vino, sino que me gusta el alcohol, le respondí.

Soltó una risa breve, abrió la botella y nos sirvió vino en las copas. Esto era lo que me encantaba de estar embriagada, que de una forma relativamente sencilla podías convertirte en una versión distinta de ti mismo. Alcé mi copa hacia Bagge. No pareció sorprendido; levantó la suya hacia mí, me miró un instante y se llevó la copa a los labios. Formábamos un triángulo equilátero casi perfecto. Él en el lado corto de la mesa, yo en el lateral largo y la botella en medio, frente a ambos. En circunstancias normales, yo no tenía nada en contra del silencio, pero ahora me sentía casi desesperada. En mi mente se produjo una avalancha de frases que quería decirle, pero ninguna de ellas era posible. Tenía tantas ganas de que él se mostrase más interesado en mí, de que quisiese saber algo más de mí; apenas sabía nada de quién era yo. ¿Por qué prefería que fuese así? Era de noche, y había dejado de llover. La chimenea ardía sin llamas y me levanté para colocar un leño más. Cuando iba a sentarme en la silla de nuevo, perdí el equilibrio e instintivamente me aferré a él. Reaccionó con rapidez y me agarró de los hombros. Se me escapó una carcajada demasiado alta y repentina y me soltó. Me quedé de pie delante de él.

Perdóname.

A lo mejor ya has bebido suficiente, dijo seco.

Me senté.

No, no es eso, sólo he perdido el equilibrio. Tolero bastante bien el alcohol.

¿Estás segura?

Por supuesto. Todavía sentía la presión de sus manos sobre mis hombros, una presión firme, casi dura. Tomé un buen trago para demostrarle que todavía me quedaba recorrido.

Qué día más largo, dije para que el silencio no se adueñase de nuevo de la situación.

Sí. ¿Estás cansada?

No. Para nada. ¿Tú sí?

No.

Por mí podíamos quedarnos despiertos la noche entera. Quería oírle decir a Bagge que yo le gustaba. Que estaba contento de tenerme allí. Quería preguntarle si le molestaba tenerme en casa sólo para que me dijese lo contrario; un impulso infantil. Me callé.

¿Me tienes miedo?

Casi me atraganté con el vino.

¿Miedo? No, yo...

Me miró; de repente, su mirada era oscura, penetrante.

Quizá un poco, respondí al final. Entonces adoptó un gesto dulce.

Lo entiendo. Pero no tienes por qué tenérmelo.

¿Por qué lo preguntas?

Bueno, dijo.

Quizá me preocupa un poco ser una molestia para ti, dije.

Asintió.

No pienso que lo seas.

Noté un vacío en el estómago.

Eso está bien.

Me parece que eres exactamente tan discreta como me gustaría que fueras.

Me miró como si acabase de hacerme un gran cumplido.

Bueno, hay... me pregunto muchas cosas, dije, con tanta precaución como pude.

Asintió.

No me vi con fuerzas para añadir nada más, al menos nada que coincidiese con el concepto de persona discreta que Bagge tenía de mí. El tictac del reloj de la pared pareció aumentar de intensidad. Tictac tú, pensé con dureza. Quería salir. Podría quedarme quieta en el jardín, contemplando la oscuridad, y así hacerme la interesante frente a él. Entonces tendría algo en que pensar. Entonces se daría cuenta de que yo tampoco era una persona ajena a los comportamientos extraños, que los demás también dominábamos ese arte. O le podría decir, sin previo aviso: ¡Bueno, se acabó el vino!, y subir directamente a mi habitación sin inmutarme. Buenas noches. Sabía que, hiciese lo que hiciese, a él le daría igual. Así es como acababa uno tras una larga temporada de soledad autoimpuesta. Cerrado e insensible, sin capacidad alguna para empaparse del calor de otros seres humanos. ¿Dónde se había metido su mujer? ¿Lo habría dejado? Entendí que él me quería como una espectadora de su vida. Había un reparto necesario de papeles, sin espacio para ningún tipo de simetría. Noté que me estaba emborrachando. La sensación se veía aumentada por el silencio y la comunicación tambaleante, y por la completa falta de confianza entre los dos. Me encontré tamborileando impaciente con los dedos sobre la mesa. Él no se percataba de esos detalles. Parecía tener más que suficiente con su mundo interior. Yo no con el mío. Empezaba a estar cansada de sentirme rechazada. Fuera había calma, la noche era negra como el carbón.

Bueno, bueno. ¿Estás bien de salud?, dije de pronto, y me asusté por el sonido de mi propia voz interrumpiendo el silencio. Me miró.

Sí, gracias por preguntar.

Su mirada me advirtió: basta. El corazón me latía con violencia en el pecho, pero le sostuve la mirada.

Estupendo, dije, y luego solté una risa desagradable que logré controlar rápidamente. En eso me había convertido. En una niña repulsiva y estúpida, molesta, una especie de pájaro carpintero. Nada que perder. Algo oscuro hervía dentro de mí.

¿Cómo se llama tu mujer?

¿Por qué quieres saberlo?

¿No volverá pronto a casa?

Todavía no.

Percibí que no era capaz de controlar la musculatura de mi cara, las comisuras de mis labios se estiraban hacia los lados; aquella sonrisa burlona e involuntaria que dejaba al descubierto mi dentadura me hacía sentir como Loki. Desplacé la silla a su sitio con movimientos inestables y subí tambaleante las escaleras.

El rostro que se reflejaba en el espejo del cuarto de baño me miró avergonzado. Tenía la dilatada mirada de rana que siempre se me quedaba cuando había bebido y me sentía estúpida. Era tempranísimo, me tomé tres vasos de agua seguidos y me tragué un par de analgésicos. Me temblaban las manos. La toalla de Bagge, todavía húmeda, estaba en la bañera; me la acerqué a la cara, inhalé su aroma. Ahora querría mandarme de vuelta a la ciudad. Tras darme una larga ducha, me vestí y me quedé quieta en la parte superior de las escaleras, escuchando por si lo oía. Eliminé el color azulado de mis dientes con el cepillo de dientes, me froté con fuerza la piel de la cara, me eché crema. Volví a escuchar. No estaba despierto. Con pasos cuidadosos bajé a la cocina. El café salió particularmente fuerte, me senté a la mesa. Esperé nerviosa, pensando en qué diría cuando se levantase. Transcurrió una hora. Volví a poner otra cafetera. Pasó una hora más. No solía tardar tanto. Quizá hubiese cogido un taxi hasta la ciudad cuando me fui a la cama, se había alojado en un hotel y buscado la compañía de prostitutas para castigarme. Empecé a llorar de golpe, a pesar de que no había pasado mucho tiempo desde la última vez. Detuve el llanto y agucé el oído, pero no llegaba ningún sonido del dormitorio. Me permití llorar un poco más. ¿Podría contarle cuando se levantase que era mi cumpleaños? Sólo el hecho de pensarlo me provocaba náuseas. Parecía que íbamos a tener un día soleado. Abrí la puerta de la cocina, el aire ya era cálido. No soy nada, pensé. No soy nada y no tengo nada. Deambulo por la vida como un cascarón vacío. Debería dejar de esforzarme. Salí de la casa y entré en la caseta de las herramientas. Vergüenza, vergüenza. La imagen se presentaba con más frecuencia ahora, aparecía en mi mente sin que pudiese impedirlo. Me veía a mí misma tumbada debajo de él como un rollizo cerdo navideño, con las medias bajadas. Aquellos individuos en la puerta, como fríos golpes de viento de refilón. No, no. No puedo volver, tengo que quedarme aquí. Se me revolvía el estómago. Busqué el cubo y los guantes y me apresuré a bajar al jardín para deshierbar; deshierbé a un ritmo cada vez más frenético, muerta de miedo de perder el trabajo. Regresé a la caseta a por las tijeras de podar más sólidas que hubiese y conduje la carretilla hasta los frutales. Empecé con los matorrales

que había detrás de los perales. Corté sistemáticamente los escaramujos, llevé y traje la carretilla en repetidas ocasiones hasta formar un montón considerable. Estuve trabajando durante horas, olvidé que tenía hambre. La vista de mis bronceados brazos dentro de los enormes guantes de jardinería me proporcionaba tranquilidad. Los tobillos morenos en las botas. El trabajo al aire libre me había fortalecido, estaba más robusta. Llevé la última carga al montón, rocié agua alrededor y luego le prendí fuego a todo. Me quedé vigilando la hoguera atentamente y con el rastrillo fui echando ramas, bulbos y desechos a las llamas con un entusiasmo sosegado. A través del humo espeso apareció él, corriendo.

¡Santo cielo, creí que había un incendio!

Está controlado.

¿Tienes agua para apagarlo?

Sí. Tranquilo. Sé cómo se hace.

Bueno, dijo él.

Sentía que no tenía mucho que perder. Después de lo de anoche, era todo o nada. Él vaciló tras el humo.

Bueno, vale. Vigílalo bien. Hoy me encargo yo mismo de mi comida.

Se dio la vuelta y subió a la casa.

Grisas pavesas de ceniza flotaban en el aire. Los desechos del jardín se fueron convirtiendo, lentamente, en carbón negro. Volví a pensar en Johs mientras seguía allí con la manguera en una mano y el rastrillo en la otra; Johs, que sólo me había tratado bien. Sin embargo, yo le había arruinado la vida; la suya y la mía. Todo por el director de la compañía de radiotelevisión. K, como yo lo llamaba, era una persona a quien en realidad ni siquiera le había importado lo más mínimo. Debía de haber estado con unas cuantas más. Solía imaginármelas, sus cuerpos firmes y sus perfectos peinados, mujeres perniciosas, extraordinarias. ¿Cómo aprende uno a calmar los ánimos, esa irracional y estúpida fuerza del ser humano? ¿Cómo se sabe que sólo se trata de una ilusión pasajera? Hay que ser fuerte, y consciente de que, al fin y al cabo, es un asunto de vanidad, de que percibimos que nos tienen que profesar los mismos sentimientos que profesamos al otro: ¡soy demasiado para estar sólo con una persona! Quiero tener la oportunidad de que me descubran de nuevo: ¡Escucha! Me gusta esta música. ¡Saborea! Me gusta este vino. ¡Oye! Yo tengo estos conocimientos. ¡Siente! Así es como hago el amor.

Delante de mí se extendía un charco de cenizas negras y carbón. Humeaba ligeramente. Rocié un poco más la hoguera y me llevé la manguera conmigo de vuelta a la casa. Entré por la parte trasera de la vivienda y subí al cuarto de

baño; tenía la cara manchada de hollín, me lavé y bajé a prepararme la comida. Él estaba sentado en su sillón, en el salón.

¿Tienes hambre?

Negó con la cabeza. Acabo de comer.

Corté un par de rebanadas de pan y me las comí de pie junto a la encimera de la cocina, él estaba sentado con un libro en el regazo. Cuando acabé de recoger, Bagge dejó el libro y alzó la vista.

Voy a bajar a probar suerte.

Me di la vuelta.

Tengo una caña para ti también. Te gusta pescar, ¿no?

Me resultó difícil contener el borboteo de felicidad, le respondí que siempre me había gustado pescar. Se levantó, bajó al sótano y volvió a subir con dos cañas y una caja de aparejos de pesca.

¿Tienes cuchillo?

Hay un cuchillo en el cobertizo, dijo, y salió delante de mí por la puerta de la terraza.

Bajamos al muelle en silencio, él iba primero; yo sentía un hormigueo en todo el cuerpo. El cielo de la tarde era claro y luminoso. Eligió un señuelo naranja para mí, dijo que era el mejor que tenía. Yo me tiré un buen rato intentando engancharlo al sedal, me maldije por ser tan torpe. Al final tuvo que ayudarme. Apenas recordaba cómo se lanzaba aquello. Durante toda la temporada que llevaba en casa de Bagge me había esforzado mucho para darle la impresión de que era una amante de la naturaleza, pero hasta el momento no había tenido especial éxito.

Así, dijo mostrándome cómo se hacía.

Tras tres intentos fallidos, por fin conseguí realizar un lanzamiento decente. Estuvimos así, lanzando y retirando el sedal varias veces el uno junto al otro, en el muelle, con el rosado cielo vespertino frente a nosotros. En mi mente iba fabricando conversaciones enloquecidas entre ambos, qué decía él, qué le respondía yo, cuál era su reacción, las sonrisas; yo le decía algo gracioso y él se reía, me respondía algo inteligente, yo le rebatía y se reía; un nuevo lanzamiento, elegante y masculino; me miraba de soslayo, percatándose de lo hermosa y femenina que era, de la suerte que tenía al contar con una persona así en su vida. Flexionaba la caña de pescar hacia atrás y proyectaba los brazos hacia delante, el señuelo salía embalado por el aire mientras la bobina giraba, expulsando el sedal con un sonido maravilloso, y él me miraba y pensaba que era fuerte y estupenda. Medité sobre cómo podía decirle lo de mi cumpleaños; Bagge me felicitaría y hasta se

emocionaría por que fuera justo hoy, yo había nacido aquel día hace treinta y tres años, qué coincidencia más extraordinaria, y ahora estaba aquí con él.

Bueno, hoy cumpla años, se me escapó.

Se volvió hacia mí.

¿Hoy?

¿Será posible?, pensé, ¿cómo soy capaz de soltar algo así como si tuviese ocho años? ¡Más patética, infantil e inútil no se puede ser!

¿Treinta y tres?

Asentí avergonzada, ¿cómo había podido decir eso? Era una conducta que no guardaba relación alguna con la edad que había alcanzado.

Enrolló el sedal. Luego dejó la caña y entró en el cobertizo. Acto seguido, salió con una botella en la mano.

Mira qué he encontrado.

Era una pequeña botella de calvados a medio beber. La descorchó con un pop y tomó un trago. Después me la pasó. El licor se deslizó cálidamente por mi garganta. Le devolví la botella.

Feliz cumpleaños, Allis.

Gracias, dije, y me sentí muy muy pequeña.

Bagge volvió a beber y me pasó la botella otra vez.

Está bueno, dije.

Sí.

El agua era transparente y de un color pálido. No habíamos visto saltar un solo pez en la superficie en todo el tiempo que llevábamos allí. Recogió el sedal y volvió a darle un trago a la botella, que luego me pasó. Beber de la misma botella era un acto íntimo e inesperado. Él hacía que pareciese algo natural; sin embargo, no lo era.

¿Qué haces aquí, en realidad?, preguntó de golpe.

Lo miré.

¿Por qué no trabajas rodeada de gente?

Técnicamente se puede decir que estoy trabajando con gente.

Sí, pero sólo apenas.

Me vino de nuevo la imagen, mis muslos grises y pastosos; me quedé mirando fijamente el agua para que desapareciese.

Supongo que me pareció precipitado comenzar una vida normal.

Ahora que tienes treinta y tres, quizá sea el momento.

¿Tú crees?

Por mí puedes hacer lo que quieras, dijo Bagge, entregándome la botella.

Le di un trago largo y conseguí, por fin, un buen lanzamiento con la caña de pescar.

No pienses en lo tonta que te pusiste anoche.

Gracias. Perdona.

Enrollé el sedal, sonrojada. Tú también te comportaste como un tonto, pensé. El sol se había puesto, reinaba la calma. Intenté respirar sin emitir ningún sonido para no molestarle.

He pescado algún que otro fletán de cuando en cuando, dijo en voz baja. Ahora en mayo suelen subir hasta los cinco o diez metros de profundidad.

Guau.

Y pronto habrá caballa. Pero sobre todo hay abadejos.

Se me hizo un nudo en el estómago porque de pronto algo empezó a tirar del sedal.

De hecho, hago unas albóndigas de abadejo estupendas, dijo.

Vas a tener que demostrarlo, dije, y en ese mismo instante descubrió el arco que formaba mi caña. Al otro lado algo tiraba con fuerza; puse el cuerpo en tensión y enrollé deprisa mientras el pulso se me iba acelerando cada vez más.

Bagge dejó tirada su caña y se apresuró hacia la zona de las rocas que había detrás del cobertizo, donde descolgó una red de la pared y volvió corriendo. Saqué el pez del agua, se retorcía.

¿Estás preparada?

Sí.

Desplegó la red y capturó aquella reluciente y fuerte criatura y la subió al muelle. Me acuclillé y coloqué una mano sobre el cuerpo del pez. Lo golpeé tres veces con determinación en la cabeza con la empuñadura del cuchillo.

Bueno, un abadejo no es, dijo Bagge cuando hube matado al pez y contemplamos la captura.

Trucha de mar, dije.

Efectivamente. No es la más grande del mundo, pero tiene buena pinta. Sopesó la trucha con las manos. Un kilo. ¿La guardamos para mañana o la preparamos para cenar?

Tenemos que prepararla ya, dijo mirándome serio. Es el primer pescado de la temporada. Haremos una barbacoa.

Fue al cobertizo y salió con una tabla, se arrodilló y colocó el pez sobre ella. Lo abrió en canal y agarró las tripas, giró la mano y las cortó a la altura de la cabeza. Yo no conseguía apartar la mirada. Me parecía muy atractivo con sangre en las manos. Echó las entrañas al mar; una gaviota se tiró en

picado y las recogió al instante. Descabezó el pez, se levantó y se acercó a las rocas, donde lavó la trucha en el fiordo mientras las gaviotas graznaban enloquecidas por encima de nuestras cabezas.

A nuestro alrededor reinaba la oscuridad, de vez en cuando se atisbaban unos breves destellos de luz en la oscura agua del fiordo. Comimos en silencio, acompañando el pescado con sorbos de vino blanco y frío. Yo había asado la trucha con mostaza y eneldo dentro de papel de aluminio; las brasas chisporroteaban en la barbacoa redonda. La noche era fresca, me había envuelto en una manta.

Me gustaría saber de qué has huido, dijo.

¿Te refieres a desde que estoy aquí?

Sí.

Bueno, estoy aquí.

Es verdad.

¿Por qué estás tan seguro de que he huido de algo?

¿Crees que no me doy cuenta?

Con el rabillo del ojo descubrí que me estaba observando directamente. No quedaba claro qué pretendía con eso; mantuve la mirada fija en el fiordo.

¿Cuánto tiempo más..., dije vacilante, estarás aquí solo?

¿Te refieres a cuándo va a volver Nor?

¿Nor?

Así es como se llama. Todavía tardará lo suyo, está muy lejos.

Algo se hundió en mí. Nor. Tenía nombre, eso significaba que existía. No pregunté más para que no volviese a encerrarse en sí mismo. Cogí la copa de vino y me la acabé para camuflar la decepción. Él lo advirtió y se estiró para coger la botella y llenarme la copa de nuevo, los dos en silencio. Ésta era nuestra forma de comunicarnos: alzar las copas, acercárnoslas a la boca y beber vino; servirnos más, ir a por nuevas botellas. Todavía me sentía orgullosa de haber capturado el pez delante de él. Tenía la esperanza de haberle agradado, de haberle mostrado que poseía habilidades, que era capaz de asegurar nuestro sustento. No podía permitirme estar decepcionada por el simple hecho de que su mujer tuviese nombre. Sabía perfectamente que existía; ¿qué clase de persona era yo, que me dedicaba a soñar con que las mujeres de otros no eran reales? Allis, me dije, ya no eres esa persona. Eres otra. Era un pensamiento placentero. Me lo repetí varias veces. Eres otra. Es posible convertirse en otra cosa. Un leve soplo de aire del fiordo en el cabello,

el olor a mar. Me invadió una sensación de calma, en un breve destello pensé que era «paradisiaco» permanecer así, a oscuras, con él, oír sólo de vez en cuando su voz baja y serena, imaginarme que sentía apenas el calor que irradiaba su cuerpo. Me preguntaba a qué se dedicaba, en qué había trabajado o trabajaba, quién era.

¿Qué hacías antes de venir aquí?, preguntó de repente, como si hubiese oído mis pensamientos y quisiese adelantarse.

¿Cuál era mi trabajo?

Sí, ¿a qué te dedicabas?

Soy historiadora.

¿De veras? No lo habría pensado.

¿Por qué no?

Pareció un poco sorprendido.

No sé.

¿Te parezco carente de historia?

Rió brevemente.

He ejercido la docencia algunos años. En la universidad.

No respondió.

Historia antigua de Noruega. Es lo que me parece más interesante.

Siguió callado.

Bebimos en silencio. Tenía sueño y estaba embriagada, todo me daba vueltas. Contemplé el agua centelleante, escuché cómo las olas rompían suaves contra las algas de la orilla.

¿Puedo confiar en ti?, preguntó de pronto.

¿A qué te refieres?

¿Eres de confianza?

¿En general?

Intenté sonreír, pero no me salió del todo.

Sabes a qué me refiero.

No.

No me miró. Me di cuenta de que, más que una pregunta, se trataba de un reproche, ¿o no lo era? ¿Qué me estaba preguntando? ¿Si era fiel?

¿Por qué lo preguntas?

Necesito poder confiar en ti.

Puedes confiar en mí, afirmé. Intenté decirlo con una especie de insistencia serena. Me volví hacia él: Soy de confianza. ¿Y tú?

No quiso que nuestras miradas se encontrasen, permaneció quieto contemplando el fiordo, sin responder. Lo soy, repetí para mí.

Puedo ser exactamente como quieras que sea, dije, y lo lamenté al instante. Sonaba hueco e invertebrado, lo mejor era no seguir hablando. Tomé aire y seguí callada.

Kyrie eleison, dijo Bagge en voz baja. Se dio la vuelta y me miró, yo no pude evitar echarme a reír porque la luna hacía que le brillasen los ojos como a un gato.

¿Qué has dicho?

Y *Kyrie ElySION*.

Acto seguido se calló y pareció arrepentirse.

Sería un bonito nombre. Incluso más bonito que Allis, dijo.

¿ElySION?

Sí, deberías cambiártelo.

Bobo.

Se acabó la botella y se levantó.

¿ElySION?, dijo volviéndose hacia mí.

Allis, dije.

ElySION Hagtorn.

Sé lo que significa ElySION.

¿Y qué quiere decir?, preguntó él.

¿Llegar al Elíseo? Morir.

Retrocedió un paso hacia el borde.

¿Quieres bañarte conmigo, ElySION?

Se quitó la camisa, la dejó caer al suelo y caminó hacia atrás mientras mantenía su mirada fija en mí. Yo no me moví. Su mirada era extraña. Como la de un animal.

¿Qué te ocurre?

No respondió, sólo siguió retrocediendo.

¿Quieres?

No me voy a bañar, dije tensa.

Retrocedió paso a paso hasta llegar al borde. A continuación se lanzó hacia atrás y desapareció. Después de eso no oí nada. Permanecí sentada en el muro oyendo sólo el eco del chapoteo, una y otra vez, en mi cabeza, antes de acercarme a toda prisa al borde para mirar abajo, hacia el mar oscuro. Un único chapoteo al zambullirse, nada más. Había desaparecido. Casi dudé de que realmente hubiese estado allí antes. Me quedé esperando a que algún tipo de instinto me impulsase a actuar, pero seguí sin moverme, mirando hacia abajo, paralizada. Desconcertada. Yo..., yo..., me oí gemir a mí misma, pero no podía moverme; sólo esto, como si intentase ofrecer alguna explicación:

¡Yo..., yo...! Me quedé con la boca abierta y con los ojos como platos, mirando fijamente las aguas negras. ¡Oye!, grité. ¡¿Oye?!

Emergió con un fuerte jadeo. Solté un grito.

¿Por qué no me has salvado, ElySION?

Subió los peldaños hasta el muelle, vino hacia mí empapado, riéndose. El animal que llevaba dentro. Algo me recorrió entera, le di una bofetada con todas mis fuerzas, me di la vuelta y eché a correr por las escaleras.

¡ElySION!, me gritó.

Corrí todo lo rápido que pude, tenía que salir de allí antes de que él me alcanzase. Miré hacia atrás y en un destello lo vi, un torso iluminado por la luna; sollocé y continué corriendo encorvada hacia delante, miserable, a través del jardín y por la pendiente, adentrándome en el bosque; volví a mirar atrás y lo vi subir las escaleras con los pantalones empapados y el cabello negro pegado a la cabeza. Me vio. Yo seguí corriendo, internándome cada vez más, notando cómo mis rodillas estaban a punto de ceder sobre el suave sotobosque. Me detuve a medio camino; tenía que concentrarme, recobrar el aliento. El bosque nocturno, negro y silencioso, un silencio roto sólo por mi respiración, que despertaba aquello que dormía. Miré atrás, me pareció verlo, seguí corriendo entre árboles cubiertos de musgo, las ramas arañándome la cara, enganchándose a mi blusa, rasgándola. Voy a morir esta noche. Tuve que detenerme de nuevo, me escondí tras un grueso roble y recobré el aliento. Estaba rígida, a mi alrededor percibía manos que querían agarrarme. Me ardían los pulmones, intenté no emitir sonido alguno, pero no podía evitar resollar. En ese mismo instante, los ululatos de un búho se extendieron por el bosque, profundos lamentos entre los árboles, un eco quejumbroso. Presté atención a los sonidos de ramas quebrándose en el suelo; si se acercaba, me atraparía. No sabía hasta qué punto me había adentrado en el bosque, tenía frío. Bagge no estaba en su sano juicio. Me ardían las mejillas, me empapaba un sudor frío. Podía haber animales, pero ¿qué clase de animales? Ciervos y corzos, igual de asustados que yo, pero ¿qué más? Pensé en lo que podría encontrarme a medida que me adentrase en el bosque. Antes o después me toparía con la carretera, ¿o ésta discurría en paralelo? Podría seguir andando hasta oír los coches, pero la carretera estaba muy poco transitada de noche. No había casas, nada. Si conseguía atravesar el bosque y salir al otro lado, ¿qué me esperaba allí? Lo mismo de lo que había huido. Respiré, vacilé. ¿Qué me había hecho reaccionar así? De repente me sentí avergonzada. El lobo que él llevaba dentro.

Di un paso para apartarme del árbol, recorrí el bosque con la mirada, oscuridad por todas partes. No se veía la luz exterior de la casa. Lentamente emprendí el camino de vuelta, el camino por el que tenía la esperanza de haber venido. Oscuro y gris, noche silenciosa. Recorrí el sotobosque a hurtadillas, andando sobre hojas secas. Con el corazón en un puño. Un grito repentino hizo que me detuviese. ¡Perdón! Di dos pasos hacia delante. Escuché. ¡Perdón! Bagge estaba gritando. Me paré, seguí caminando de nuevo. ¡Allis! ¡Perdón! Su silueta se acercaba por la linde del bosque mientras gritaba.

¡Perdón!

Me paré a treinta metros de él, en tensión absoluta, con el bosque a mi alrededor; lo vi deambular.

¡Estoy aquí!

Se detuvo de golpe y comprobó de dónde provenía el sonido, me vio. Quería gritarle y preguntarle si era seguro bajar, si él era peligroso. Caminé despacio en su dirección. Parecía infinitamente apenado. Una de sus mejillas estaba muy enrojecida.

Perdóname, Allis.

No dije nada.

Lo siento mucho.

De acuerdo.

Estaba frente a mí, sin camisa. Posó una mano sobre mi hombro. Callado. Miré hacia abajo. Me soltó. Bajamos juntos, intimidados el uno por el otro. Se paró frente a la casa.

¿Entras conmigo?

Fue por delante de mí, entró por la parte trasera. Se detuvo ante la puerta de su cuarto de baño.

¿Tienes frío?

Un poco.

¿Quieres que te prepare algo caliente?

Asentí con cautela, no pude rechazar el ofrecimiento.

Antes voy a cambiarme, dijo, y abrió la puerta del cuarto de baño. Yo subí hasta mi cuarto, me quedé parada en medio de la habitación, insegura, antes de desabrocharme la blusa; tenía varias rasgaduras en la manga izquierda. Me quité los pantalones, los calcetines, me puse ropa interior gruesa de lana y calcetines calientes. Me temblaban los muslos, las pantorrillas, los brazos, mi pulso iba bajando de intensidad. Presté atención a los sonidos que venían de abajo. Me puse unos pantalones y un jersey, bajé a la cocina. Él estaba junto

al fogón, vestía un jersey de lana blanco, su cabello todavía estaba húmedo. Me senté a la mesa. La luna brillaba con la mayor intensidad que había visto jamás, debían de ser más de las dos de la madrugada, tal vez las tres. Se volvió hacia mí.

¿Mejor?

Sí.

Bien.

Retiró el cazo del fuego y llenó una taza, que me entregó a continuación.

Ponche de vino tinto.

La taza humeaba, olía a canela. Me la llevé a la boca y bebí, el vaho me humedeció la frente.

Está bueno.

Mi mujer lo suele preparar en invierno, murmuró.

Se sentó, parecía cohibido. Así es él, pensé, nada le impide quedarse despierto toda la noche. Experimenta el doble de estados de ánimo que una persona normal, toda la gama entera. Lo miré cautelosa, intentando evaluar desde un punto de vista imparcial si debía huir, si él podía hacerme daño.

Piensas que soy peligroso, dijo en el mismo instante.

¡No!, respondí al momento, aunque enseguida cambié de opinión. Me obligué a mirarlo a los ojos: ¿Me has dado motivos para pensar otra cosa?

Me miró sorprendido. Luego dibujó una expresión melancólica con las cejas. Me arrepentí de haber dicho eso.

Parece que no puedes comportarte como una persona normal, dije intentando adoptar un tono irónico de reprimenda.

Una sonrisa breve asomó en su rostro.

No, respondió. Su cabello negro brillaba.

Bebí ponche, me sentía totalmente despejada. Contemplé nuestro reflejo en la puerta de la terraza, su enorme espalda blanca, el contorno de su cabeza, mis ojos, que parecían dos agujeros negros, el flequillo que caía pesado sobre ellos.

¿Por qué has vuelto?

¿Del bosque? ¿Dónde sugieres que podría haberme metido?

Estaba convencido de que te habías ido para siempre.

¿De veras?

No respondió.

Me asusté, dije, y sonreí avergonzada.

Yo también.

Lo miré.

Tuve miedo de que no volvieras.

Se levantó, se acercó al fogón a por el pequeño cazo para rellenar las tazas. Volvió a sentarse.

Entonces tendrías que haber ido a buscarme.

Lo habría hecho.

Me observó con una brevísima sonrisa. Me acaloré y di un largo trago. Ahora parecía pacífico. Se sentaba erguido, con las manos alrededor de la taza humeante. Yo puse las mías sobre la mesa, frente a mí, intentando relajarme. Sus manos, morenas y fuertes. Cálidas. Noté un débil aleteo en la tripa, un aleteo hueco y triste. Ojalá esas manos tocaran las mías.

Definitivamente, es hora de irse a la cama, dijo Bagge sin previo aviso.

Las patas de su silla arañaron con fuerza el suelo. Cuando se dirigía a su cuarto de baño se detuvo.

Que duermas bien.

La caseta de las herramientas estaba repleta de materiales útiles; apiladas a lo largo de las paredes había anchas tablas de madera de color claro. Eran pesadas, pero conseguí sacarlas una a una al patio y me puse manos a la obra. La niebla nocturna acababa de levantarse y el sol me provocaba un cosquilleo en la nuca. Según las ilustraciones del libro de jardinería, la tarea no parecía difícil, pero cabía la posibilidad de que mi pésima competencia me impidiese valorarla en su justa medida. Bagge no había hecho acto de presencia a la hora del desayuno, pero ahora salió y vino hacia mí, asombrado al encontrarme entre la hierba peleándome con las tablas, que intentaba unir clavando sus extremos.

¿Qué haces?

Estoy construyendo jardineras para el huerto.

¿El huerto?

¿O querías usarlas para otra cosa?

Negó con la cabeza.

No. Pero siempre viene bien disponer de materiales de construcción, apunta cuántas usas.

Sí, dije. Apuntar, ¿apuntar dónde? Sólo decía ese tipo de cosas para que me sintiera controlada. Me pareció que tenía la intención de darse la vuelta y regresar a la casa. Sin embargo, siguió mirándome. Inspiró profundamente.

Allis, ayer...

No pienses en eso, de veras.

Lo miré a los ojos para demostrarle que lo decía en serio, y creo que alzó un poco las cejas.

Voy a ir a la ciudad, dijo.

¿Volverás para cenar?

Cenaré allí. Es posible que vuelva tarde.

¿Cómo de tarde, más o menos?

Quizá tenga que quedarme allí esta noche.

Desapareció dentro de la casa. Yo continué con el bricolaje, pero enseguida oí el crujido de sus pasos sobre la grava. Llevaba una gran bolsa de piel al hombro, su espalda cruzó la cancela.

Me había sentido triste al levantarme por la mañana, así que el trabajo físico me sentaba bien, era lo único que ayudaba: músculos doloridos, aire cálido en los pulmones y sol en la nuca. Pero ahora que él se había ido, la tristeza había vuelto.

Mientras fabricaba las jardineras pensaba en cómo diablos iba a transportar la tierra hasta aquí sin coche. Tendría que acercarme a un vivero, pero no sabía dónde quedaba el más próximo; probablemente en la ciudad. Calculé que había material suficiente como para tres cajas de dos metros por uno. Cuando acabé, estaba exhausta. Dejé las cajas en la hierba y entré para ducharme. Después me preparé una comida sencilla y subí a mi habitación a leer algo del libro de jardinería. Pero no fui capaz de concentrarme y lo abandoné enseguida. La combinación de alcohol y pocas horas de sueño, me dije. Miré a mi alrededor, un hormigueo inquieto me recorría el cuerpo. Finalmente abrí el cajón del escritorio y saqué el teléfono. No lo había tocado desde que había llamado al servicio de información telefónica. Aguardé un rato. Luego lo encendí. Aguardé. Tecleé la clave. Aguardé. Me llegó un mensaje. De mi madre, diciendo que la universidad y Johs habían enviado todo el correo a su casa y que necesitaba una dirección postal a la que reenviármelo. Envié la dirección sin mencionar el nombre de Bagge, no quería compartirlo con ellos, empezarían a fisgonear y vendrían de visita sin avisar. Solté una carcajada, fría, mezcla de terror y deleite, al imaginarme a mi padre saludando a Bagge. Sentí una punzada en el corazón al pensar en Johs, no porque lo echase de menos, sino porque lo había dejado tirado con todo el papeleo. Debía enfrentarme al tema de la separación y el divorcio, pero la simple idea me agotaba.

Bajé y busqué cinta de carrocero para escribir mi nombre en ella, subí el camino y la pegué en el buzón. Intenté que pareciese lo más provisional posible por si él la veía al volver o, Dios no lo quisiera, si su mujer aparecía de repente. Aunque se me escapó una risita nerviosa, sentí una punzada en el estómago.

Dos días más tarde llegó todo. Bagge no había dado señales de vida y yo estaba cada vez más inquieta. Había dicho que llegaría tarde, pero no tan tarde. Por fortuna, la mayoría del correo se podía desechar. Los avisos que Johs había remitido a mis padres, deudas de suscripciones a periódicos y otros asuntos, me revolvieron las tripas. Sin embargo, el alivio que sentí por el hecho de que la cantidad de cartas fuese tan manejable sobrepasó mi angustia. Qué fácil resultaba abandonarlo todo, pensé. ¿Lo sabrá la gente? Esto no debería salir a la luz.

La dependienta había colocado un expositor con sobres de semillas junto a la caja registradora. Los estudié discretamente mientras colocaba los productos en el mostrador pero no me llevé ninguno, no quería cultivar en el jardín nada que viniese de aquella mujer.

Imagino que estarás a gusto en casa de Bagge.

Iba marcando los precios mientras hablaba, sin mirarme a los ojos.

Sí, yo...

Debía de encontrarse muy solo sin nadie allí.

Pagué. Ella se dio la vuelta y empezó a abrir unas cajas con un cúter para indicar que la conversación había finalizado. Cuando volvía a casa en la bicicleta, tuve la desagradable sensación de que me vigilaba. ¿Cómo podía saber esa mujer que estaba en casa de Bagge? Me pregunté si debía mencionárselo a él, pero llegué a la conclusión de que era mejor ignorarlo. No había llegado todavía cuando entré en la casa. Guardé la compra en su sitio. Me daba la impresión de que su intención había sido inquietarme.

El buzón, por supuesto. Mi nombre, que había pegado bajo el suyo. Subí la cesta corriendo y arranqué la cinta. Un pensamiento surgió en mi mente: Voy a descartarte. Ni siquiera sabía qué quería decir exactamente, pero las palabras se repitieron en mi mente una y otra vez —voy a descartarte, voy a descartarte—, como un mantra. Habían pasado tres días. ¿Dónde se había metido? Tenía un nudo en el estómago, intuía que algo iba mal. ¿Se trataba sólo de una parte normal de la existencia de Bagge, o había sucedido algo? Y la señora de la tienda, ¿qué sabía exactamente de mí? Comprobé que todas las puertas estuviesen cerradas antes de subir al piso de arriba. Una vez en la cama fui presa de una angustia inexplicable. Me parecía oír coches bajando despacio con los faros apagados el camino que llevaba a la casa, oía voces y pasos crujiendo en la gravilla del exterior. Me quedé debajo de edredón, escuchando. Sabía que si alguien venía a por mí, sería tan cobarde que ni siquiera ofrecería resistencia alguna, desnuda y cobarde me quedaría escondida ahí esperando que todo acabase cuanto antes, que me pegasen un tiro en la cabeza a través del edredón. Me hubiese gustado ser lo suficientemente fuerte como para levantarme de la cama y ponerme la ropa

que colgaba en la silla, así, al menos, ese problema estaría resuelto, y yo, algo más preparada cuando llegasen. No obstante, permanecí paralizada en la cama, sin osar moverme, simplemente prestando atención a los sonidos.

Pasé todo el siguiente día angustiada, pensando en qué pasaría cuando llegase la noche. Escuchaba con atención cualquier señal de Bagge, pensaba en qué podría haber sucedido. Traté de trabajar un poco en el jardín, pero cada vez que daba la espalda a la propiedad me invadía la sensación de que me iban a atacar por detrás. Intenté no perder el control y caminar a paso lento por la zona de los parterres, pero mi cuerpo estaba tenso y el corazón me latía con violencia en el pecho. Canturreaba serena mientras escardaba, en un intento de engañar a mi cerebro para que pensase que estaba tranquila.

Entré en la casa, allí me sentía más segura. Comprobé las puertas en varias ocasiones antes de ir a la cocina para ver qué podía improvisar para la cena. Empecé a cortar verduras para una *ratatouille* al horno. Corté calabacín, pimiento, cebolla y berenjena en láminas finas como hojas, que coloqué verticalmente en el molde de quiche y unté con aceite. De pronto se oyó un estruendoso golpe contra la puerta de la terraza. Me estremecí; la sensación desagradable y blanda de metal penetrando la piel. La sangre brotó de mi dedo índice, solté el cuchillo y cogí el rollo de papel de cocina y me enrollé el dedo fuertemente en papel antes de dirigirme a la puerta acristalada. Eché un vistazo rápido hacia el exterior con el corazón en la garganta. Había sido un golpe fuerte y atronador contra la puerta de cristal, estaba segura. El dedo me palpitaba débilmente, la sangre había traspasado el papel. No vi nada. Un ataque. Me retiré veloz de la puerta y me pegué a la pared, el corazón me latía con fuerza, el dedo me palpitaba aún más, sentí un hormigueo en todo el cuerpo, como si estuviese a punto de desmayarme. ¡Cálmate!, me dije a mí misma con dureza. ¡Tú no te desmayas por cualquier cosa, Allis Hagtorn! Respiré profunda y controladamente y estiré el cuello para volver a echar un vistazo. En el suelo de la terraza yacía un pequeño bulto herrumbroso y gris. Di un paso adelante: un petirrojo. Debería haber reconocido enseguida el golpe contra la puerta por las innumerables veces que lo había oído en mi infancia, los pájaros chocaban a menudo contra las ventanas; era incapaz de contar cuántas veces había organizado entierros de aves cuando era niña, con salmos y cortejo fúnebre incluidos. Me calcé y me dirigí a la caseta de las herramientas para coger la pala, me puse los guantes y fui a por el petirrojo; lo cogí con cuidado, no pesaba nada. Descansaba sobre mi palma con los ojos cerrados, un pobre cuerpecito sin vida. Cavé un hoyo detrás de las pilas de

leña, introduje aquel bultito plumoso con delicadeza. Dios te guarde, pajarito, flor del bosque, plumas de oro, amén, canté mientras lo cubría de tierra.

Al llegar la noche corrí las cortinas de todas las ventanas. Los reflejos me sobresaltaban, me parecía ver rostros pálidos pasando y deslizándose en el exterior. Me maldije por ser tan miedosa. Cuando hubo oscurecido por completo decidí que necesitaba tener un arma junto a la cama, así que me calcé, abrí la puerta y bajé corriendo la escalera, atravesé el patio y entré en la caseta de las herramientas. Me quedé mirando las alternativas que colgaban en la pared. Hacha o martillo, hacha o martillo. Se me ocurrió que defenderse con un hacha podría resultar tremendamente engorroso, por lo que descolgué el martillo, di un portazo y crucé el patio despavorida, subí la escalera y entré en la casa. Cerré la puerta con llave. Me quedé quieta unos instantes, sujetando el martillo, y me di cuenta de lo ridícula que estaba siendo. Sin embargo, no tenía más opción.

Me acosté con la ropa puesta, dejé el martillo en la mesita de noche. ¿Dónde está? Debía entender que yo no podía estar aquí sin él. La cuarta noche sola en la casa, más asustada aún que la noche anterior. Me tumbé y cerré los ojos, me quedé un largo rato escuchando mi propia respiración, me fui calmando, pero de repente abrí los ojos: se oía música de orquesta en el exterior. No me atreví a moverme, me quedé paralizada, con todos los sentidos alerta, escuchando. Era un sonido débil que provenía del bosque, cuerda y trombones, una sinfonía. El corazón me latía con intensidad, deseé estar muerta. Respiré aliviada cuando comprendí que lo que oía era el rumor del arroyo de detrás de la casa. Tenía sudores fríos, respiré profundamente y volví a cerrar los ojos.

Unos sonidos me despertaron, ya me había olvidado del miedo que había pasado la noche anterior; por los pasos supe inmediatamente que era él. ¡Oh! ¡Oh, Dios mío! Temblaba de alegría, bajé corriendo, vestida con la ropa con la que me había acostado.

¡Estás aquí! Casi lo grité, no podía contener mi alegría.

Bagge estaba en el pasillo. Diferente. Pálido, ojeras oscuras bajo los ojos. Tenía un aspecto terrible.

Hola, Allis.

¿Hola, Allis? ¿Eso era todo? Me quedé quieta mirándolo con la boca abierta, noté que mi rostro se había congelado en la sonrisa demasiado amplia que no había podido evitar.

Estaba preocupada por ti.

He tardado más de lo previsto.

No dijo nada más, se colgó la bolsa de piel al hombro y atravesó la cocina y el salón para entrar en su habitación. Me quedé perpleja, mirando hacia la puerta. Había invertido muchísimo miedo y sentimientos en su desaparición y ésta era mi recompensa.

Coloqué los productos en el mostrador, preparada, esperando cualquier comentario ambiguo por su parte. La mujer registraba cada artículo, se sabía todos los precios de memoria, colocaba las cosas al otro lado de la caja.

Efectivamente, tiene suerte de tenerte en casa, murmuró en una voz tan baja que apenas la oí.

La observé, su cabello cano y amarillento parecido a la lana, su mirada baja, su cuerpo informe tras el mandil rojo. Siguió tecleando los productos.

Le vendrá bien una buena cena. Un poco de comida y después algo más.

No supe qué responder, recogí la compra y me monté en la bicicleta. Tenía ganas de gritar pero me conformé con pedalear más fuerte. La ausencia de Bagge. Después algo más. Me sentí humillada, pero enseguida me pregunté por qué. ¿Por qué aquella mujer, con su lamentable apariencia en un patético supermercado al borde del cierre, iba a humillarme? En realidad era

yo la que me había dejado humillar, porque era fácil de ofender, porque tenía todos los motivos del mundo para sentirme aludida por los comentarios calculadores e insinuantes que la dependiente pronunciaba con voz suave, despectiva. Me daba por aludida. Tiene suerte de tenerte en casa. Podría haber escrito *ramera* en mi frente con un cuchillo; sentía náuseas cuando entré en el recibidor con la compra. En ese mismo instante, él salió del cuarto de baño. Pareció tener la intención de decir algo, pero pasé rápidamente de largo y entré en la cocina. Es tan típico, pensé angustiada, apoyada contra la encimera, es tan típico que la gente corra a criticar a aquellas personas que realmente han conseguido llegar a algo. Que habían trabajado duramente y con dedicación y habían tenido éxito, era lo peor que sabía hacer la gente corriente, esto les recordaba su propia insignificancia. Sólo hacía falta un pequeño desliz para que te derribasen entre chillidos alborozados. ¡Ay!, no. El cultivo de la tierra tenía un desafortunado efecto sobre mí, me hacía sentir como un ser superior.

Bagge casi no había salido de su habitación después de volver a casa. Apenas se oían sus pasos trasladándose al cuarto de baño y regresando. Me había comunicado que no le preparase comida, ni desayuno ni cena, hasta nuevo aviso. Yo no entendía nada, pero tampoco tenía autoridad para preguntarle. Sin embargo, debía comer. ¿Y eso no era parte de mis responsabilidades, precisamente por lo que me pagaba? Decidí obligarlo a salir con el olor a pan recién hecho. Él insistía en comer el amargo y pesado pan negro *pumpernickel* envasado al vacío de la tienda, pero en el libro de recetas había una de pan de centeno que lo haría cambiar de idea.

Mezclé los granos enteros, la harina de centeno integral, el sirope y los demás ingredientes hasta obtener una masa consistente. No fue hasta que introduje el molde en el horno que descubrí que, ¡santo cielo!, el pan debía estar en el horno durante quince horas, debía cocinarse al vapor y no tostarse. Quince horas, y ahora eran las cinco de la tarde; el pan no estaría listo hasta el desayuno del día siguiente.

A medianoche se me ocurrió ponerme a limpiar el polvo de los estantes de la librería del salón. No quería, ni podía, dar la impresión de que era una persona que dormía en horas de trabajo. El molde estaba envuelto en vapor. Temía que Bagge saliese y descubriese que el horno estaba encendido en medio de la noche; sería motivo suficiente para presentar mi dimisión. Está claro que no pasará nada si me acuesto, pensé, pero ¿qué hacer?, ¿dejarle una nota por si

acaso se levantaba de noche? ¿De qué serviría, salvo para desvelarle las vueltas que le había dado al tema? Alrededor de las dos me senté con un libro en el pequeño diván que había detrás de la mesa.

Me desperté cuando él salió de su dormitorio. ¡Ay, el pan! Me había quedado dormida. ¿Qué pensaría Bagge, qué hora sería? No, seguía siendo de noche, sólo me había quedado dormida un instante. Permanecí tumbada detrás de la mesa; Bagge pasó por delante de mí, hacia el pasillo, entró en el cuarto de baño. Eran las cuatro de la mañana. Consideré subir corriendo a mi habitación, pero como él podía salir en cualquier momento, me quedé recostada, en tensión. Poco después oí un débil zumbido, como breves vibraciones que se repetían. Unos minutos más tarde todo volvió a quedarse en silencio. Después hubo algo de trajín antes de que él tirase de la cadena. Salió del cuarto de baño, yo seguía tumbada en el diván, intentando pasar desapercibida, mi corazón latía de tal manera que me parecía que retumbaban las paredes. Se paró en la cocina, el horno lucía cual antiguo reactor nuclear. Fue hacia su dormitorio y pude observarlo un segundo antes de que cerrase la puerta. Vi algo que no debería haber visto bajo ningún concepto. Si algo había seguro en este mundo, era que bajo ningún concepto debería haber visto lo que vi. Tenía la cabeza rapada. Se había rapado todo el pelo. Su cráneo era blanco, a excepción de algunos mechones negros que se había dejado sin querer.

Oí pasos afuera mientras estaba en la cocina cortando el pan todavía humeante. Era muy temprano. Fui corriendo al recibidor, miré por el cristal empañado de la puerta y vi cómo su figura atravesaba la cancela antes de caminar con pasos largos y veloces por la alameda. Giré la llave en la cerradura sin hacer ruido, bajé la manija con todo el cuidado que pude y entreabrí la puerta. Vi cómo su cráneo blanco se iba haciendo cada vez más diminuto a medida que se acercaba a la carretera; iba vestido de negro. ¿Cómo había salido de la casa sin que yo lo notase? Lo que había presenciado la noche anterior regresaba a mi mente y me agujoneaba el estómago, sentía náuseas. Podía existir una buena explicación para muchas otras cosas, pero no para esto.

Entré en su cuarto de baño. Se había preocupado de recogerlo todo, no se veía un solo cabello. Regresé a la cocina, dividí el pan en cuatro trozos y los envolví en plástico antes de meterlos en el congelador. Algo no iba bien. Salí al patio y me quedé parada, totalmente quieta, durante un buen rato, mirando fijamente en dirección a la carretera. Nada. Se había ido. Vacilé un instante, acto seguido me apresuré a ir a la caseta de las herramientas. Abrí la puerta, saqué la escalera y la tumbé sobre la hierba. Entré otra vez en la casa y llené un cubo de agua caliente con detergente, cogí un trapo y salí.

Empecé limpiando las otras ventanas, así resultaría menos sospechoso en caso de que volviese de pronto. El corazón me latía con fuerza en el pecho cuando apoyé la escalera contra la pared opuesta a la de mi habitación, la del cuarto cerrado. Temblé mientras subía, estaba a una altura considerable. La ventana estaba sucia, era como mirar dentro de la bolsa de un aspirador, pasé el trapo por el cristal y acerqué la cara. Vislumbré algunas cajas en el suelo, junto a la pared de enfrente. Algunos zapatos y botines de mujer. A lo largo de la otra pared había apiladas más cajas de cartón, algunas con ropa doblada encima; no resultaba difícil ver que se trataba de prendas femeninas. Así que éste era el lugar donde había almacenado los objetos personales de su mujer. ¿Por qué? ¿Tenía previsto estar tanto tiempo fuera que había que recoger sus cosas? Aunque esto significaba que realmente existía. No. Por un momento había llegado a pensar que la historia de su mujer era puro cuento. Sin

embargo, resultaba que no. De alguna manera me sentí aliviada: si me hubiese mentido con respecto a su mujer, ¿sobre qué más podría haberlo hecho? Dejé el cristal limpio y bajé con cuidado.

Llevé la escalera al otro lado de la casa y la coloqué debajo de la ventana de su estudio. Se me hizo un nudo en el estómago. Me acerqué al camino por si lo veía por la carretera, pero no vi nada. Volví a la escalera, escurrí el trapo y subí. Pasé el trapo por el cristal. Cortinas blancas de ganchillo por dentro. Apoyé la frente, el cristal estaba húmedo, y eché un vistazo al interior; mis ojos consiguieron enfocar, pero me fue imposible ver algo.

Cuando hube colocado la escalera en su sitio en la caseta de las herramientas me sentí vacía. La mujer existía, podía regresar. Apenas me atreví a pensar en ello, yo no podía estar aquí el día que eso ocurriese.

No sabía qué tarea podía emprender ahora. ¿Estaría fuera tanto tiempo como la última vez? ¿Por qué, por lo menos, no podía avisarme? ¿Debía empezar yo también a desaparecer según me viniese en gana? Preparé café y fui a sentarme bajo el cerezo, que, como los otros frutales, estaba a rebosar de flores blanquísimas. El sol me acariciaba la piel. En el jardín reinaba un hermoso caos que iba a peor conforme pasaban los días. Todo crecía y medraba sin control alguno. Tras cada aguacero seguido de unos rayos de sol, nueva vegetación brotaba de la tierra y reclamaba su espacio.

Cuando entré con la cafetera, cogí un libro de botánica y un cuaderno antes de volver a salir y me dirigí al jardín con la firme determinación de ser sistemática y perseverante. Me fui deteniendo junto a cada planta que me creaba dudas, consultaba el libro, lo hojeaba para comparar los tallos, los pétalos y todo lo demás hasta que podía apuntar con convicción absoluta su nombre en un papel, un papel que luego pegaría con celo a una rama o cuidadosamente alrededor del tallo, o en una piedra colocada delante si se trataba de una planta que se extendía de una forma más difusa.

Pasadas unas horas había logrado reunir casi treinta nombres y me sentía orgullosa y cansada. Además había recobrado el entusiasmo por la lengua. En mi cuaderno de notas había apuntado: geranio de sangre, hierba de San Benito, *Saxifraga umbrosa*, berro peludo, muraje amarillo; términos prodigiosos. En todos los parterres había una maravillosa mezcla de plantas espléndidas y pomposas y flores silvestres que habían arraigado ahí por su cuenta. El denso seto que protegía el jardín del viento gélido del fiordo era de rosa mosqueta. Qué ignorante había sido con respecto a las flores. Llevaba años viviendo en la ciudad y apenas había visto un jardín privado, sólo algún que otro parque municipal planificado sin el menor entusiasmo. Al pensar en

eso me di cuenta de que en realidad me había criado en un jardín, pero que apenas había sido consciente de ello en su momento. No obstante, mis padres dedicaban los fines de semana a trabajar al aire libre. Ahora lo recordaba perfectamente: mi madre de rodillas junto a los parterres a lo largo del muro, con guantes, un cubo y pala y tenedor para deshierbar; los proyectos de compost de mi padre que lo absorbían por completo; el huerto de mi madre. Las macetas de cebollino, que ocasionaba mal aliento a todos los niños de la vecindad durante el verano entero. El ruibarbo en la esquina del césped, los arbustos de uva cropa junto al abeto. Largos tallos de guisantes dulces, un campo cultivado con zanahorias y patatas. Frambuesas y zarzamoras, arándanos detrás de la casa. Sí, el bosque, por Dios, me había criado en aquel bosque, era el lugar donde pasábamos la mayor parte del tiempo, nos habíamos pasado veranos enteros recorriéndolo. Todo había caído en el olvido y ahora el bosque, la naturaleza, se había convertido en algo extraño para mí, algo que representaba la pérdida de control. Antes había sido mi hogar.

De repente empezó a caer un chaparrón. Subí a la terraza y me quedé bajo el tejado hasta que amainó. Acto seguido empezó a brillar un cálido sol vespertino. El tiempo cambiaba con tanta rapidez como el estado de ánimo de Bagge. Crucé el jardín para coger la pala de la caseta de las herramientas. Cuando salí de nuevo, apareció de golpe frente a mí, alto y grande. Me invadió una repentina e infinita sensación de alivio, dejé caer la pala al suelo.

¡Has vuelto!, se me escapó, a pesar de que sólo se había ausentado desde aquella misma mañana.

La bolsa de piel estaba en el césped, a su lado. Y él ahí, de pie, su cráneo pálido y huesudo, el traje negro. Una mano en el bolsillo del pantalón, zapatos negros y relucientes. Me miró con intensidad.

Allis. Anoche me levanté y el horno estaba encendido.

Sí, lo siento, estaba horneando pan.

Supongo que entiendes que no puedes dejar el horno funcionando por la noche.

Una vez más sentí que unas lágrimas infantiles brotaban. Para mí era demasiado que Bagge, vestido de traje, me echase la bronca después de lo genuinamente preocupada que había estado por él.

Lo siento mucho.

No pude decirle que me había quedado de guardia vigilando el pan y que había sido testigo de su perturbador comportamiento. Sin embargo, en lugar

de eso, cambié de tema, y con tanta sorpresa como fui capaz de expresar sin resultar exagerada exclamé: ¡Te has rapado la cabeza!

Me apeteció un cambio cuando estaba en la ciudad. Suelo raparme por completo en verano.

Te queda bien. Tu cabeza tiene una forma bonita.

No respondió nada al cumplido.

¿Tienes hambre?

No. Gracias.

Se dio la vuelta y entró en la casa. Maldito seas, pensé. Ni más ni menos: maldito seas. Durante unos instantes imaginé que estaba casada con él y que nuestro matrimonio era tremendamente complicado, menudo panorama aterrador, yo de ama de casa y él como un oso polar que desaparecía cuando le venía en gana sin avisar, para volver a aparecer unos días más tarde sin ni siquiera ofrecer una explicación. Un marido de esos que provocan neurosis y no traen más que disgustos. No era de extrañar que su mujer se hubiese largado. Ahora tenía la certeza casi absoluta de que ella se había marchado y que no pensaba volver a casa. ¿Por qué, si no, iban a estar todas sus cosas guardadas en cajas? Así era más o menos como había abandonado yo a mi marido, dejándolo todo sin recoger; para él tuvo que ser un trabajo enorme el deshacerse de mi ropa y mis cosas después de que me fuese, además del trabajo de aceptar lo que le había hecho. En medio de este hilo de pensamientos vehementes, Bagge volvió a aparecer detrás de mí.

¿Bebes ginebra?

Pues sí.

Se sentó en una silla de jardín y colocó dos copas, dos latas de tónica y una botella en la mesa. Se había cambiado de ropa. Oh, y entonces regresó aquella estúpida sensación burbujeante de felicidad: él había vuelto, quería beber, ¿podía haber algo mejor que eso?

Me dio una copa, alzó la suya hacia mí.

Salud, Allis.

Salud.

Ay, qué buena estaba. Me tomé la primera copa prácticamente de un trago y tuve que contenerme para no servirme más. Entré en la casa y corté algunas rodajas de pepino que puse en un bol, también saqué cubitos de hielo. No había nada de malo en intentar crear un ambiente agradable. Me pareció que se le iluminaba un poco la cara cuando me vio volver. Puse hielo y dos rodajas de pepino en mi copa antes de servirme la ginebra y la tónica, una especie de manual práctico en el caso de que él no estuviese al tanto. Tenía

muchas ganas de charlar, pero, para variar, no se me ocurría nada que decir. Posiblemente, él estaría disfrutando del silencio, o quizá podría parecerle algo totalmente exasperante e incómodo. Estaba deseosa de saber cómo le gustaría que actuase, podía asumir cualquier papel, ése era mi gran talento: independientemente de con quién estuviese conversando, podía adaptarme de manera imperceptible a la persona en cuestión. Podría ser cualquier persona para él si tuviese la más remota idea de lo que quería.

Bagge también rellenó su copa, y cuando al final echó un cubito de hielo y una rodaja de pepino dentro, me envolvió una sensación cálida. Lo interpreté como una aprobación hacia mi persona, que me aceptaba; lo interpreté como una especie de política de aproximación.

Su cráneo desnudo me resultaba terriblemente insólito. Sólo quedaba un milímetro de su hermoso cabello negro. Acariciarlo con la mano sería sin duda maravilloso, pero echaba de menos su oscuro flequillo.

Cuanto menos hablábamos, más me costaba abrir la boca y decir algo, más difícil resultaba respirar, cualquier amago de articular mis pensamientos acababa en un desguace interno. Siempre había sido así en general: todo lo que tenía intención de pronunciar en voz alta siempre se reproducía antes en mi interior, todo acababa pareciéndose a una parodia de cómo hablaba la gente en el mundo real, un intento optimista de intentar hablar de manera normal y espontánea. Quizá la mente de Bagge fuese un mar en calma. Sentí que dentro de mí se estaba formando una ola de risitas nerviosas, y debía evitarlo costase lo que costase, quería quedarme sentada a su lado como una persona de igual valía. Él no decía nada, se limitaba a beber de su pequeña copa. Todo acabaría como de costumbre. Empezaba de una manera muy prometedora, luego se producía un completo vuelco en su estado de ánimo y acababa entrando en casa. Por favor, di algo o, por Dios, que se me ocurra algo que decir. Sentí surgir la risa, inoportuna como siempre. El hecho de saber que no era buen momento para reírse solía ser precisamente lo que provocaba la risa. Una de las trampas incomprensibles y demoniacas que el cuerpo o la mente habían dispuesto para la humanidad con el único fin de humillarnos.

Ordené con dureza a mi subconsciente que se comportase con normalidad repitiendo el siguiente mantra interior: recobra la compostura. Recobra la compostura. Recobra la compostura. Aunque era ridículo, funcionó.

Sírvete todo lo que quieras, dijo.

Gracias.

Llené mi copa de nuevo.

Hace una buena noche para emborracharse, anunció de súbito. Jamás ninguna declaración me había animado tanto. Realmente lo había dicho, lo había anunciado, por lo que ya no podía cambiar de idea, no podía decidir de repente que se había acabado, que era hora de irse a la cama. Tenía que quedarse aquí, como mínimo, dos horas más.

¿Hay algún motivo especial?

Ah, suspiró. Sí y no.

De acuerdo. Gracias por una respuesta tan precisa, dije para mis adentros.

Es un día especial.

No seguí preguntando. Añadí un poco de ginebra a la copa, no me parecía que supiera suficientemente a alcohol. Tuve la esperanza de que él lo interpretase como un gesto solidario.

De pronto recordé todas las facturas impagadas que tenía pendientes y tomé un profundo trago largo para aliviar mi conciencia. Sentía un intenso deseo de eludir responsabilidades.

¿Dónde estabas antes de venir aquí?, me preguntó Bagge sin venir a cuento.

¿Dónde estaba? Trabajaba en televisión.

¿Trabajabas en televisión? Se volvió hacia mí como para tratar de imaginárselo, algo que entendía bien, yo tampoco me veía como la típica personalidad televisiva. Y además era cierto, ya no lo era.

Sí.

No veo mucho la televisión.

No tienes televisor.

¿Qué hacías ahí?

Había dicho «ahí» como si se pensara que estaba literalmente metida dentro del aparato.

Presentaba un programa sobre historia noruega.

¿Eras presentadora?

Sí.

¿En televisión?

Sí, le respondí cortante, ¿tan difícil resulta imaginárselo?

Se quedó callado un instante. Luego volvió a mirarme.

Y se acabó el programa.

Bueno, no exactamente.

Y viniste aquí.

Así es.

Porque querías hacer algo completamente diferente.

Sí.
Porque no podías seguir en televisión.
No.
Me miró de manera incisiva.
Tenías que marcharte. Lejos.
Sí, tenía que desaparecer.
Nadie debía encontrarte.
Absolutamente nadie.
Entornó los ojos.
Pero ¿por qué?
¿Y tú qué? ¿Por qué estás aquí solo?
Ahora estamos hablando de ti.
Tienes razón, no quería que nadie me encontrase. ¿Alguna pregunta más?
Pero ¿por qué? ¿Qué podrías haber hecho? ¿Cuánto tiempo trabajaste allí?
Dos años.
Relativamente poco. ¿Fue una cuestión económica?
No, te aseguro que no fue eso.
Se divertía. Rellené ambas copas.
¿Política? No.
No.
Entonces sólo nos queda una alternativa.
¿Hay sólo tres alternativas?
Sí, ya lo sabes.
Era como tener a un depredador sentado al otro lado de la mesa, una enorme y larga piel de lobo en una silla de jardín.
Entonces debió de ser eso.
Vaya, vaya, Allis, dijo.
Se quedó con la mirada fija en las montañas, el cielo rosado, reflexionando.
Tenías...
Me volví hacia él, nuestras miradas se encontraron.
¿Marido?, preguntó.
No.
No dijo nada más, sólo vació su copa y cerró los ojos. Adoptó una expresión grave y profunda, casi intensa, era tan hermoso que me dolía mirarlo. Lo añoro aunque esté aquí, aunque yo esté aquí sentada con él, pensé. Mantuvo los ojos cerrados y a mí se me ocurrió que ése era su aspecto cuando

hacía el amor. Con Nor. Me lo imaginaba exactamente igual de serio. Intenté quitarme la idea de la cabeza, no podía estar pensando en esto.

En ese mismo instante se levantó y se marchó. Se marchó como siempre, sin decir ni una sola palabra, sin despedirse, adiós, se acabó la noche. ¡De puta madre!, pensé, y volví a llenarme la copa, una copa llena de desgracia, de ira. Después oí abrirse una puerta y enseguida estuvo de nuevo a mi lado, ahora con un grueso jersey de lana.

Creo que deberíamos tener alguna llama que contemplar, ¿no crees?

Oh, sí.

Bajó al jardín, pasó por encima de la vieja cerca y desapareció por las escaleras. Volvió del muelle cargando con la barbacoa redonda y la colocó delante de mí. Permanecí sentada en silencio, tomé un trago. Atravesó el patio por detrás de mí, hasta el leñero, y regresó con una brazada de leña que dejó caer sobre la hierba. Al cabo de poco tiempo, las llamas resplandecían en la noche oscura. Se acomodó en la silla. Fuego, ¿hay algo mejor? No, no lo hay, pensé.

¿Estás seguro de que no quieres comer nada?

¿Qué tenemos para comer?

Un poco de todo, respondí.

Por mí no te molestes.

Hay salchichas.

Alzó las cejas de una manera que ocurría muy rara vez, un destello que indicaba que no todo estaba perdido.

Entré a por las salchichas. Mientras tanto, él fue a buscar dos brochetas de madera antiguas y desgastadas cuyas puntas de metal estaban ennegrecidas.

Clavamos las salchichas en las brochetas y las giramos despacio entre los dedos, tomando de vez en cuando un trago de ginebra. Nos comimos las salchichas directamente de las brochetas. El jugo de la carne nos caía por el mentón. Me sentía exultante, por el alcohol, por toda esta magnífica experiencia. Al pinchar otra salchicha me percaté de unas tallas pequeñas que había en el mango de madera, filigranas que ondulaban alrededor. En el extremo inferior había tallada una N. Sí, muy evidente. ¿Y qué? Los dos habían estado aquí, asando salchichas en el fuego; debió de ser un momento agradable para ambos. Ojalá ella no volviese jamás. Bueno, que volviese si tenía que hacerlo. No, no podía volver.

Cuando terminamos de comer me levanté para ir a por más leña. Permanecimos quietos, contemplando fijamente las llamas, el humo se

deslizaba hacia nosotros y nos escocía en los ojos, la leña de abedul chisporroteaba y crepitaba.

Entonces eres de las que se largan cuando surgen dificultades.

Me volví hacia él. Estaba recostado en la silla con los ojos entornados y no parecía que le preocupase en absoluto haberme insultado.

¿Qué has dicho?

Entonces supongo que también te largarás de aquí en breve.

Sí, ¿has pensado en ponerme las cosas difíciles?

Quizá.

No mordí el anzuelo. Podía intentar parecer amenazante, pero ya lo había hecho muchas veces.

Suerte, dije.

He traicionado.

Lo soltó de golpe y yo me quedé helada y lo miré sorprendida. Sus ojos se ocultaban entre las sombras, la luna le iluminaba los pómulos y el puente de la nariz.

¿De veras?

Sí.

¿Qué te hace pensar que es así?

No respondió.

¿A quién has traicionado?

Me di cuenta de lo mal que vocalizaba, y me incorporé en la silla para despejarme un poco. Su mirada era oscura bajo aquella cabeza rapada a la que jamás lograría acostumbrarme.

A todos.

¿A todos en este mundo?

No.

Me percaté de que estaba a punto de volver a ensimismarse. Me incliné hacia delante y puse otro leño, pensando que mientras el fuego se mantuviese vivo, él se quedaría.

¿A quién?

No respondió. Era medianoche, empecé a tener frío. Parecía que la conversación había acabado por el momento. Me levanté, la silla crujió bajo mi peso, entré en la casa para coger dos mantas. Deseé que temiese que me hubiera ido a la cama. Para mi alegría, se envolvió enseguida en su manta cuando se la entregué. A continuación nos quedamos como dos indios inclinados y sin hablar.

¿Sabes qué me extraña de ti?, dijo de pronto.

No.

Que nunca me has mirado a los ojos.

¿Cómo?

Que no me miras a los ojos, evitas mi mirada.

No, eso no es verdad.

Sí que lo es.

Yo he notado lo mismo por tu parte desde hace tiempo, pensé, pero no lo dije, porque hubiera parecido que lo imitaba.

Por eso lo sé.

¿Sabes el qué?

Que has huido de algo.

No respondí.

Miró hacia el frente, tomó aliento.

Dejaste el trabajo. No hay tantas incógnitas en esta ecuación como te imaginas. Seguramente tenías un trabajo que jamás deberías haber tenido.

Me encontraba mal, bebí más rápidamente.

Y antes estabas en la universidad, pero no volviste allí después de trabajar en televisión.

De alguna forma me alegraba tanto el simple hecho de que estuviese hablando que resté importancia a lo que decía y no hice nada para detenerlo.

Por lo tanto, te ofrecieron un puesto que en realidad era para otra persona.

Así que había leído los periódicos, conocía mi historia. La manera en que lo expresó me indignó, porque creía que lo sabía todo cuando, en realidad, no tenía ni idea.

Acepté el trabajo para impedir que se lo dieran a un compañero que no era de fiar y que, encima, tenía una fuerte agenda política. Hubiese sido un desastre, se hubiese producido una difusión contrafáctica de la historia en horario de máxima audiencia. En realidad podría decirse que lo hice por el pueblo... noruego.

Pero ¿por qué te ofrecieron el trabajo a ti?, preguntó lentamente mientras contemplaba las llamas, casi como si estuviese preguntándose a sí mismo, como un detective.

Lo preguntas sólo porque crees que no me pega salir en televisión, pero deberías saber que, de hecho, desempeñé una labor magnífica, dije, trasladaron el programa a los sábados por la noche. Y era un trabajo muy muy duro, que exigía muchísimo.

No me importó farfullar.

Entonces empezaste una relación con alguien de arriba...

También gané un premio. A nadie se le ocurrió que no me lo mereciese. Hasta después.

Pero ¿qué sucedió primero? ¿Lo del puesto o lo del de arriba?

Nada estaba planeado, fue algo que ocurrió.

¿Qué fue antes, el trabajo o él?

Él.

Pésimo orden.

No le respondí.

¿Él también tuvo que dimitir?

Asentí.

¿Tenía un cargo muy alto?

Asentí de nuevo.

¿Cómo se descubrió todo?

Te aseguro que no quieres saberlo.

Te aseguro que quiero saberlo.

De acuerdo, pensé. ¿Realmente estás tan seguro? Mantuve la mirada fija en las llamas y cogí impulso.

Me invitó a su casa por el cuarenta cumpleaños de su mujer, la casa estaba llena de gente. La mujer estaba tan orgullosa del número de invitados que anunció a los cuatro vientos que había tenido que dejar los abrigos en el cuarto infantil y subir al niño al desván. A altas horas de la madrugada, después de que la cumpleañera se hubiese quedado frita, él me llevó a la habitación y..., bueno, de repente teníamos a la mitad de los invitados en la puerta, mirándonos con incredulidad y regodeo.

¿Y eso?

El vigilabebés se había quedado en la habitación, mientras que el bebé estaba en el desván.

¡Cielos!

No dije nada más. Ahora ya lo sabía.

Reclinó la cabeza y soltó una carcajada, frotándose la mano contra la cara. En realidad fue maravilloso oír cómo se reía, porque la historia, de hecho, tenía un gran potencial cómico a medida que iba pasando el tiempo.

Entonces ¿eso sucedió en febrero, marzo?

Sí, unas semanas antes de llegar aquí.

Se volvió hacia mí.

Ya no voy a ausentarme durante más noches.

¿No?

No, ya se ha acabado.

No me da miedo estar sola.
Pero a mí me da miedo dejarte sola.
Las puertas tienen cerradura.
Aun así.

Su preocupación me produjo una calidez que se extendió por todo mi cuerpo.

¿Tienes muchos enemigos por la zona?
Un par.

No supe si pretendía gastarme una broma. Igual no. Volví a pensar en la mujer de la tienda con su suave y maliciosa voz, que me había decidido a descartar, lo que fuera que significase eso. Me arrebujié aún más en la manta. He empezado de nuevo, pensé. Ahora sí. Es esto.

¿Por qué? ¿Qué has hecho?
Alzó las cejas.
No debes tener miedo.
No tengo miedo.
Se sirvió ginebra y se la bebió sola.

Si sigues siendo tan afable como esta noche, no tardaré en perder el interés por ti, pensé. Ah, ese perpetuo defecto humano, ese impulso de acercarse cuando hay distancia y rechazo, y en cuanto eso cambia...

¿Qué sucederá ahora?, dije.
¿A qué te refieres?
Es verano. Pronto llegará el final del verano.
¿Y?

No habíamos hablado de forma concreta sobre cuánto tiempo me necesitaría. Hasta después de verano, me había dicho al principio. Le había dado a entender que era flexible, pero también había sido precavida y le había insinuado que no tenía a dónde ir. Había entendido que su mujer estaría de vuelta para entonces. No se me ocurría a qué otra labor podía dedicarme en esa casa. Él necesitaría ayuda con la cosecha de los frutales, pero después yo no le serviría de mucho. En invierno no había trabajo exterior, como máximo quitar la nieve, y no me daría un sueldo sólo por eso, a menos que se inventase otra cosa.

¿Me necesitas?
¿No eres tú la que me necesita a mí?
Quizá. Pero debo trabajar para que puedas pagarme.
¿Para qué quieres el dinero mientras vivas aquí?
Tengo un préstamo estudiantil.

Siempre hay tareas de mantenimiento que hacer en esta casa. Tiene más de cien años.

¿De veras?

Sí, es de 1890.

Entonces lo que necesitas es un experto en patrimonio cultural, no a mí.

Se ha hecho tarde, dijo.

No es tan tarde.

Eché otro leño al fuego para que se quedara.

También necesito leña para el invierno, Allis.

Ya no éramos nosotros, ahora era sólo él. Con qué rapidez cambiaban las cosas.

Pero la velada estaba siendo muy agradable.

Uno puede sentarse aquí fuera en cualquier momento si es eso lo que decide, dijo él como si fuese una verdad indescifrable.

Se había abierto demasiado y ahora tenía que complicar un poco las cosas de nuevo. Resultaba demasiado previsible. Bagge se comportaba como un titiritero, y yo debía aprender a actuar como un sujeto autónomo y no dejarme dominar constantemente por sus cambios de humor. La luz de las llamas titilaba sobre su rostro, cuyas líneas de expresión me evocaban algún tipo de delito, rezumaba castigo por los cuatro costados. En cuanto volviese a crecerle el cabello, sería infinitamente hermoso, oscuro y tupido. Se había rapado la cabeza por primera vez desde que lo conocía, por eso no me había dado cuenta hasta ahora de que sus mejillas eran lisas, y de que tenía un hoyuelo en la barbilla que destacaba con claridad. Parecía más peligroso. Bajé la mano en busca de otro leño, no dejaría que se marchara a ninguna parte.

¡Ay!

Alcé la mano hacia la luz del fuego para ver la astilla que notaba que se me había clavado profundamente en el dedo índice.

¿Qué ocurre?

Una astilla.

Intenté retirarla con los dedos, pero obtuve el efecto contrario.

Déjame ver.

Me levanté para ir hacia donde había luz. Él me siguió.

Déjame ver.

Me detuve y extendí la mano bajo la luz exterior de la terraza.

No es nada, es minúscula.

Yo te la saco.

Estás borracho, será peor.

Menuda tontería.

Entró en la casa por la puerta de la terraza. Fui tras él y me senté a la mesa. Salió de su dormitorio con una aguja.

¿Tienes un taller de costura ahí dentro?

Se rió.

¿No vas a usar unas pinzas?

Van mejor las agujas. Confía en mí.

Lo miré petrificada. Encendió la vela que había en el aparador y acercó la aguja a la llama, que titilaba candente sobre su rostro. Retiró la aguja y me miró.

¿Quieres un trago de ginebra?

Sí.

Salió y volvió con la botella, me la entregó. Volvió a acercar la aguja a la llama mientras yo echaba un trago, como si a esas alturas fuese a marcar alguna diferencia. Se sentó en una silla frente a mí. Me agarró la mano mientras me miraba a los ojos, dulce pero firme.

Ahora es importante que te quedes totalmente quieta.

Esto no me convence.

Totalmente quieta.

Sí.

Pensé en todo lo que había bebido. Aparté la mirada.

Allis, dijo en voz baja. Hay algo que tengo que decirte.

¿Qué?

Algo que he estado pensando en los últimos días.

Lo oí tragar saliva.

¿Sí?

No respondió.

¿Qué querías decirme?

Has picado. Alzó la astilla hacia la luz, triunfante.

Lo miré sorprendida y después eché un vistazo a mi mano, que todavía descansaba en la suya. La soltó.

Espera aquí.

Se levantó, entró al cuarto de baño y regresó con un antiséptico y algodón. Después se sentó y volvió a cogerme la mano.

Ha salido muy bien. No sangras.

Gracias.

¿Cómo te sientes?

Ibas a decirme algo, pensé.

Bien.

No me soltó la mano. Nos quedamos sentados así. Pensé: ya es hora. Es hora. Llévame ahí dentro contigo.

Es hora de irse a la cama.

Me soltó la mano y se puso de pie.

Buenas noches, Allis.

Buenas noches.

Me hundí por completo. Me quedé sentada, inmóvil, hasta que él hubo entrado en el cuarto de baño. Bagge, Bagge. Por favor, písame el corazón con más delicadeza. Me levanté y subí las escaleras pesadamente. Esto no podía ser. Me lavé los dientes y la cara y me metí en la cama. El corazón me palpitaba rápido y punzante en el pecho, el alcohol no me permitiría dormir jamás. Lo oí salir del cuarto de baño. Cerré los ojos. ¿Es que no te enteras de nada?

Me desperté inquieta en medio del sueño porque me acordé de las llamas de la barbacoa. Era muy poco probable, pero los últimos días habían sido secos y si llegaba a saltar una chispa... Me levanté y me asomé a la ventana. La barbacoa estaba apagada. Sin embargo, frente a ella estaba sentado Bagge, inmóvil, en su silla. Verlo ahí me provocó una punzada en el corazón. No por el hecho de que quisiese estar solo, sino por la manera. Ahí estaba, solo en la oscuridad más absoluta, perdiéndose en sus propias profundidades. No me gustó. Eran las tres de la madrugada. ¿En qué estaría pensando? De repente se volvió y me miró. Instintivamente di un paso a un lado, apartándome de la ventana, pero no cabía duda de que me había visto. Me quedé quieta, rígida, tras la pared. ¡Sólo iba a comprobar la hoguera! ¿Debía gritárselo? ¿Por la ventana? No era necesario gritar, podía susurrar y me oiría, ahí fuera había un silencio de ultratumba. Volví a la cama y esta vez el corazón me latía todavía con más fuerza, me tapé la cabeza con el edredón, debajo todo creció en intensidad. Luego lo oí en las escaleras. Pasos veloces, duros, que subían hacia mí. Ahora me va a matar, ahora vendrá y acabará conmigo. No sabía por qué pensaba eso.

Allis.

Estaba al otro lado de la puerta, su voz sonaba espesa, extraña.

¡Sólo quería comprobar si la hoguera estaba apagada!

Silencio.

¿Puedes salir?

¿Qué ocurre?

No dijo nada más, pero oía su respiración tras la puerta.

Tienes que responder, dije casi quejumbrosa.

¿Puedo entrar?

¿Qué quieres?

Había una llave puesta en mi lado de la puerta, podía alcanzarla de un salto y cerrarla, pero estaba paralizada.

¿Qué quieres?

¡Déjame entrar!

¡No!, gimoteé.

Silencio. Oía su respiración. El corazón me daba mazazos en el pecho, no aparté la mirada de la puerta, era incapaz de moverme.

Por Dios, dijo en voz baja. Lo siento.

Contuve la respiración, permanecí inmóvil.

Lo siento.

¿Qué quieres? Mi voz a punto de quebrarse.

No me he dado cuenta de que te estaba asustando. Lo siento.

No respondí.

Lo siento, Allis. No pretendía asustarte.

No dije nada.

¿Quieres dormir? ¿O puedo pasar un rato?

La puerta está abierta.

La abrió lentamente. Ahora Bagge estaba delante de mí, la mirada oscura y profunda, debía de haber bebido bastante más después de que yo me fuese a la cama. Parecía confundido, entró tambaleándose, luego se arrodilló.

Lo siento, Allis.

Está bien.

Eché un brazo hacia atrás y cerró la puerta de golpe.

Estás completamente borracho.

Me miró.

Tienes un martillo en la mesilla.

Para poder defenderme.

¿Me dejas dormir aquí en el suelo esta noche, Allis?

¿En el suelo?

No respondió.

Puse una de mis almohadas en el suelo, encima de la alfombra.

No tengo ningún edredón de más.

Lo siento..., farfulló y se dio la vuelta. Cerró los ojos y se quedó dormido al momento. Yo negué brevemente con la cabeza. Era un niño. Su espalda se elevaba y descendía, la cabeza desnuda descansaba sobre uno de sus brazos. ¿Quién era? Los cambios repentinos, el lobo que había en él. Y sin embargo, sin embargo sentí que me envolvía una calidez y una seguridad al tenerlo ahí en el suelo. Cerré los ojos y me volví hacia la pared.

Dos horas más tarde tuve que despertarlo. Había empezado con unos sollozos y la respiración acelerada. Tenía los nudillos blancos, el pecho en tensión. Sus omóplatos se clavaban en el suelo. Entonces empezó a aullar. Extendí una mano y le sacudí el hombro con cuidado.

¡Estás soñando!

Abrió los ojos como platos, resolló.

¡No!

Sí. Estás soñando.

Me miró. Después se desplomó y cerró los ojos de nuevo.

Dios mío.

¿Qué has soñado?

Enterró la cara en la almohada. No dijo nada.

¿Qué?

Por su manera de respirar supe que había vuelto a dormirse.

Cuando me desperté, había desaparecido. La almohada seguía en el suelo, pero por lo demás no había rastro de él. Estaba sentado a la mesa del desayuno cuando bajé las escaleras. Recé para que no se sintiese avergonzado y quisiera compensarlo enfadándose conmigo, como solía hacer. Pero no estaba enfadado, sino que sonrió y me miró.

Buenos días.

Buenos días, le respondí. Noté como el calor se extendía por mi vientre.

No se repetirá. Debía de estar borrachísimo.

No importa. Resultó agradable tener visita.

Cuando he despertado, al principio no entendía dónde estaba, dijo, y sonrió un poco incómodo.

Puse la cafetera y preparé la mesa. Después comió con entusiasmo y estaba como risueño, parlanchín. Quizá seguía borracho. Yo permanecí junto a la encimera tomándome un café, no pareció que se sintiese invadido. Si uno

de los dos había invadido al otro, era él. Cuando acabó de desayunar, no pude evitar preguntarle.

¿Recuerdas qué soñaste anoche?

¿Esta noche?

¿No recuerdas que tuviste una pesadilla y te desperté?

¿Me despertaste?

Te quedaste dormido inmediatamente después.

Pareció que pensaba en ello.

Debía de ser una pesadilla horrible. Estabas empapado en sudor, gritabas.

¿Gritaba? ¿Qué gritaba?

Bueno, más bien aullabas.

Se rió un poco.

Debías de estar muerto de miedo.

¿Dije algo?

Nada que yo entendiese.

No recuerdo nada de eso.

Dicho esto, se calló. Creo que intentaba traer a la memoria lo que no conseguía recordar. Me puse a recoger la mesa. Serví lo que quedaba de café en su taza. Mientras yo estaba aclarando los platos se volvió en su silla hacia mí.

¿Qué ocurre?

De pronto he recordado que...

¿Qué?

Que nunca te he hablado de cuando vinieron a por mí, dijo mirándome.

¿Vinieron a por ti?

Sí. Tal vez deberías saberlo.

Me volví hacia él.

¿Cómo que vinieron a por ti?

Todavía no sé con seguridad quiénes eran. En plena noche vinieron a por mí. Cinco o seis hombres corpulentos. Nor estaba conmigo, pero la arrancaron de mi lado y me metieron en una furgoneta.

¿Qué me estás diciendo?

Me senté a la mesa.

Condujeron durante muchas horas. Yo estaba tirado en el suelo, maniatado; daba bandazos contra las paredes de la furgoneta cada vez que tomábamos una curva. Oía ladridos de perros. Entonces nos detuvimos, habíamos llegado, abrieron las puertas traseras y me dejaron salir. Estábamos en la linde de un bosque. Era pleno invierno, había nieve por todas partes, un

bosque de abetos con nieve pesada en las ramas. Nos adentramos en él de prisa, me empujaban. Nadie decía nada. No podía ver el rostro de ninguno de ellos, llevaban pasamontañas. Vestían ropa oscura, botas, recuerdo que pensé que debían de ser exmilitares. No había ningún ruido en el bosque más que nuestro aliento y algún que otro ladrido. Por delante de mí iban dos o tres individuos, y el mismo número por detrás. Sabía que no tenía escapatoria. Tras un largo rato comprendí que estábamos cerca, porque los perros empezaron a aullar, más y más y, a continuación, se pusieron a ladrar. Cuando llegamos a un claro, se volvieron salvajes, saltaban bruscamente en sus cadenas, los hombres les daban puñetazos en el hocico para que se calmasen. Se acurrucaron en la nieve y gañeron silenciosamente.

Bagge no dijo más, sino que regresó a casa, que es como había empezado yo a llamar a aquello que hacía cada vez que de repente se volvía una persona callada y ausente.

¿Y? ¿Y después qué?

Alzó la mirada, interrogante.

¿Qué más ocurrió?

Me dieron una silla.

Una silla.

Alguien que estaba detrás de mí me trajo una silla, estábamos en medio del claro y permitieron que me sentara. Y me quedé ahí sentado, maniatado y pasando frío, con la cabeza descubierta. Exhausto tras la larga marcha a través del bosque.

Yo estaba sentada en el borde de la silla, pálida de angustia y asombro por lo que me estaba contando.

Entonces algunos de los hombres que me habían cogido trajeron más sillas y las colocaron en dos filas justo delante de mí, en la nieve. La silla del medio era mucho más grande que las otras. Acto seguido, varios hombres y mujeres emergieron desde varios puntos del bosque, todos llevaban largas capas negras y máscaras, máscaras de pájaro que ocultaban sus rostros. Eran doce, representaban distintas aves. Había un cuervo, una urraca, una gaviota, un carbonero, un petirrojo. Vi un cisne y un águila ratonera. Una mujer llevaba una máscara de pato salvaje macho que le cubría toda la cabeza. Era una visión asombrosa, el brillante color verde, tan increíblemente hermoso, en la parte superior de un cuerpo de mujer vestido de negro; no podía apartar la mirada de ella.

Empecé a reírme y me miró sorprendido.

Estás bromeando, ¿verdad?

¡No!

Lo miré con incredulidad.

Entendí que se trataba de un tribunal, y que era mi caso el que se iba a juzgar. Los doce jueces continuaron inmóviles, me observaban detrás de las máscaras de pájaro. Mis guardianes estaban de pie en línea recta detrás de mí y me di la vuelta y descubrí que se habían quitado los pasamontañas: uno tenía la cabeza de un fletán, ciego en un lado y con dos ojos en el otro. Había uno con cabeza de sapo, otro con cabeza de ratón. Uno tenía la cabeza negra brillante de una víbora. Sentí un latido palpitante en los oídos, pero cuando la presidenta del tribunal dio un paso adelante hice el esfuerzo de mirarla a los ojos, sostenerle la mirada. Llevaba una máscara de águila. Me pidió que me levantara. Leyó mi nombre y dijo que se me acusaba de *skemdarvig*. Yo no conocía el término, pero entendí su significado. Me preguntó si me declaraba culpable. Negué con la cabeza. Te vimos, gritó uno de los jueces. Los recorrí con la mirada y me detuve en la gaviota, sabía que había sido ella. Negué con la cabeza de nuevo. Los jueces empezaron a hablar en susurros, deliberaban. Yo permanecí erguido. Después todo transcurrió muy deprisa: la juez con la máscara de águila pronunció el veredicto, que había sido preparado y redactado de antemano, no se me dio la oportunidad de testificar. Me sentenció a muerte. «La naturaleza de los actos delictivos lo convierte en un *níðingr*». Justo en ese instante volví a mirar al pato salvaje, pero ella desvió el rostro. Entonces la reconocí: era Nor.

Yo estaba inmóvil escuchando su relato.

Entonces me despertaste.

¡Era un sueño! ¡Por Dios, Sigurd! Eso no me lo has dicho.

¿Cómo?

¡Hablabas de ello como si hubiese ocurrido de verdad!

Eso es lo que soñé anoche, dijo él confuso.

Yo estaba escuchándote hablar de lo que te había pasado como si realmente hubiesen ido a por ti y te hubieran llevado al bosque, ha sido horrible.

Se rió sorprendido.

Pero fue un sueño muy vívido.

Negué con la cabeza. Enjuagué y escurrí un trapo, limpié la superficie de la mesa delante de él. Estaba meditativo, con la mirada perdida, y no me prestó atención, se frotaba la corta barba con la mano. Afortunadamente, el pelo le había vuelto a crecer considerablemente sólo en una noche, una capa

negra le cubría el cráneo. El sonido del agua del grifo lo arrancó de sus pensamientos, se apartó de la mesa y me dio las gracias por el desayuno.

Una vez sola, cogí los diccionarios de la librería del salón y subí a mi habitación. La palabra me resultaba familiar, pero no la encontré en ninguno de los libros. Intenté algunas maneras alternativas de escritura y finalmente encontré *skjemtarverk*, que aparecía como sinónimo de *ubotamál*, acto irreparable, un delito tan grave que no existía ni multa ni ninguna otra sanción mediante las cuales se pudiese reparar el daño causado. El término procedía de las antiguas leyes nacionales *Magnus Lagabøtes lover*, las leyes del rey Magnus VI el Legislador; era de ahí de donde me sonaba. El autor del delito era declarado proscrito y cualquiera podía matarlo. Leí que *skjemtarverk* era lo mismo que *nidingsvig*, un asesinato deshonoroso que convertía al autor del crimen en *níðingr*, la manifestación más vil de un ser humano, una persona despojada de todo honor. ¿Por qué tenía Bagge esa clase de sueños? Yo desconocía la lógica interna y demente de los sueños, podía soñar que era cualquier cosa, desde prisionera de guerra hasta verdugo, prácticamente en cualquier momento del día. Sin embargo, el nivel de precisión de su relato, cronológicamente correcto y tan vivo, no correspondía a un sueño normal en el que todo está relacionado a la perfección mientras uno lo sueña, pero que en estado de vigilia es una sucesión de fragmentos inconexos de un mundo al revés. Su mujer había aparecido en el sueño mientras él dormía en el suelo de mi habitación. Con la cabeza verde y brillante de un pato salvaje. Un mar de remordimientos.

Puse especial cuidado en llevarme todo lo que necesitaba para no tener que volver durante la semana. Finalmente, dejé la cesta en el mostrador. Mantente callada hoy, pensé, la aversión inundaba cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Ella no dijo nada, yo tampoco; procedió a registrar los productos. La piel enrojecida, con pequeñas llagas en el cuello debajo del débil mentón. Cuando le hube entregado el dinero, se detuvo un momento.

Fue terrible lo de su mujer.

¿Cómo?

La miré fijamente para demostrarle que era fuerte, para que no pensara que podía soltarme cualquier necedad y que yo me la llevaría conmigo a casa como una imbécil.

Tampoco es que hubiese otra alternativa.

Creo que, por desgracia, no sé de qué estás hablando...

¿No fuiste al entierro? ¿Estabas quizá muy ocupada en el «jardín»?

Sonrió brevemente y me entregó el cambio.

Me fui sin despedirme. Coloqué la compra en la alforja de la bicicleta con tanto ímpetu que oí romperse algunos huevos. Tenía que decírselo a Bagge, debía saberlo. No había ninguna otra casa cerca y la dependienta sabía que yo trabajaba en el jardín. Lo más ridículo de todo, lo que peor me hacía sentir, era la idea de que alguien quizá me hubiese estado observando en mis patéticos intentos de realizar las labores de jardinería. Él con su traje negro, con la cabeza rapada. ¿Era eso lo que había ocurrido? No podía permitir que la dependienta ejerciese más control sobre mí del que ya tenía. Si seguía pensando en ella simplemente como una dependienta, no como un individuo sino como parte de un colectivo vago y hostil, me resultaría más fácil matarla, pensé. Sin embargo, ya tenía rostro, voz. ¿Sería verdad que su mujer estaba muerta? «Tampoco es que hubiese otra alternativa».

No salió de su habitación cuando la cena estuvo lista. Llamé varias veces a su puerta. Lo avisé a voces desde el exterior. Había desaparecido. Me calcé las

sandalias y bajé por el jardín. Lo encontré en el borde del muelle, con la caña de pescar; vestía una camisa fina.

Ah, estás aquí. Ya tienes la cena preparada.

Se volvió.

Oh, vaya, he perdido la noción del tiempo.

¿Has pescado algo?

Nada.

Me siguió por las escaleras.

¿Tú no vas a comer?, me preguntó cuando coloqué el plato delante de él.

Sueles comer solo.

¿De veras?

Pero, por Dios, si lo has hecho desde que estoy aquí. Yo siempre como después.

¿Y eso por qué?

Porque tú me lo dijiste. Yo como cuando te vas a tu habitación.

Me miró extrañado, como si no me creyese. Estuve a punto de preguntarle si se había vuelto loco, pero no me atreví, por si era verdad.

¿Y no se te enfría la comida?

Asentí y miré hacia el fogón.

El papel de aluminio es para eso.

Pero ¿no quieres comer conmigo? ¿No resultaría más fácil?

Pues sí, ¿quieres que lo haga?

Claro, Allis.

Puse otro plato para mí enfrente de él. Ya está, pensé, esa mujer tenía razón, estoy entrando en su vida a la fuerza. Ella siempre tendría razón.

Era la primera vez que cenábamos juntos, al menos en el interior de la casa, porque habíamos comido salchichas y pescado fuera, pero la de ahora era una situación formal, una práctica social, una cena en la mesa. El hombre que tengo frente a mí, pensé, ¿está de luto? Sí, por supuesto, es eso, está conmocionado. La confusión y la pérdida de memoria son síntomas de manual. ¿Era verdad? ¿Dónde habría estado ella? ¿Se había tratado de una larga enfermedad? Él apenas había salido de casa durante el tiempo que yo llevaba aquí, sólo cuatro viajes a la ciudad desde abril.

Esto está muy bueno. ¿Qué es?

Es fogonero.

¿De la tienda?

Asentí.

Comimos en silencio. Me esforcé para no hacer ruido con los cubiertos y atraer así su atención hacia el hecho de que lo estaba acompañando, por si lo había olvidado. Masticaba el pescado lentamente, los pequeños cubiertos entre sus enormes manos; de vez en cuando tomaba sorbos de agua. Su cabello, liso y negro, el mentón cubierto de una barba densa y corta, porque no se había afeitado desde que había vuelto a casa. No tenía ni idea de cómo preguntarle, debía hacerlo antes de que la cena terminase, pero la comida de su plato iba mermando y yo no era capaz de decir nada.

Finalmente se levantó.

Gracias por la comida.

De nada.

Tenía que decir algo. Respiré hondo.

Sigurd.

Se dio la vuelta.

¿Sí?

¿Quieres café?

Sí, por favor. ¿En una media hora?

Bien, en media hora.

Suspiré para mis adentros, preguntándome si había un número de teléfono al que pudiese llamar, si existía alguna instancia estatal o municipal con la que se podía contactar para comprobar si alguien había muerto. No, no podía hacer eso. Los periódicos, las esquelas. Si el entierro había tenido lugar el viernes, era probable que la esquila hubiese aparecido el lunes o el martes. Descarté nuevamente la idea, no era un asunto en el que debiese meterme.

Cuando más tarde estábamos sentados a la mesa con una taza de café cada uno, cometí el error de pronunciar en voz alta lo que pensaba.

La mujer de la tienda, oí decir a mi propia voz, ausente.

¿Sí?

¿La conoces bien?

Me miró extrañado.

¿Si conozco bien a la mujer de la tienda? No, para nada.

De acuerdo.

¿Por qué lo preguntas?

¿Cómo podía decirlo? Intenté recordar exactamente lo que la dependienta había dicho. Respiré hondo.

Últimamente me ha hecho ciertos comentarios.

Clavó su mirada gris en mí.

¿Qué clase de comentarios?

Intenté recordar las palabras exactas.

Todo empezó..., tragué saliva, tuve que pegar mi nombre debajo del tuyo en el buzón porque...

¿Cómo?

Dejó la taza en la mesa, al lado del plato.

Porque mi madre había recibido un montón de correo que quería reenviarme.

¿Pegaste tu nombre en el buzón? ¿Cuándo?

Mientras estabas fuera, la semana pasada.

No respondió.

Sólo lo dejé un día, tal vez dos.

¿Qué comentarios te ha hecho?

Cosas extrañas...

¿Como qué?

Parece que intente descolocarme, asustarme.

¿Qué es lo que te dice?

Cogí aire.

¿Tu mujer ha fallecido?

Se levantó.

No puedes irte.

No se movía, parecía clavado al suelo.

Oye. Sigurd...

Sí, así es.

Seguía de pie, y cuando pronunció las palabras me miró directamente.

Sí, mi mujer está muerta.

Sentí que una parte de mí se desmoronaba, mientras que otra se elevaba.

¿Hace mucho?

Había intentado decirlo muy calmada, con la mayor suavidad posible.

Cuando estuve fuera tanto tiempo.

No me miraba a mí, sino al frente. No quise decir demasiado, sino dejar que él decidiese si quería hablar de ello o no.

Lo siento.

Volvió a sentarse en la silla, de lado, apartado de mí.

Gracias. ¿Dijo algo más la de la tienda?

No, nada en particular.

Tenía la mirada perdida.

¿Estaba enferma?

Sí, ¿qué, si no?

Tenía una actitud tan hostil que no me atreví a seguir preguntando. Continué allí sentada, sin tocar el café por miedo a que él se lo tomara como una falta de respeto. Quería decir «te acompaño en el sentimiento», pero sólo sonaría ridículo. Él no mostró ninguna señal de que fuese a decir nada más, pero se quedó sentado.

¿Volviste del entierro el viernes?

Sí.

Había estado muy extraño aquel día, fue cuando pasó la noche en el suelo de mi habitación. Sin embargo, su compañía jamás había sido tan agradable.

Lo lamento.

No hay nada que lamentar.

De acuerdo, no estaba receptivo, y yo lo entendía y no pasaba nada. Pero ¿por qué no había habido otros indicios? ¿Había enfermado durante su viaje, o esto también era un invento? Todas sus cosas en la habitación cerrada de la primera planta, debía de llevar fuera mucho tiempo. Estuvimos sin hablar durante un rato. Me alegró que no me dejase allí, sola.

¿Quieres algo?

Alzó la vista.

Hay más café.

Sí. Gracias.

Me levanté para servirle más. De pronto me agarró de la muñeca y la cafetera de cristal cayó al suelo y se rompió y el café se derramó. Me sujetaba con fuerza, rudamente, bufó.

¡No paras de hacer preguntas!

¡Perdóname!

Me soltó y sentí que me caía, retrocedí unos pasos y logré recobrar el equilibrio. Oí crujir los cristales rotos bajo mis pies, por suerte llevaba zapatillas. Las de ella. Se levantó y se marchó a su habitación con pasos veloces, bruscos. El pulso me martilleaba en los oídos, todo había ocurrido muy deprisa. Cogí la escoba y el recogedor, que estaban junto a la nevera, recogí los cristales. Incliné el cuello, preparada en todo momento para esquivarlo, porque sentía que lo tenía detrás. Humedecí un trapo y me arrodillé para limpiar el charco de café. Miré por encima del hombro, oí que su puerta volvía a abrirse.

Allis. Perdóname.

¿Cuántas veces me iba a pedir perdón?

No pasa nada.

Lo digo en serio, lo siento mucho.

Y yo también lo digo en serio: no pasa nada.

Me levanté, me acerqué a la encimera sin mirarlo y enjuagué el trapo.

Tienes que perdonarme.

Me volví.

¡Pero si lo hago! ¡Te perdono! ¡Te perdono cualquier cosa que haya que perdonar!

Me miró afligido. Di un paso hacia él.

No pasa absolutamente nada, lo digo en serio. Ven.

Extendí una mano y él me la cogió. La apretó con fuerza en la suya, con los ojos cerrados. Me atrajo hacia él y me abrazó con el brazo libre, mi nariz se aplastaba contra el hueco de su cuello. Mantuve los brazos lacios, podía oír su corazón. Me soltó la mano y me estrechó fuertemente. Me temblaban las rodillas. Me sujetó por los hombros con ambas manos y me alejó de él mientras me miraba serio.

Allis.

Entonces me soltó. Estuve a punto de desplomarme, era como una muñeca de trapo. Cogí el recogedor y abrí el armario de la cocina, los cristales rotos cayeron en el cubo de la basura con un sonido tintineante.

Allis.

Alcé la vista.

Tienes que alejarte de mí.

¿Cómo?

Estaba de pie, erguido, mirándome. Negó bruscamente con la cabeza.

No, dijo. Perdóname.

Yo no sabía qué hacer ni qué decir y me agaché para recoger un trozo de cristal que el sol vespertino hacía centellear debajo de la mesa. Bagge se quedó plantado ahí, contemplándome apesadumbrado. Debo ser generosa, pensé, este hombre acaba de enterrar a su mujer, por Dios, menudo plan. Él se dio la vuelta y entró en su habitación. En vez de ponerme a llorar, cogí aire, tampoco era necesario llorar por cualquier cosa aunque había leído que el efecto puramente químico de las lágrimas es paliativo. Sentí una opresión en el pecho, me levanté y empecé a fregar los platos. Justo cuando terminaba, Bagge regresó.

Allis, ¿puedes salir conmigo un rato?

Me di la vuelta extrañada y temerosa.

¿Ahora?

Quiero enseñarte algo.

¿El qué?

Se puso los zapatos que había dejado delante de la puerta de la terraza. Luego la abrió.

Ya lo verás. Ponte un jersey.

Quise pedirle que me prometiese que no me iba a matar, pero pensé que sería un comentario desafortunado puesto que su esposa acababa de morir. Caminé despacio hacia él, introduje los pies en las sandalias y lo seguí a través del jardín; era una noche de junio cálida y rojiza. Se dirigió a la escalera que bajaba al muelle.

Sabes que no me voy a bañar.

Sí.

Lo seguí y bajamos los escalones. Estaba anocheciendo. Le tenía miedo, era una persona inestable, podía mostrarme cualquier cosa: me imaginé el ataúd de su mujer en el cobertizo, por mi mente pasaron toda clase de fantasías mientras descendíamos. Debió de percatarse, porque se volvió.

No hay nada que temer.

Es lo mismo que hubiera dicho si hubiese algo que temer, pensé.

Cuando llegamos al muelle, las sillas de jardín estaban allí.

Siéntate.

Me entregó una manta.

¿Era eso lo que quería mostrarme, que había sido capaz de bajar las sillas? Estuvimos un rato sin decir nada, simplemente contemplando el agua y la puesta de sol. Soplaban una suave brisa vespertina, por lo demás, todo estaba silencioso y en calma.

Alrededor de las nueve empecé a impacientarme.

¿Qué querías mostrarme?

Espera.

De acuerdo. Toda clase de pensamientos pasaron por mi mente mientras estaba ahí sentada, algo amodorrada y con un poco de frío. Pensé en mi vida anterior, en la universidad, en la televisión, en las ciudades que había visitado, las vacaciones de mi infancia; las conversaciones que había mantenido con diferentes personas, incluso con gente a quien apenas conocía, y que todavía recordaba a la perfección; las excursiones en bicicleta y el viejo supermercado donde siempre compraba cuando me fui de casa de mis padres por primera vez, la letra de mi abuela.

Ahora, dijo.

¿Cómo?

Mira ahora.

¿Adónde?

Mira la luna.

La luna había adquirido un profundo color rojo, con un borde incandescente alrededor de la parte superior.

Un eclipse lunar, dije.

Sí.

Jamás he entendido cómo funciona.

¿Y si tuvieses que adivinarlo?

Preferiría no hacerlo.

Pues no te vas a librar.

Ahora tenía que demostrar lo ignorante que era. Manejaba el tema de los eclipses solares, pero ¿esto?

El Sol se desplaza entre la Tierra y la Luna.

Negó con la cabeza, sonrió.

Hice un esfuerzo por pensar.

¿No? Entonces no lo sé.

La Tierra pasa entre el Sol y la Luna. La Luna se sitúa a la sombra de la Tierra.

¿Entonces la Luna no recibe luz solar?

Exacto.

Lamenté no haber pensado más.

La sombra que se cierne sobre la Luna es la sombra de la Tierra.

La sombra de la Tierra que apenas se proyectaba sobre la superficie de la Luna. De pronto todo aquello adquirió una apariencia muy poderosa. Uno podía contemplar la Tierra desde fuera aunque sólo fuese en forma de sombra y sólo una pequeña parte de ella.

Así fue como Aristóteles demostró que la Tierra es redonda, dijo él.

La rojiza oscuridad fue devorando la luna con terrible lentitud. Seguimos allí inmóviles, observando.

Más o menos ahora, dijo él. Ahora está en su punto mínimo.

Nos quedamos prácticamente a oscuras, en un silencio casi absoluto salvo por el suave chapoteo del agua y su aliento, casi inaudible. Me sentía feliz, tranquila. Y triste. Deseaba poder hablar de verdad, con libertad, en serio. No podía ser. Quizá él desease lo mismo. Pero tendría que ser él quien empezara. Yo quería que me hablara de su mujer. ¿Habían vivido separados? ¿Por qué? Aquí estaba yo, en compañía de un viudo.

Deja que te mire.

¿Cómo?

Deja que te mire, repitió.

Me volví hacia él.

Eres hermosa, Allis.

Claro, así a oscuras...

También eres hermosa cuando hay luz.

¿Eso crees?

Sí, por supuesto.

Tú también eres hermoso.

Ya lo había dicho. Pero era él quien lo había dicho primero. Me sonrojé, no pude evitar sonreír. Se puso delante de mí, ocultando el intenso círculo rojo tras él.

Deja que te mire.

Sentada, lo miré con una sonrisa prudente.

Déjame verte.

Lo miré interrogante, no sabía qué quería que hiciese.

Eres tan hermosa.

Gracias.

Quítate esa chaqueta tan gruesa, Allis. ¿Quieres?

Ahora era el momento. Pero ¿aquí? Algo vacilante, saqué los brazos de las mangas de la chaqueta y la coloqué sobre mi regazo; sólo llevaba una camiseta fina de color claro. Él suspiró con la lengua en los dientes.

Muy hermosa.

Separé los labios ligeramente, lo miré.

Querida Allis. Mi querida Allis.

No sabía qué decir.

Tienes que dejar que te mire, que vea más de ti. ¿Puedo?

¿Podía? Se alzaba sobre mí, la luz de la luna formaba un pálido contorno a su alrededor. Su mirada era suave y oscura, tierna. Me quité la camiseta despacio.

Oye.

Volvió a suspirar.

Muéstrame más.

Hacía frío. La piel se me erizó. Lo miré interrogante. Asintió casi imperceptiblemente. Me llevé las manos a la espalda, me desabroché el sujetador y lo dejé caer al suelo.

Entornó los ojos.

Oye, susurró.

Yo temblaba un poco. Respiré hondo. Él dio un paso hacia delante, se inclinó y se agachó ante mí. Después acercó el rostro a mi mejilla, sus labios a

mi oreja. Cerré los ojos, su cálido aliento me enviaba chispazos a lo largo de la columna vertebral.

Putá.

Se levantó y se volvió hacia el fiordo, hacia la luna, y luego subió lentamente las escaleras.

Sentía un hormigueo detrás de los ojos, todos los sonidos eran rumores lejanos, sordos. Lo único que advertía era el aire punzante en los pulmones. Enseguida me quedé sin fuerza en las piernas, pero debía continuar un poco más. Sólo montañas negras, campos grises y ventanas oscuras, más escasas a cada kilómetro que recorría. Ante mí sólo había una creciente nada, como si pedalease fuera del universo. Su chaqueta de trabajo, demasiado grande, me abrigaba la parte superior del cuerpo, pero las manos y los pies, en las finas sandalias, los tenía congelados. ¿Cómo podía una carretera nacional estar tan desierta? Pronto tendría que detenerme a descansar, pero apenas había paradas de autobús; la cuneta y el guardarraíl eran lo único que me separaba de los escarpados acantilados que desembocaban en el fiordo, que resplandecía arrogante bajo la luz de la luna. No tenía ningún plan, sólo sabía que no podía parar. Esta vez no había vuelta atrás, debía marcharme.

Había optado por la dirección contraria a la de la tienda y, por lo tanto, también en sentido contrario a la ciudad y a mis padres. No sabía con seguridad a qué distancia me hallaba de la localidad más cercana, bien podía acabar en algún embarcadero de ferri donde al día siguiente me encontrarían muerta por congelación junto al fiordo.

Justo cuando estaba considerando dar la vuelta, empezaron a aparecer más casas y la carretera comenzó a ensancharse. Al doblar una curva apareció una línea divisoria amarilla, debía de estar acercándome a algo. Tenía las piernas agarrotadas y entumecidas, los dedos de los pies, azulados dentro de las sandalias. Con mis últimas fuerzas logré subir una suave pendiente, con infinita lentitud. Una vez arriba me detuve, miré al horizonte y vislumbré una señal luminosa más abajo. Estaba demasiado exhausta como para sentir alegría, simplemente constaté el hecho y avancé cuesta abajo sin pedalear. Al bajarme de la bicicleta, mis rodillas cedieron y tuve que apoyarme en un surtidor de gasolina. Empujé la bicicleta y doblé la esquina a oscuras. Las puertas automáticas se abrieron. Una mujer con un uniforme rojo y una coleta castaña me miró estupefacta desde el otro lado del mostrador.

¿Podría usar el servicio?

Me echó un vistazo rápido de arriba abajo antes de asentir hacia una puerta. Crucé el local con las piernas rígidas y los dientes castañeteando, cerré la puerta del servicio y abrí el agua caliente. Coloqué las manos bajo el ardiente chorro y cambiaron de color, de blanco a rosado intenso, y se hincharon bajo el agua. Me mojé la cara, me la froté para quitarme el sudor y el polvo de la carretera. Me aparté el flequillo de los ojos y encontré una goma en el bolsillo del pantalón corto con la que me recogí el pelo en una coleta. Eché los hombros hacia atrás y me enderecé, respiré profundamente, tiritaba, me pitaban los oídos. La boca me sabía a sangre, todavía no había recobrado el aliento. Me temblaban las manos de haber agarrado el manillar durante tanto tiempo. Los tubos fluorescentes del techo parpadeaban, alguien había colgado al lado del espejo el horario de limpieza del servicio. Un bolígrafo colgaba de una cuerda. Firmas de personas que decían: Sí, he estado aquí, he limpiado el baño, el día tal o el día cual, para que todo estuviese en orden. En ese instante me pareció extraordinario que se limpiasen los servicios según unas normas, con productos de limpieza industriales y guantes de plástico. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. La civilización. Mi reflejo, con aquella inmensa chaqueta de trabajo azul marino que había descolgado del clavo que había sobre las pilas de leña. Lo pequeña que era, a pesar de todo. Con qué facilidad podía perder el control y que cualquier cosa me aniquilara. Aguantaba muy poco. Cada vez que surgían dificultades, comprendía lo poco que aguantaba, lo poco que mi espalda podía soportar realmente; enseguida me temblaba el labio inferior y, a continuación, una nueva huida.

Llamaron a la puerta con suavidad.

Tengo que cerrar.

Voy, respondí deprisa. Puse las manos bajo el grifo de nuevo, lo cerré, me sequé las manos con papel. Abrí la puerta. Ella estaba junto a la salida, con un manojo de llaves en la mano.

¿Va todo bien?, preguntó mirándome los pies, los dedos desnudos, el pantalón corto que sobresalía bajo la gran chaqueta.

Echó un vistazo al exterior.

¿No has venido en coche?

En bicicleta.

Vas muy poco abrigada. ¿Tienes que ir lejos?

Vacilé.

¿Quieres que te lleve a alguna parte?

La miré. Debía de ser diez años mayor que yo. Una de esas personas maravillosas de las que el país estaba lleno, eficientes y tiernas a la vez, una madre para todo aquel que la necesitara. Cabello castaño y pecas, piernas algo separadas, con capacidad para resolver lo que fuese donde existiese la necesidad. Entonces comprendí que me había convertido en una persona que necesitaba ayuda, los cuidados de los demás. Me invadió una tristeza plomiza al darme cuenta de que estaba totalmente aparte del resto de la gente. Mientras que los demás eran personas de carne y hueso que comían juntos y lloraban juntos, yo era un espantapájaros colocado en medio del campo, parecido a un ser humano pero sin serlo, alejada de la sociedad, sola, aunque un espantapájaros por lo menos tenía una función y yo no tenía ni siquiera eso.

Tu bicicleta cabe en la parte de atrás.

Caminé hacia ella, eché un vistazo afuera. Al otro lado de la carretera había un motel. Podría alojarme allí, explicaría que ahora no podía pagar pero que me enviarían la factura. ¿A cuánto estaba el aeropuerto? Seguramente habría autobuses que irían al aeropuerto cada hora, o incluso podría coger un taxi, convencería al conductor de que le pagaría en cuanto pudiese. ¿Billetes de avión? Esas cosas solían arreglarse, porque todo el mundo se daría cuenta de que no estaba lo que se dice en un buen momento de mi vida y la gente es así: ayuda cuando hace falta. Podría coger un avión de vuelta a Johs, intentarlo de nuevo. No era una idea descabellada, quizá hubiese llegado la hora. Algo más animada pensé que, en realidad, ése era mi punto fuerte, que a pesar de todo era una persona resolutiva, porque cuando me encontraba en una situación pésima miraba hacia delante y enseguida empezaba a buscar posibles salidas, siempre con entusiasmo, porque las situaciones complicadas podían ser el punto de partida para grandes o pequeños cambios vitales. Así había sido con K, y de inmediato pensé que por fin tenía buenas razones para retirarme completamente de la sociedad. Así era como había encontrado el anuncio.

Ella seguía esperando a que le respondiese. Parecía un árbitro de balonmano en su uniforme rojo.

¿Hacia dónde habías dicho que ibas?

Hacia el norte, comentó ella.

Yo también.

¡Estupendo! Entonces nos vamos, dijo, y esperó a que saliera antes de apagar la luz y cerrar con llave. Volví la esquina para recoger mi bicicleta y la

empujé hasta su camioneta, luego la subí por encima del portón trasero. Me senté delante, ella arrancó el motor y dejamos la gasolinera atrás.

¿Vas lejos?, preguntó.

No mucho.

¿Tienes algún lugar donde dormir esta noche?

Sí.

Arrastré la bicicleta lentamente por la alameda, provocando crujidos bajo las ruedas al pasar por delante de los pálidos troncos de los abedules, luego la cerca de estacas y la casa aparecieron frente a mí. Todas las ventanas estaban oscuras. Dejé la bicicleta apoyada en la cerca, abrí la cancela con sigilo y atravesé el patio con tanta discreción como pude. Estaba absolutamente decidida, lo sentía en todo el cuerpo, en cada célula: no daría media vuelta. Me acerqué a hurtadillas a la pared y subí la escalera de piedra, mis sandalias apenas hacían ruido; bajé con cuidado la manija de la puerta, estaba cerrada con llave. Bajé de nuevo, en mi cabeza había un ruidoso concierto de ecos, pensamientos y voces. Evité pisar las losas cuando rodeé la casa, di dos pasos para subir a la terraza y me acerqué a la puerta para echar un vistazo dentro del salón, que estaba completamente a oscuras. Recorrí con la mirada la cocina, al fondo, la pequeña estufa, la mesa, su sillón: me encontré frente a un rostro pálido con dos enormes ojos que me observaban. Solté un grito. Me llevé las manos al pecho y le grité directamente a él. Permaneció en la silla, inmóvil, mirándome con la mirada muerta. Me tropecé y estuve a punto de perder el equilibrio, lo vi levantarse de un salto, abrir la puerta bruscamente.

¡Vete de aquí!

Sus ojos eran dos agujeros negros y parecía enfermo, como si estuviera yéndose de este mundo.

¡No!, dije, y apreté con fuerza la mandíbula. Me hallaba en el borde de la terraza, tenía todos los músculos en tensión. ¡Me necesitas!

¡No, Allis! ¡Tienes que alejarte de mí!

Vacilé, luego cogí una de las macetas de hierbas aromáticas que estaba sobre la barandilla y la arrojé con fuerza al suelo. Salieron despedidos trozos de terracota y tierra. Él retrocedió.

¡No! No voy a irme a ninguna parte. Estás de duelo.

Él bajó la mirada y negó despacio con la cabeza.

No. No lo estoy.

¿No entiendes nada?, le pregunté.

Me miró. Yo temblaba de frío y agitación, los pies desnudos en las sandalias, mis largas piernas heladas bajo el pantalón corto y su chaqueta de trabajo. Me castañeteaban los dientes; de repente, la ira que se me acumulaba en el pecho me hizo sentir muy fuerte.

¡No tengo otro sitio a donde ir!

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, Bagge se difuminó, di un paso a un lado y luego rectificué, la oscuridad me envolvió y me sentí muy mareada. Vi que él se apresuraba hacia mí.

Me despertaron unos ruidos provenientes de la cocina. Una intensa sensación de alegría me atravesó, estaba aquí. Empapada en sudor, las sábanas se me pegaban a la piel. Intenté incorporarme en la cama, pero los brazos no soportaron el peso del cuerpo. Los ruidos de abajo se detuvieron. A continuación oí sus pasos en la escalera.

¿Allis?, dijo desde fuera, y llamó suavemente a la puerta. Después asomó su cabeza rapada. ¿Cómo te encuentras?

¿Cómo he conseguido subir?

Te subí yo en brazos anoche.

¿Es por la mañana?

Es mediodía. ¿Qué necesitas?

Algún antitérmico. En el armario de mi cuarto de baño hay.

Salió y regresó con dos pastillas, que puso en mi mano, y un vaso de agua. Me tragué los comprimidos y volví a tumbarme. Él se fue, primero sus pasos en la escalera seguidos de un intenso ajetreo en la cocina. Unos instantes más tarde oí que subía otra vez. Llamó a la puerta y entró con un plato soperó humeante y un vaso de zumo de bayas.

Crema de avena.

Dejó el plato en la mesita de noche, su cara expresaba cierto orgullo mal disimulado. Sonreí débilmente y le di las gracias. Luego se marchó. Acomodé la cabeza en la almohada, no tenía ganas de comer por muy orgulloso que estuviera él. Cerré los ojos, sentí un escalofrío, me puse de lado esperando a que las pastillas hiciesen efecto. Sentía la piel tan fina, tan delicada...

Cuando desperté de nuevo, él estaba sentado en la silla junto al escritorio, observándome. El plato seguía intacto en la mesilla.

¿Qué hora es?

Pronto serán las cuatro.

¿De la madrugada?

Soltó una risa silenciosa, negó con la cabeza. Se inclinó hacia mí y me colocó con cuidado una mano en la frente.

Tenemos que tomarte la temperatura, dijo, y cogió un termómetro del escritorio y me lo introdujo entre los labios.

El termómetro pitó enseguida, Bagge lo retiró y lo comprobó con una arruga en la frente.

Duerme, Allis.

Cuando desperté de nuevo estaba sola. La luz me indicó que atardecía. Tiritaba, me dolían los músculos. Intenté identificar algún sonido en la planta baja, pero no oí nada. Al cabo de un largo rato oí cómo la gravilla del patio crujía bajo las ruedas de la bicicleta. Sus pasos en el exterior de la casa, en la puerta y después subiendo las escaleras. Cerré los ojos y me volví hacia la pared. Llamó a la puerta pero yo no respondí, por lo que la abrió silencioso y entró. Se quedó quieto en el centro de la habitación durante unos segundos, entonces percibí que sacaba algo de una bolsa y lo colocaba en la mesita de noche. Salió y dejó la puerta entreabierta. Me arrepentí de haber fingido que dormía. Volví la cabeza; había dejado un racimo de uvas.

Había tenido una pesadilla pero no era capaz de recordar de qué iba, sólo sentía que los miedos de la noche se habían instalado en mi cuerpo y se avivaban cada vez que pensaba en ello. A la hora del desayuno regresó con la intención de que tomase gachas; conseguí tragar alguna cucharada de copos húmedos y empalagosos, nada más. Me tomaba la temperatura cada tres horas, durante todo el día osciló entre treinta y nueve y cuarenta grados, tenía sudores fríos y estaba destemplada la mayor parte del tiempo.

Por la tarde me subió un plato con plátano machacado y una cuchara; me sentí como una niña. Su gesto denotaba preocupación, me había subido la fiebre.

¿Avisamos a un médico para que venga?, preguntó.

No, ya se me pasará. Sólo necesito unos días.

¿Qué tienes?

Gripe, creo.

¿Quién puede habértela contagiado?

Al menos parece gripe.

Se levantó y abrió la ventana de par en par. Me castañeteaban los dientes.

Tenemos que ventilar un poco la habitación.

Asentí y tomé un sorbo de zumo. Me sentía totalmente miserable, pero también muy feliz de tener su atención. Esperaba no recuperarme jamás.

Se volvió a sentar.

¿Hay algo que pueda hacer por ti?

No.

Si la fiebre no te baja mañana, toca médico.

Acepté asintiendo con la cabeza.

Me acarició la frente.

Estás completamente empapada.

Asentí.

Permaneció callado un instante.

¿Tienes el pijama húmedo?

Asentí.

Se levantó.

Lo echaré a la lavadora.

Se detuvo junto a la puerta y después salió. Todo resultaba tan confuso. Me quité el pijama, me dolían los brazos y las piernas. Lancé la parte de arriba y el pantalón al suelo, cerca de la puerta. Asomó la cabeza de inmediato, miró al suelo y recogió el pijama. Toma, dijo, y me lanzó un camisón antes de cerrar otra vez. Lo cogí, era gris y suave, de algodón, me sentí aliviada por que fuese una prenda tan cotidiana y cómoda, había temido que ella usase sensuales prendas de seda que yo jamás habría podido llevar con dignidad. Me pasé el camisón por la cabeza e introduje los brazos en las mangas, volví a tumbarme.

La habitación estaba totalmente a oscuras. Él estaba sentado en la silla junto al escritorio.

Estás soñando.

¿De veras?

No, ahora estás despierta, Allis. Hace un momento.

No recuerdo nada.

Tenías miedo.

¿Es de noche?

Sí.

Estaba sentado en la silla bajo una luz extraña, la habitación me daba vueltas. No tenía hambre pero sentía un vacío en el estómago.

¿Estás aquí?

Sí, respondió. Estoy aquí.

Permanecimos en silencio. Sentí brotar un nuevo temblor febril e intenté acurrucarme como pude. Él se levantó, me arropó bien con el edredón y volvió a sentarse en la silla.

¿Qué es lo que te ha ocurrido?, oí preguntar a mi propia voz, ronca y extraña.

Él continuó callado.

¿Qué has hecho, Sigurd?

Era mi voz, pero sonaba muy lejos.

Vi que volvía la cabeza hacia mí y que después la agachaba. La cabeza colgando, gacha, la luz de la luna le iluminaba la nuca.

Seguía callado. Inspiró, silencio.

Necesito saberlo, musité. Noté que me iba alejando, que me dormía de nuevo.

Apenas había amanecido y fuera había un silencio absoluto. Él estaba sentado en el mismo sitio.

¿Me puedes contar algo, Sigurd?

¿Contar el qué?, dijo inexpresivo.

Una historia.

Silencio. Oí cómo tomaba aliento.

Fue en verano, hace cinco años, dijo finalmente. El verano más caluroso que recuerdo. Nadamos en el muelle todos los días de julio. Fue irreal, es la única palabra que puede describirlo. Era imposible hacer nada, no se podía trabajar, apenas nos apetecía comer. Un día estuvimos en el muelle desde por la mañana hasta bien entrada la noche. Nos bañamos, tomamos el sol, nos pusimos a la sombra y volvimos a bañarnos. Nuestros cuerpos ardían cuando llegó la noche, nos recostamos en el muro para contemplar la puesta de sol y bebimos de una botella de calvados, estábamos ebrios y felices, y atontados.

Se detuvo.

Calvados, pensé.

Yo le trenzaba el pelo, sentados allí en el muelle, lo tenía grueso por el agua salada. Siempre la peinaba, sobre todo antes de los conciertos, porque a ella no se le daba bien. Entonces se nos ocurrió salir a remar. Teníamos una antigua y preciosa embarcación *oselvar*, un pequeño *færing* de madera con remos. Al anochecer cogimos una caña de pescar y subimos a bordo, tambaleantes, recuerdo su risa justo detrás de mí cuando di un traspié y estuve a punto de caerme al agua mientras embarcaba.

Ella remaba. Le encantaba remar, tenía unos brazos fuertes y cada golpe de remo era largo y lento. En el fiordo todo estaba en calma, la brisa del atardecer había amainado y el sol se había escondido tras la montaña. Conversamos en susurros para que no nos oyesen desde las cabañas junto al fiordo, nos reíamos bajito el uno del otro. Permanecimos así, en el crepúsculo, yo con la caña de pescar y ella con los remos, era una noche increíblemente silenciosa. El calor por fin había empezado a aflojar.

Yo seguía en la cama, escuchando su voz apagada, respirando tan inaudiblemente como podía: no quería interrumpirlo, recordarle que estaba ahí. Conciertos, pensé, ella era música, ¿cómo iba a poder yo competir con algo así?

Por supuesto, no hacía tiempo para pescar, era más por diversión, continuó.

Pero en aquel preciso instante se me escapó de las manos la caña de pescar, de la nada, debía de ser un pez enorme, me tiré instintivamente tras la caña antes de que desapareciese por la borda. Nor se levantó siguiendo el mismo instinto, los remos se escurrieron al agua, ella se cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra la borda..., todo ocurrió tan increíblemente deprisa, se hundió, se hundió en el agua oscura, yo me lancé al agua, pero no la veía,

tuve que subir a coger aire varias veces, y al final la localicé a mucha profundidad. Conseguí sacarla, subirla a la embarcación, los remos se alejaban a la deriva, ella yacía en el bote y tuve que nadar para recuperar los remos, no sabía si lo mejor era remar hasta la orilla o intentar reanimarla allí mismo, en medio del..., remé como un loco hacia la orilla y entonces supe que me había equivocado, ella yacía ahí, sin vida, mientras yo remaba. Me detuve e intenté reanimarla en el bote, luego cambié de idea y empecé a remar de nuevo, ninguna opción me parecía la correcta. Finalmente conseguí que volviese a respirar, busqué ayuda, pero había pasado mucho tiempo. Pasó una larga temporada en el hospital.

Dios mío.

Unos meses después la trasladaron del hospital a una residencia, ya no se podía hacer nada salvo esperar a que se despertase.

El corazón me latía deprisa, estaba helada, a punto de romper a llorar.

¿Y entonces?

No respondió.

¿Y luego?

Luego pasó el tiempo. Sin que ocurriese nada. No se despertó.

Permaneció en silencio mucho rato.

¿Y después?

Nada. Hasta la llamada de hace dos semanas en la que me comunicaron que había empeorado. Tenía que decidir si donaba sus órganos.

Solté un gemido.

¿Y?

Acepté, dijo él. Eso fue todo. Fui allí. Estuve a su lado un día, una noche, otro día más.

Vaciló un instante.

Entonces llegó el momento.

Yo me quedaré aquí todo el tiempo que quieras, dije, y cerré los ojos.

El sol me calentaba el rostro. Me incorporé en la cama. El cuerpo me temblaba un poco, tenía la espalda dolorida. Moví los hombros hacia atrás, las articulaciones ya no me dolían y el sudor había expulsado los últimos restos de fiebre. Me levanté y me acerqué a la ventana. El sol iluminaba el cerezo repleto de flores blancas allí abajo, en el jardín. Abrí la ventana, sentí cómo una brisa fresca me acariciaba la piel, la mañana era resplandeciente y cálida al mismo tiempo. Respiré hondo. Oí los crujidos de las ramas en el bosque, aves alzando el vuelo y revoloteando entre las copas de los árboles.

Un nuevo mundo.

Lo vi regresar por las escaleras del muelle, con la caña de pescar. Miró hacia donde yo estaba, se detuvo y alzó una mano, continuó por el jardín y se paró debajo de mi ventana.

¿Cómo te encuentras?

Ya estoy recuperada.

Me sonrió, parecía aliviado.

¿Has pescado algo?

Nada.

Se quedó allí, de pie, mirándome; llevaba puesto el fino camisón de su mujer. Eché un vistazo hacia donde él estaba. Tomó aire como para decir algo, pero sólo sonrió. Se le notaba cierta reticencia. Ahí, con la caña de pescar en la mano. Yo no sabía cómo podía darle a entender que recordaba todo lo que me había contado, que lo había asumido todo. Me quedé mirándolo ahí abajo, un poco inclinada hacia delante. Él me miró interrogante. Yo asentí con gesto serio y me aparté de la ventana.

Sólo unos días antes habíamos estado subidos a la escalera recolectando las últimas manzanas. Ahora, de repente, diminutos y secos copos de nieve revoloteaban en el aire. Reuní la ropa sucia y bajé al sótano. Con el rabillo del ojo vi pasar algo velozmente cuando dejé el barreño sobre el suelo de hormigón. Sentí un escalofrío, presté atención y me pareció oír unos crujidos. Me pegué a la pared para escuchar, me agaché. En el suelo, en la esquina, habían conseguido atravesar la pared royendo una pequeña abertura irregular. Subí la escalera corriendo y fui directa al armario de debajo del fregadero de la cocina, donde guardábamos lana de acero. ¿Cuántos habría? Podían estar en cualquier parte de la casa, era repugnante. Introduje la lana de acero en la rendija y examiné minuciosamente las paredes en busca de más agujeros. Por lo que yo sabía, era posible que hubiera un nido de ratones en el aislamiento de la casa; me estremecí sólo de pensarlo. Detrás de la lavadora encontré excrementos de ratón. A lo largo de la pared, debajo del perchero de la ropa impermeable y de trabajo de Bagge, había más. Cuando retiré la ropa buscando más agujeros, apareció una manija. No se me había ocurrido que pudiese haber una puerta aquí, pero en ese momento me pareció natural, porque la habitación en la que estaba era sólo una pequeña parte del sótano. Casi sentía a los ratones correteando sobre mis pies y me estremecí. Bajé la manija y tuve que usar todo el peso de mi cuerpo para empujar la puerta, debía de llevar mucho tiempo cerrada.

Al otro lado solamente había un cuarto vacío y húmedo, a oscuras. Busqué a tientas el interruptor, pero la luz no se encendió. Me pareció oír ratones escarbando a lo largo de las paredes y alrededor de mis pies. Contuve la respiración. Junto a la pared que daba al exterior vislumbré parte de una escalera y una puerta; claro, era la puerta del sótano que había junto a la terraza y que yo nunca había tenido en cuenta. Se suponía que yo no debía estar aquí. Alguien había desenroscado la bombilla del techo. Después de volver a enroscarla, presioné de nuevo el interruptor, la luz parpadeó un par de veces y luego se apagó. El sótano estaba vacío, húmedo, al otro extremo del cuarto había una pequeña escalera que llegaba hasta el techo. Di un par de pasos vacilantes hacia ella, temiendo en todo momento pisar algo blando,

pensando en cómo mi peso reventaría su fina piel. La escalera llevaba a una trampilla, la palpé con las manos. Una trampilla. Intenté orientarme, ¿qué habitación tendría encima, su dormitorio o su estudio? La golpeé con cuidado, como para llamar, y después algo más fuerte. Nada. Él había entrado en su habitación después del desayuno, quizá estuviese durmiendo. No, después del desayuno, no. Empujé la trampilla con las palmas de las manos y se abrió: ¿Hola? La retiré completamente y asomé la cabeza por el agujero del suelo. La habitación estaba vacía, no había nada en ella salvo una ventana y una puerta, una caja de cartón y, en una esquina, el estuche de un instrumento. En la pared había una serie de marcas oscuras y rectangulares, vestigios de cuadros que habrían estado colgados allí. Subí. El estudio de Bagge. Me acerqué a hurtadillas al estuche, era de un violín. De su mujer. En el suelo, detrás de la caja de cartón, había un atril desplegado; abrí la caja: partituras. Se me contrajo el vientre y mi torso cayó hacia delante, solté un sollozo. Unos puntitos blancos danzaron ante mis ojos.

Volví a bajar al sótano tan silenciosa y rápidamente como pude, con el pulso laténdome en los oídos. Ningún escritorio, ninguna herramienta de ninguna clase, sólo un violín. ¿Lo tocaba él? No, era imposible, lo habría oído. Ahí, en aquella habitación vacía, pasaba el tiempo día tras día. Me acuclillé. Apreté los ojos con fuerza, deseé no haberlo visto. El hecho de que la habitación estuviese prácticamente vacía era lo que resultaba más perturbador. Casi cualquier cosa habría sido mejor. Me lo imaginé sentado en el suelo, apoyado en la pared junto al estuche del violín, con la mirada perdida, dándole vueltas a todo, agonizante. Pensando en su mujer. Sentí punzadas huecas en el estómago. ¿Dónde estaba ahora? ¿En su habitación? ¿Era ahí donde pasaba el tiempo? Todos los días después de cada comida, excepto los que había estado fuera, había dicho que se iba a su estudio, situado a continuación del dormitorio, y se quedaba allí; decía que trabajaba en algo, que por eso necesitaba ayuda con la casa y el jardín, y ahora... yo jamás podría desvelarle lo que sabía. Me apresuré a volver al lavadero y llené la lavadora.

Tuve que respirar hondo una y otra vez. Era casi la una. Intenté relajar los brazos, el temblor de los dedos, que hacían tintinear la vajilla y los cuchillos contra las copas mientras ponía la mesa. Coloqué los fiambres con movimientos frenéticos. A la una en punto se abrió la puerta y él entró, yo estaba a mitad de camino entre la encimera y la mesa y me quedé paralizada como un ciervo. Me di rápidamente la vuelta hacia la encimera y recogí la tetera.

Ya está la comida.

Bien.

Se sentó. Serví el té, el chorro se desparramó y cayó en el plato cuando extendí la mano para llenar su taza.

Comimos en silencio. La mayor parte del tiempo mantuve la mirada gacha, intentando respirar con calma y normalidad, pero me resultaba imposible. Tenía la respiración acelerada, quería desvelarle lo que sabía. Él tampoco decía nada; se comportaba como siempre, aunque noté que me miraba. Al final dejó el cuchillo en el plato y carraspeó.

¿Ocurre algo?

No.

Estás muy callada.

Hay ratones en el sótano, dije finalmente.

Mierda, dijo Bagge. Era la primera vez que lo oía soltar algo malsonante, la palabra hizo que me sobresaltara.

¿Tenemos ratoneras?

Por desgracia, no.

Entonces iré a comprarlas, dije, y me aparté de la mesa con un movimiento brusco. Me miró sorprendido. Pasé por delante de él, fui hasta la puerta de la terraza y eché un vistazo fuera, fingiendo que tenía que comprobar algo ahí; me volví y observé la parte trasera de su cabeza para comprobar su pelo, por si había estado tumbado en la cama. Estaba como siempre. Me abrigué y fui a coger el autobús.

Regresé con cuarenta ratoneras. Prefería que hubiera de más antes que quedarme corta. Iban a morir todos, ni un solo ratón sobreviviría al invierno. Distribuí la mitad a lo largo de las paredes de la casa, en el leñero y la caseta de las herramientas, el resto en cada una de las tres plantas, la mayoría en el sótano. Eran trampas normales, cepos de muelle con arco de alambre, una especie de guillotina para pequeños roedores. Me alegró que Bagge mostrara interés por mi proyecto de exterminio, y me pidió que lo mantuviese informado. Por las noches soñaba con ratones, soñaba que comprobaba las trampas y reunía montones de cadáveres.

Los primeros días, los cebos permanecieron intactos en cada ratonera. Había taponado con lana de acero todas las ranuras que había encontrado, pero estaba segura de que seguían ahí, dentro y fuera. No sabía cuántos habría. Bajaba al lavadero del sótano a las horas más intempestivas para cogerlos desprevenidos, fingiendo que tenía que hacer algo. Bajaba en silencio, a hurtadillas, y me detenía en el último escalón, desde donde encendía la luz con un movimiento veloz. No. Ninguno.

Una sombra peluda correteó por el suelo cuando salía del cuarto de baño y acto seguido se esfumó. La criatura debía de conocer algún hueco en la pared o había logrado colarse por debajo de la puerta de la habitación cerrada que albergaba la ropa de su mujer. Examiné la pared por la que el ratón había desaparecido, pero no vi nada. Me tumbé en el suelo y fui escuchando a lo largo de la pared. Al fondo del rincón oí unos chillidos débiles, casi inaudibles; a menos que me hubiese vuelto loca. Bajé corriendo a la habitación de Bagge y llamé a la puerta, pero no salió. Respiré hondo, abrí la puerta y miré dentro: no estaba. Sentí que tenía el derecho a hacerlo, así que crucé la habitación y presioné la manija de la puerta. El estudio estaba vacío y la trampilla del suelo en su sitio. Percibí una hormigueante ira física, una combinación de repugnancia hacia los ratones y de enfado por las argucias de Bagge. Salí corriendo al patio, descolgué el pie de cabra de la pared en la caseta de las herramientas, volví a entrar y subí las escaleras otra vez. Puse todo mi peso sobre el pie de cabra y finalmente la tabla cedió con un sonoro crujido. Ahí estaban, en el aislamiento, como una masa húmeda de transparentes testículos rosados; me dio un escalofrío y me quedé ahí parada, paralizada, sin tomar una decisión, incapaz de confrontar el problema. Los minúsculos bultos de piel se retorcían lentamente, chillando quedos y a ciegas hacia mí. ¿Debía quemarlos o enterrarlos? ¿Ejecutarlos uno a uno? En ese caso, ¿con qué? No sabía qué opciones tenía, todas me parecían igual de obscenas. Coloqué de nuevo la tabla delante del nido para impedir que se escapasen o buscasen refuerzos. A continuación fui corriendo a llamar a la puerta de Bagge. ¡Hola! ¡Hola! ¡Sigurd! Asomé la cabeza por la puerta que daba al jardín y lo llamé. Metí los pies en las botas y salí a la terraza, miré a mi alrededor. Las huellas en la nieve iban en diagonal desde la puerta del sótano, cruzaban el césped y bajaban por el jardín. Iba sin abrigo, los copos de nieve se me posaban en el pelo y en la nuca; seguí las huellas a través del jardín blanco, bajé los escalones hasta el muelle y me detuve delante del cobertizo. No me atreví a hacer nada, ni a llamarlo. Era consciente de que Bagge se daría cuenta de que yo había estado allí cuando, antes o después, saliese, si es que para entonces la nieve no había cubierto las huellas. Desde el

interior del cobertizo venían sonidos sordos de raspado. De acuerdo. Estaba trabajando en ese lugar. El cobertizo era su guarida, ¿cómo no me había dado cuenta antes? Recordé todas las veces que él había subido del muelle sin que yo lo hubiese visto salir de su dormitorio, ahora me resultaba obvio que salía por el sótano, pero ¿por qué? Tenía que avisarlo de que estaba allí. Di un paso al frente, llamé con fuerza a la puerta y retrocedí un paso. Aguardé.

¡Sigurd!

Aguardé, volví a respirar hondo.

¡Sigurd!

El raspado se detuvo y Bagge abrió la puerta y asomó a cabeza. Me observó con una mirada oscura, tenía la cara roja y el pelo húmedo, llevaba una camiseta interior.

Perdóname. Pero...

¿Qué?

He encontrado un nido de ratones dentro de una pared, en la casa.

Desapareció tras la puerta, salió con el abrigo puesto. Yo subí tras él por las escaleras y planifiqué una respuesta en caso de que me regañase por haber arrancado parte de la pared.

Yo me encargo, dijo cuando entramos en la casa.

Pero ¿qué vas a hacer?

No pienses en ello.

Lo interpreté como una orden clara de mantenerme al margen, por lo que me quedé en la cocina y empecé a sacar ingredientes para cocinar. Se oyeron un par de golpes fuertes que provenían de la buhardilla, luego bajó y yo no me volví para mirar, fue hacia el recibidor y salió por la puerta trasera de la casa. Poco después entró en la cocina.

Ya está.

¿Está hecho?

Está hecho.

Sonrió cuando asentí en señal de reconocimiento.

Bien.

Por cierto, dijo él. Sube conmigo.

Subimos juntos. Había vuelto a fijar la tabla que yo había arrancado, pero la puerta de la habitación con las cosas de su mujer estaba abierta.

Se me había olvidado por completo. Son las cosas de Nor, todo lo que hay en las cajas y por aquí. Mira a ver si encuentras algo, si hay algo que te apetezca usar.

¿Estás seguro?

Sí, por supuesto, Allis. De lo contrario, todo se quedará así.

Bajó. Vacilé unos segundos, después entré a echar un vistazo. Abrí lentamente la caja más próxima. La ropa estaba doblada a la perfección. Había jerséis de lana fina, blusas de seda, faldas, vestidos; todo tenía un aspecto sencillo y bien cuidado, confeccionado con telas de calidad en colores hermosos. Qué buen gusto tenía. Se compraba ropa en condiciones, daba conciertos, paseaba por la ciudad con el instrumento colgado del hombro, riéndose, botines altos y blusa de seda bajo un abrigo de pelo de camello, de camino al ensayo de la orquesta. Tomaba café en compañía de sus compañeros músicos, en la cafetería de un museo de arte, una persona encantadora, un rostro y unos ojos vivaces, el cabello moreno ondulado, Bagge la abrazaba por las noches.

Alrededor de las cinco bajé y empecé a preparar la cena. Doré la carne y las hortalizas, rocié todo con vino tinto y metí la cacerola de hierro en el horno, a baja temperatura. Supuse que él habría vuelto a bajar al cobertizo. Al parecer, el estudio funcionaba como un pasadizo para ir hasta allí. Ahora ya lo sabía, y él sabía que yo lo sabía. Si a pesar de eso no me ofrecía voluntariamente una explicación, para mí sería natural plantear el tema. Tenía tan pocas referencias que no era capaz de imaginar a qué se podía dedicar Bagge en aquel lugar, pero probablemente se tratara de alguna actividad relacionada con la carpintería.

Me lo encontré en la cocina cuando se acercaba la hora de la cena y había bajado para comprobar si la carne estaba hecha. Él venía directamente de la ducha, el vaho lo envolvía.

La comida estará lista en diez minutos.

Entonces bajaré a por una botella.

Puse la mesa y subí a cambiarme. Cuando bajé por la escalera, él estaba sentado en su sitio, preparado. Parpadeó al verme. Me arrepentí y me sentí avergonzada a medida que me acercaba a él; el vestido se ceñía a mi cuerpo.

¿Te parece mal?

No. Estás preciosa.

Dejé la cacerola en la mesa y le pasé un cucharón. Se sirvió mientras yo giraba el vino en la copa, esperando a que él probase la comida.

Guau, dijo reclinándose en la silla.

¿Está tierna?

Asintió y masticó. Me serví un plato de la humeante cacerola. Comimos en silencio, dando sorbitos al vino, afuera la nieve caía copiosamente. Me sentí avergonzada por hallarme allí con el vestido de su mujer, pero en el espejo me había parecido muy bonito y me quedaba perfectamente. El tejido brillante, de color verde azulado, recordaba a la cabeza de un pato salvaje.

De vez en cuando me lanzaba alguna mirada, distinta a las de antes, ahora me miraba con descaro. Me ardían las mejillas. Aquí estoy, pensé, disfrazada de esposa. Cambié de idea y me juré que no iba a preguntarle por el cobertizo, no quería arriesgarme a que volviese a disgustarse conmigo.

La cacerola estaba vacía, se lo había comido todo, y me miró, casi sorprendido. Se levantó antes que yo.

Tranquila, yo me encargo.

Recogió la vajilla y los cubiertos, lo llevó todo al fregadero.

¿Quieres café?

Sí, por favor.

Cuando nos hubo servido el café y se hubo sentado, el silencio se cernió sobre nosotros.

¿Crees que te quedarás aquí el resto de tu vida?, oí que de repente preguntaba mi voz.

Sí, respondió él como si nada. Estoy completamente seguro de ello.

Pero ¿no tienes que trabajar?

¿Piensas que no trabajo?

No sé. ¿Lo haces?

Me contempló por encima de la taza de café, con ojos de cuarzo.

No era mi intención, pero casualmente di con la trampilla que lleva a tu estudio. Mientras cazaba ratones, no fue por fisgonear.

¿Cazando ratones? ¿Ahora eres un gato?

No sabía a dónde llevaba la escalera, sólo iba a...

Y acabaste en un cuarto vacío.

Creí que habías dicho hace tiempo que eras jurista.

¿Jurista?

Dijiste que te dedicabas a la ley y el orden.

Su mirada se enterneció.

Ay, Allis. Recuerdas absolutamente todo. No se te puede contar nada.

No quería...

Estoy rehabilitando el cobertizo. Pero no puedes verlo antes de que acabe. Te prometo que lo verás cuando llegue el momento.

¿Por qué no puedo verlo?

Tal y como está ahora, te decepcionaría.

Se levantó.

Una copa de oporto nos vendría muy bien, ¿no crees?

Sí.

Se detuvo de camino a la puerta del sótano.

Allis.

¿Sí?

¿Crees que tú también te quedarás aquí el resto de tu vida?

Sí. Eso creo, dije, y me asusté ante mis propias palabras. Una sonrisa se extendió por su rostro, luego desapareció por las escaleras. Una calma repentina me invadió por completo. Bagge regresó con el oporto, sacó dos copas de la alacena y nos sirvió a ambos. Dejó la botella y se quedó de pie a mi espalda, posó las manos sobre mis hombros, unas manos enormes, cálidas contra el satinado tejido del vestido; las mantuvo totalmente quietas, sin decir nada. Empezó a tocarme el cabello, deslizó sus dedos por él varias veces. Reunió la melena en las manos y comenzó a trenzarla. Los dedos, ásperos, rozaban suavemente mi cuello, después colocó la trenza sobre mi hombro izquierdo y me dio la vuelta. Me contempló. Quizá advirtiese algo en mis ojos.

No tengas miedo, dijo sosteniendo mi cara entre sus manos y sentándose en cuclillas delante de mí. No creo que seas ella.

No, dije. Sentí una pena repulsiva en el estómago.

No lo hago, dijo.

Se inclinó hacia mí y me besó suavemente. Luego introdujo los dedos en la trenza y la deshizo y el cabello cayó suelto por mi espalda.

Tú eres Allis.

Asentí.

Ven.

Seguía teniendo mi habitación en el piso de arriba, por si quería leer o pasar tiempo a solas, pero dormía con Bagge. La casa era muy fría por las noches, pero su cama resultaba cálida. Unas veces, él dormía dándome la espalda; otras, abrazado a mí. Yo seguía levantándome la primera para preparar el desayuno. Luego aparecía él y desayunábamos juntos. Después se calzaba, se ponía un enorme jersey y bajaba al cobertizo. Mientras tanto, yo, con las mejillas enrojecidas y la punta de la nariz húmeda, caminaba de árbol en árbol sacudiendo la pesada nieve de sus ramas para impedir que se dañasen, y lo mismo con los arbustos. Había poco que hacer en el jardín, me pasaba los días ordenando la caseta de las herramientas, limpiando los utensilios, barriendo y tirando trastos viejos. Había tomado la palabra a febrero, el mes en que los etruscos veneraban al dios del inframundo y la purificación. De cuando en cuando se daba algún que otro periodo corto con temperaturas suaves antes de que el frío intenso volviese a azotar de nuevo. Había colgado bolas de grasa para los pájaros en el cerezo que había fuera de la terraza, las ramas estaban llenas de pajaritos, que yo contemplaba desde la ventana durante horas.

Faltaba poco para las primeras señales de la primavera. Yo cogía ramas de los árboles, las ponía en agua caliente y manzanos y cerezos florecían enseguida en los alféizares de las ventanas.

Había terminado de seleccionar los enseres de Nor que quería quedarme y había trasladado mi ropa a su cuarto. El resto lo había guardado de nuevo en cajas y él lo había llevado al contenedor que había detrás de la tienda. Me preguntaba si de verdad las cosas podrían ser así, como ahora. Creía que sí. Nuestros días giraban en torno a la buena comida, la lectura, la jardinería y, algunas noches, a hacer el amor. Después de cenar nos sentábamos en un sillón cada uno y leíamos delante de las llamas de la chimenea, conversábamos serenamente sobre la nieve, sobre las campanillas blancas, sobre la primavera.

Tras haberme dejado en paz durante una larga temporada, ese día me observaba con una mirada peculiar. Los estantes estaban más vacíos que nunca, la zona de las verduras se reducía ahora a unas pocas cajas medio vacías con tubérculos comestibles y manzanas desperdigadas. Había que examinar minuciosamente cada cebolla antes de colocarla en la cesta, pues en varias ocasiones había descubierto nada más llegar a casa que detrás de la primera capa estaban podridas. Me miraba descarada allá por donde fuera. Ya sólo por librarme de esto merecía la pena coger el autobús hasta la ciudad para hacer la compra, y además podríamos abastecernos de alimentos no perecederos cada vez que fuésemos, hacer que nos trajeran a casa sacos de judías, lentejas, cereales y arroz y, en el futuro, autoabastecernos de, al menos, gran parte de las verduras. Podríamos establecer contacto con cazadores de la zona y comprarles carne, y adquirir huevos y leche directamente de los granjeros locales. Pescar todos los días. Si hubiese sido por mí, y si hubiese tenido algo que intercambiar, habría vuelto al sistema del trueque.

Veo que llevas un abrigo nuevo, comentó cuando coloqué la compra en el mostrador. Te queda muy bien.

Me había puesto el abrigo largo de invierno de Nor, gris y de lana fina; era increíble que no hubiese caído cuando me vestí para salir.

Gracias. Veo que estás muy atenta.

Me entero de unas cuantas cosas, ¿sabes?

El pelo lanudo y amarillento se le pegaba al rosado cuero cabelludo. A mí me hervía la sangre.

Sí, ya veo.

Recibí el cambio y bajé las bolsas del mostrador.

Bueno, dale recuerdos al *níðingr*.

Me detuve, me volví y la miré directamente a los ojos.

¿Qué has dicho?

Digo que le des recuerdos a Bagge.

Me sostuvo la mirada, sin ceder, y en sus labios se dibujó una sonrisa casi imperceptible.

Quería bajar a verlo al cobertizo, pero no quise molestar y esperé a la cena. Cuando le conté lo que me había dicho la mujer, dejó de masticar. Alzó las cejas, luego la copa, y tomó un trago largo.

¿Ha dicho algo más?

No, sólo eso.

Omití el comentario sobre el abrigo. Él no añadió nada.

Entonces... dije.

No pienses en ello, ordenó, y levantó los cubiertos para seguir comiendo.

Después de la cena fui a comprobar las ratoneras. Las veinte que había repartido por la casa seguían vacías. Cogí una linterna y salí al exterior. Las dos primeras que había instalado fuera del leñero estaban vacías, pero cuando me acerqué a la caseta de las herramientas vislumbré dos sombras oscuras en cada trampa y el corazón me dio un vuelco. Me apresuré a acercarme para contemplar la caza, pero el haz de luz no alumbró un ratón, sino un carbonero común. Oh, no, dije en voz baja, e iluminé la otra ratonera: también había un carbonero ensartado en el duro muelle de acero. No sabía qué hacer, me levanté y seguí comprobando las trampas de la parte trasera de la casa. En dos de ellas había carboneros, mientras que en una tercera encontré un herrerillo que había sido aplastado hasta morir. A la vuelta de la esquina había dos trampas vacías y en la tercera otro carbonero común. Finalmente conté hasta siete trampas vacías y trece pájaros que yacían en el suelo con los negros ojos muy abiertos. Aturdida fui a la librería para buscar información en libros, enciclopedias o donde fuera sobre lo que se podía poner como cebo en las ratoneras que no atrajese a los pajaritos.

¿Qué ocurre?, me preguntó Sigurd.

Hay pájaros en las ratoneras.

¿No hay ratones?

No, sólo un montón de carboneros aplastados.

Dejó el libro que estaba leyendo sobre el regazo.

¿Qué pusiste como cebo?

Tocino.

Te recomiendo que pruebes con algo de fruta dulce, a los ratones les gusta.

¿Fruta?

O pon una caja nido grande en la linde del bosque a ver si consigues que se instale un cárabo. No hay mejor cazador de ratones, y el bosque está lleno de ellos.

¿De veras?

¿Has enterrado los pájaros?

Bajé la mirada.

Todavía siguen en las ratoneras. Yo...

Cogió de nuevo su libro.

Es parte del trabajo, dijo lanzándome una mirada severa.

Aquella noche soñé con los carboneros que había enterrado antes de acostarme en una fosa común detrás de la pila de leña. En mi sueño había carboneros desperdigados por todas partes, apilados en montoncitos por los rincones de la casa, en la bañera, y todos tenían los ojos abiertos y sus plumíferos cuellos estaban rotos, las cabezas, con los pequeños picos, colgaban sin vida. Yo llevaba el reluciente vestido verde, iba por la carretera nacional en bicicleta, sin luces, y la cuneta estaba repleta de pajarillos; en algunos puntos incluso yacían en medio de la carretera, era inevitable no pasar por encima de algunos. Cuando entraba en la tienda, la mujer se encontraba, como de costumbre, detrás del mostrador, con el rostro cubierto por una máscara de águila.

A mitad de la noche me despertó un alboroto en el recibidor. Estaba sola en la cama. Oí que se cerraba la puerta de la calle. Eran casi las cuatro. Poco después entró Bagge en el dormitorio, se quitó la ropa y se metió bajo el edredón. Hice todo lo posible por respirar con normalidad, sin llamar la atención. Su pecho se elevaba y descendía aceleradamente, con dureza, yo estaba acostada dándole la espalda y veía su sombra en la pared. ¿Qué demonios había estado haciendo fuera a estas horas? Al entrar lo rodeaba un halo demoníaco, me acordé del cuento del Rey Oso Blanco. Me rodeó con un brazo, noté su cálido aliento en la nuca y me calmé.

Llevé la bicicleta andando a través del bosque hasta la carretera. Al llegar me sorprendió encontrar la tienda a oscuras y cerrada. Un suspiro de triunfo me recorrió. Bueno, no iba a conseguir fruta para las ratoneras, pero quizá no volvería a ver su entrometida mirada de halcón. Di la vuelta y regresé a casa pedaleando, inclinada sobre el manillar de cuerno de toro, aunque con la

espalda recta y animada por dentro, con una sensación formidable de que se había hecho justicia. Cuando llegué a casa, él estaba en el patio con el hacha en la mano y un pequeño montón de leña recién cortada detrás.

La tienda estaba cerrada.

¿Ah, sí?

Pero no necesitamos gran cosa, por lo menos para los próximos dos o tres días. ¿Te ayudo a apilarla?

Sí, por favor.

Traje la carretilla y empecé a cargar la leña.

Era horrible ir a comprar allí y no saber nunca qué se le podía ocurrir decirte.

Sí, dijo. Ya no te molestará más.

Acabó de cargar la carretilla y la empujó por el espacio que quedaba entre el montón de leña y donde estaba yo, que coloqué cada leño en su sitio. Había copos de nieve minúsculos danzando en el aire, la última nevada que caería aquel invierno. Llevé una brazada de leña a la casa y encendí la chimenea.

Las mañanas de abril seguían siendo frías. Después del desayuno salimos al jardín con los gorros puestos y con unas tijeras cada uno. Él podó los frutales, mientras que yo me encargué de los arbustos de bayas. Él andaba en círculos alrededor de los árboles, una y otra vez, cortando una rama aquí y otra allá, seleccionándolas con esmero. Después recogimos las ramas y las ramitas y me lo llevé todo en la carretilla. Cuando regresé, él estaba midiendo el césped a pasos a lo largo de la cerca de piedra, hasta el huerto.

Por la noche tomó té en la cocina mientras yo cortaba las hortalizas de raíz para asarlas en el horno.

¿Qué ocurrió con Hermod?, preguntó dejando la taza.

¿Hermod?

¿Recuerdas cuando me contaste la historia de Balder? Hermod cabalgó hasta Hela para ofrecerle un rescate a cambio de Balder, para sacarlo del inframundo y llevarlo de vuelta a Asgard.

Hermod, sí. Qué buena memoria.

Tuve que pensar un instante.

Cabalga durante nueve noches en la oscuridad más profunda, dije, y me senté a la mesa. Cruza el puente Gjallarbrú, hasta llegar a las altas vallas que rodean la morada de Hela. Hermod clava las espuelas en *Sléipnir* y saltan la valla. Desmonta y entra. Allí ve a Balder sentado en el trono.

Su hermano.

Sí. Hermod le comunica a Hela su misión. Le cuenta que tanto los dioses como los seres humanos están de luto por Balder, y en nombre de Frigg, le ruega que le deje llevarse a Balder a Asgard. Hela responde que lo hará con una condición: que todo lo que existe en el mundo, cada cosa, ya sea un ser vivo o algo sin vida, debe llorar por Balder. Si todos lo hacen, éste podrá regresar. No obstante, si hay una sola cosa que no lllore, Balder permanecerá a su lado. Balder acompaña a Hermod y le devuelve el anillo Draupne, para que se lo lleve a Odín como obsequio. Hermod cabalga hacia Asgard con el mensaje de Hela y los dioses mandan avisar a todo lo que existe en el mundo para que lloren a Balder, y así pueda salir de Helheim. Todos prometen hacerlo. Todos salvo una anciana gigante que se hace llamar Thok, con la que

los emisarios de los dioses se encuentran cuando regresan a casa. Cuando le piden que llore por Balder, ella responde: ¡Thok derramará lágrimas secas por la incineración de Balder! Deja que Hela se quede con lo que tiene.

Loki, susurró él.

Sí.

Y Balder tiene que quedarse con Hela.

Sí.

¿Y Loki?

Lo descubren, lo torturan y lo encadenan con los intestinos de su propio hijo, y los intestinos se convierten en hierro. Sobre Loki cuelga una víbora que le gotea veneno en la cara y le ocasiona unos dolores atroces. Sigyn, la esposa de Loki, va recogiendo las gotas de veneno en una pequeña vasija, pero cada vez que ésta se llena y debe vaciarla, cae una gota sobre Loki, que de tanto dolor se estremece ¡y tiembla la tierra! Y es el terremoto.

Ella debería dejar que se cumpla su castigo.

Todos le desean el mal, no tiene a nadie. Me parece conmovedor.

Me lanzó una mirada oscura.

Es fácil amar a Balder, todos lo amaban. Pero imagina amar a Loki, dije.

Ella le impide expiar sus culpas.

Suspiré.

Yo haría lo mismo por ti, dije, y me sonrojé de inmediato.

Me miró brevemente. A continuación gruñó algo dentro del jersey, se volvió, introdujo los pies en las botas y salió. Sin una palabra atravesó la terraza pisando con fuerza y dejándome boquiabierto. Su ancha espalda desapareció abajo, en el jardín. Pensé que jamás le había dicho algo tan hermoso a un hombre, y que eso era lo que conseguía a cambio. Recogí los restos desechados de las hortalizas bastante nerviosa. Qué injusto, ¿qué clase de respuesta era ésa? Me había mostrado vulnerable y su respuesta había sido marcharse. Froté la tabla de cortar con movimientos bruscos, enjuagué y escurrí el trapo, luego subí a mi habitación y me tumbé apesadumbrada sobre la cama. Todavía faltaba tiempo hasta la hora habitual de acostarme, pero decidí quedarme allí hasta entonces. Así él podría reflexionar, dormir solo y meditar sobre si eran maneras de comportarse. Permanecí inmóvil, con los ojos cerrados con fuerza, pero con los demás sentidos alerta. Un poco después de las once lo oí abajo. Algunos pasos, se detuvo, luego algunos pasos más. Vacilante. Irritante. Después entró en el cuarto de baño. Al cabo de un rato entró en el dormitorio y cerró la puerta. Me di la vuelta en la cama y, con la cara pegada a la almohada, lloré de ira. Sólo unos instantes, dos o tres

sollozos ahogados, antes de calmarme, respirar profundamente y conciliar al fin el sueño.

Estaba sentado a la mesa de la cocina cuando bajé. Durante mi infancia y mi juventud y aún ahora, en mi vida adulta, mi orgullo improductivo había hecho que jamás, jamás, tomase la iniciativa para una reconciliación. Pasé de largo sin mirarlo ni decir nada, cogí una taza del armario, me serví café y me senté. Esto dependía de él.

Allis.

Lo observé.

Lo siento.

El nudo que llevaba dentro se deshizo, cogí su mano.

Yo también.

Mira, dijo, y se volvió hacia atrás. Alzó una caja de color claro, enorme, de más de medio metro de altura. En la parte delantera había un gran agujero.

Es una caja nido de cárabo. Para tus ratones.

¿De verdad?

Podemos instalarla hoy. Si quieres.

Me encantaría.

Hay que colocarla a una altura considerable, por lo que debemos ir los dos.

Levanté la caja, los bordes de la madera clara estaban bien cepillados, abrí la tapa y miré dentro, el fondo estaba cubierto de serrín. El nido estaba listo para instalarse.

¿La hiciste ayer?

Asintió.

Es posible que la primavera esté demasiado avanzada como para atraer a un búho de inmediato, pero lo intentaremos.

Bagge se detuvo a unos treinta metros en el interior del bosque. Dejamos la escalera en el suelo.

Aquí, dijo.

Era un pino muy alto. El bosque que lo rodeaba no era demasiado denso.

¿Quién sube, tú o yo?

Tú, dije.

Ató una fina cuerda alrededor de la caja. Levantamos la escalera y la apoyamos contra el tronco, él se llevó el cabo de la cuerda y empezó a subir. Sujeté la escalera, por seguridad. Supuse que la húmeda goma de la suela de sus zapatos resbalaba en un peldaño; se me revolvió el estómago imaginando que se caía y se golpeaba la cabeza contra...

¡Allis! ¡Suelta la cuerda!

Sí, disculpa.

Él siguió subiendo. Se encontraba a unos tres o cuatro metros por encima de mí.

¿Está bien así?

El corazón me latía con fuerza, me producía malestar verlo tan arriba.

Cinco metros, me avisó a voces. Miré al frente, los ojos clavados en el tronco mientras agarraba la escalera con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. A cada peldaño que él subía, la escalera se sacudía entre mis manos.

¡Ahora, Allis!

Alcé la vista. Estaba en uno de los escalones más altos, más de la mitad de su cuerpo al aire, se abrazaba al tronco con un brazo para sujetarse.

¡Pásame la caja!

Me estiré hacia la caja sin soltar la escalera, muerta de miedo por si me tropezaba con algo; se me encogía el estómago sólo de pensarlo. Empezó a izar la caja tirando de la cuerda, era un puntito en lo alto del pino. No fui capaz de mirar cuando empezó a atar el nido. La escalera se agitaba, oscilaba de un lado a otro, me apoyé contra ella con todo mi peso para darle estabilidad. Dejó de sacudirse. Alcé la vista. Él miró hacia abajo, hacia mí, con un gesto extraño.

No dijo nada.

Volví a mirarlo allí arriba.

¿Qué?

Soltó el árbol y se quedó suspendido, balanceándose en el cuarto peldaño de la escalera.

Voy a saltar.

¡No está lo suficientemente alto!, solté sin pensar.

Empezó a reírse, sorprendido.

Tienes razón.

Empezó a bajar. Cuando llegó a mi lado, me abrazó. Yo estaba sudando y tenía frío, tiritaba. Me acarició el pelo, se rió un poco, y cuando me soltó,

señaló arriba: El año que viene tendrás un búho de vecino.

Sabes que los ululatos del cárabo auguran la muerte, ¿no?

Sí, la muerte de los ratones, repuso.

Paseamos entre los árboles, yo quería ver si habían aparecido las primeras anémonas de bosque. Él iba detrás de mí.

Atisbé una masa blanca cerca de un claro y allí nos dirigimos. Al acercarnos me di cuenta de que era el mismo lugar al que yo había llegado el año anterior, el claro del bosque donde había un círculo negro. Él se detuvo, mientras que yo me acerqué. Me volví hacia él.

¿Qué ha ocurrido aquí?

¿Aquí?

Alguien tiene que haber encendido una hoguera.

Es posible.

Me acuclillé. Él me alcanzó. Rebusqué con las manos en la hierba hasta que encontré algo. Se lo mostré.

Un clavo.

Sí, dijo él.

Seguí buscando. Aparecieron dos, tres, cuatro más. Todos ennegrecidos por el hollín.

Debe tratarse de materiales viejos de construcción que alguien ha quemado.

Él permaneció callado.

Aquí hay más.

No son clavos comunes, son de cobre.

¿De cobre?

Son los clavos que se usan para unir los tablones de las embarcaciones.

Lo miré extrañada. No respondí, esperé a que siguiese hablando. No mostró señal alguna de querer compartir nada más. Me levanté.

Ahí tienes tus anémonas de bosque, dijo, y señaló un montoncito blanco que resplandecía entre el verde. Estaban húmedas por el rocío. Me incliné y junté un pequeño ramillete. Se había instalado un silencio entre los dos que resultaba palpable.

¿Regresamos?

Espera, dijo.

Me detuve. Estaba en medio del círculo negro. El sol y las sombras salpicaban su rostro.

Es el bote.

Se volvió hacia mí.

Quemé mi bote aquí.
¿Por qué?
No respondió.
¿Por el accidente?
Asintió.
¿Cómo conseguiste traerlo hasta aquí?
Lo arrastré.
¿Lo arrastraste? ¿A través del bosque?
Negó con la cabeza.
Por el jardín.
¿Cómo?
Lo arrastré por las escaleras, a través del jardín y luego hasta aquí.
No me lo creo. ¿Un bote? Es demasiado pesado.
No respondió.
¿Por qué lo hiciste?
No dijo nada.
¿Por qué quemaste el bote?
No lo quería.
¿Fue hace mucho?
Justo después del accidente.
¿Lo arrastraste hasta aquí solo?
Volvió a asentir.
¿Después del accidente no se inició una investigación? ¿No vino nadie a examinar el lugar de los hechos?
Lo quemé cuando ya habían estado aquí.
Permanecemos de pie.
Haces demasiadas cosas extrañas, dije. Me asusta.
No dijo nada. Me pareció ver de soslayo que torcía el gesto. Se subió la cremallera del jersey de lana hasta el mentón. Después se quedó quieto, con las piernas separadas en sus botas de montaña.
Si yo hubiese sido igual de rara, tal vez...
Se dio la vuelta.
Pero no lo soy. En realidad, soy una persona bastante normal y corriente.
Su gesto se suavizó.
Tú, dijo. Tú no eres nada común.
Sí, sí lo soy. Lo lamento si te he hecho creer otra cosa.
Tú y yo, Allis, dijo, y me sonrió. Todo es diferente. Tú estás aquí.
Su voz sonaba de repente liviana y liberada.

¿Volvemos al sendero?

Lo seguí por el bosque, nos alejamos del lugar de la hoguera.

¿Y luego?

¿Luego qué?

¿Qué hiciste después de quemar el bote?

Me rodeó la espalda con un brazo, me agarró el hombro con la otra mano.

Recuerdo muy poco, casi nada. Me derrumbé. Y de golpe habían pasado varios años.

¿Qué ocurrió?

Hace un año desperté y miré a mi alrededor. Había dejado que la casa se deteriorase. Observé el jardín. No amaba ese jardín, y estaba a punto de morirse, como ella. Pero yo no era capaz de tocarlo. No habría hecho más que empeorar las cosas ahí también. Arreglé la casa por dentro y por fuera, hice lo necesario. Pero el jardín lo dejé. Cuando la visitaba, le hablaba sobre todo lo que medraba y crecía en él. Pensé que, mientras hubiese vida en el jardín, algo seguiría vivo también en ella. Pero nada de lo que le decía era cierto. Y ella fue empeorando progresivamente. Entonces busqué ayuda.

Sentí una punzada de cargo de conciencia. Menuda ayuda. Si lo hubiese sabido, me hubiera aplicado más en perfeccionar mis habilidades como jardinera.

Se detuvo y se volvió hacia mí.

Y llegaste tú.

Sí, exactamente, pensé pesimista. ¿Qué había hecho desde entonces? Sólo había removido un poco de tierra antes de poner todo mi esfuerzo en ir detrás de Bagge. Me acarició la mejilla con una mano, sostuvo mi mentón con firmeza, lo soltó. Seguimos caminando.

Pero no sirvió de nada, dijo.

Respiró hondo.

La noche del eclipse lunar, Allis. Lo siento muchísimo.

No importa.

Lo único que pensé es que tenía que alejarte de mí. Que éste no era un lugar seguro para ti, que soy una persona que destruye a los demás.

Sabías que volvería.

¡No!, dijo. Me alegré de que lograses escapar.

No digas eso.

Me abrazó y me besó la cabeza, me sopló en el cabello.

Salimos del bosque llevando la escalera entre los dos, caminamos sobre el brezo y bajamos la pendiente del jardín. El sol primaveral descansaba sobre

las cimas de las montañas, el cielo tenía un color amarillo pálido, el aire era puro.

No te apañas solo, dije.

No.

El asado reposaba en la encimera. Él estaba junto al fogón, preparando una salsa de vino tinto.

Si vamos a estar así..., empecé.

¿Sí?

Si esto va a ser una unidad doméstica, entonces tendremos que hablar de ciertos temas.

Asintió.

De cómo vamos a sobrevivir, entre otras cosas.

Me miró.

Por ejemplo, dije, ¿tenemos dinero?

El único gasto es tu sueldo.

No me pagas desde agosto del año pasado.

Es que no me has presentado las facturas, dijo batiendo la salsa con vigor en la pequeña cacerola.

Creía que trabajaba en negro.

Reservé la carne y agregué su jugo a la cacerola.

Tal vez sea hora de pensar en volver a trabajar. Antes o después tendré que hacerlo.

¿Tienes que hacerlo?, dijo. Yo pensaba que ahora trabajabas para mí.

Bueno, trabajar, lo que se dice trabajar...

¿Cuánto dura en realidad un escándalo?, pensé. Hoy en día, no demasiado, la gente tiene suficientes problemas propios y olvida muy rápido, un escándalo en sí no es nada, hay que seguir alimentando el fuego, necesitan vergüenza fresca. Este país es tan pequeño que nadie se atreve a destrozar por completo a los demás, sólo un poco, pues todo el mundo sabe que mañana podría tocarte a ti.

¿Tienes ingresos?

Sacó el colador del cajón y empezó a colar la salsa en una salsera. No respondió.

¿A qué te dedicas?

No puedo decírtelo, susurró mientras la salsa de color rojo oscuro iba cayendo en un fino chorro a la salsera; me resultó imposible distinguir si

estaba bromeando o si hablaba en serio.

¿De veras?

Dejó la cacerola y el colador y me observó, midiéndome, con una ceja alzada, como si dudase de que yo pudiera comprenderlo. Exmilitar, espía; se me había pasado varias veces por la cabeza que podía dedicarse a algo relacionado con los servicios de inteligencia. De repente me sentí molesta por que no quisiese compartirlo conmigo.

¡Venga, dímelo y ya está! ¿Estás en un programa de protección de testigos o algo por el estilo?

Me clavó los ojos. Luego estalló en carcajadas. Yo había leído que algunos testigos se sometían a intervenciones de cirugía estética, se extraían dientes y llevaban a cabo procedimientos semejantes para resultar irreconocibles, incluso había llegado a imaginarme cuál sería su aspecto en realidad, y ahora Bagge se reía con ganas, la cabeza hacia atrás, hasta que consiguió recobrar la compostura.

Lo siento, dijo entonces. Te estoy tomando el pelo.

Pues para ya.

Simplemente temo que pierdas el interés por mí si se acaba el misterio.

Evité mirarlo a los ojos porque, de alguna manera, estaba de acuerdo, lo había pensado en varias ocasiones: ¿era posible que mi interés se debiese al misterio que lo rodeaba? Me obligué a mirarlo.

Bobo, dije.

Allis, dijo con seriedad. Puso la salsera en la mesa. Puesto que has sido tú quien ha sacado el tema, será culpa tuya si te decepcionas.

Está bien.

Respiró profundamente.

Soy carpintero.

Lo miré. Él me devolvió la mirada, serio.

¿Carpintero?

Asintió despacio.

Tuve una sensación de alivio y decepción al mismo tiempo. Si lo que me contaba era cierto, entonces sí, el misterio se había acabado; pero no por ello dejaba de sorprenderme, porque no se me había pasado por la cabeza ni por asomo. ¿Un artesano? ¿Y esos aires aristocráticos que se gastaba? ¿Tenía a mi lado a un carpintero, a un simple carpintero? Sentí que el oscuro cielo que se cernía sobre él empalidecía ahora que aquella neblinosa incertidumbre había sido despejada. Pero tal vez fuese para bien. Sólo Dios sabría cuánto tiempo hubiese soportado andar de puntillas a su alrededor, muerta de miedo por si

cometía el más mínimo error. No obstante, ahora que sabía que era carpintero, me resultaba evidente, aunque en realidad apenas sabía en qué consistía su trabajo, la carpintería. Fue como si perdiese valor, debía admitirlo; yo tenía una educación superior, era un personaje público, mientras que él... ¡Uf! No. Las exquisiteces que le había preparado, las horas empleadas en cocinar porque tenía la sensación de estar haciéndolo para alguien de la nobleza, un conde, alguien que había nacido con buen gusto, que reconocería enseguida si se trataba de un caldo simplón o..., ahora el esfuerzo me parecía inútil. Él se lo habría zampado todo sin más.

¿Estás sorprendida?

No me lo imagino, dije, tratando de recomponerme. Es que no te he visto... Durante el tiempo que llevo aquí.

No, dijo. Pero mañana nos ponemos con las jardineras para el huerto.

Me dije a mí misma que debía abrazar a aquella nueva persona, a aquel Bagge carente de misterio; debería estar contenta, podía enseñarme a trabajar la madera, iríamos a pescar, podríamos cultivar juntos el huerto, tener un invernadero, una embarcación, pescar con redes, todo lo necesario para sobrevivir.

Trinché la carne, la coloqué en la mesa.

Estaba trabajando, pero..., dijo. Cuando ella enfermó, tuve que tomarme un descanso. Mi intención era dejarlo por una temporada, pero no fue así. Ahora que Nor no está, tal vez pueda seguir adelante de alguna manera, volver o...

En un destello me la imaginé tumbada en el muelle, en bikini, con el pelo recogido en un moño en la nuca, delgada. Debía admitir que sentía una especie de consuelo, o cierta seguridad, al saber que había estado casado, tenía que ser buena persona a pesar de todo, un hombre con el que una mujer podía estar. No era simplemente que yo me dejase engañar, o que tuviese el listón bajo: Bagge había sido aprobado por una tercera parte independiente. No obstante, cada vez que me comparaba con mujeres imaginarias, tendía a salir perdiendo.

Me miró entre los candelabros. ¿Me lo notaba? ¿Lo superficial que era? Aquella sensación inesperada de estar llevando, de golpe, una vida normal y corriente. Pero, al fin y al cabo, quizá nada podría ser mejor. ¿No era justo eso, precisamente eso, lo que deseaba? ¿No era eso la salvación, lo más puro, una vida normal, sin ambiciones sociales, dedicarme sólo a cuidar de la casa y el jardín, leer, quizá formar una familia? Lo miré. Me encontraba en este

lugar. Prácticamente casada, pensé, con un carpintero, un viudo descomunal de los bosques, hermoso, moreno, hábil con las manos. Es un milagro.

Un hombre de los bosques, dije. Hay pocas cosas más eróticas.

Sí, ¿verdad? Ven aquí.

¿Cómo?

Siéntate aquí.

Me levanté y me senté en sus rodillas. Me rodeó con el brazo, nos quedamos así; inhalé su aroma, el olor a madera quemada y mar crudo, enterré la nariz en su nuca y su cabello, la barba rala me raspaba la piel. Un hombre de los bosques.

Me he preguntado tantas veces qué es lo que tienes, murmuró en mi pelo.

¿Qué es lo que tengo?

Yo era como una piedra hasta que llegaste tú.

Eras como una piedra también mucho tiempo después de que llegase, dije.

Sonrió contra mi oreja.

Y sigues siéndolo, pensé.

Pero entonces, dijo.

Sí, ¿qué es lo que pasó en realidad?

Eso es lo que me pregunto. Todo cambió de repente. Deseaba pasar tiempo contigo. Estabas en la cocina, siempre, incluso cuando no debías.

Sí, dije. Sí. ¿No fue así como empezó? De repente estabas ahí, conmigo.

Sí, dijo él. Su mano se deslizó por mi espalda.

Había algo, pensé, tenía entonces una sensación indefinida de que algo no iba bien, pero ¿el qué? Me vi cortando las verduras, sirviendo el pescado en los cuencos soperos, adornándolos con hierbas aromáticas por encima; él estaba esperando sentado a la mesa. Me golpeó como una bofetada fría: el libro azul. Las recetas. El olor a la comida de su mujer.

Allis.

La comida se mantendrá caliente un rato más, dije.

Me alzó en sus brazos.

Extraño. Es extraño cómo todo es posible, pensé mientras flotaba sobre el suelo.

Volvió del cobertizo mientras yo estaba regando el huerto. El sol abrasaba, llevaba varias semanas sin llover. Yo temía que el calor acabase con todo y regaba varias veces al día. Bagge se acercó, tenía un aspecto extraño, alegre, liviano, me rodeó con un brazo y me besó; el pelo húmedo de sudor, la camisa se le pegaba al cuerpo.

¿Quieres almorzar?

Asintió.

Cogí unas hojas de lechuga y un par de tomates y preparé unos sándwiches en la cocina. Cada semana hacía pan. La tienda todavía estaba cerrada, pero no nos importaba, cogíamos el autobús a la ciudad cuando necesitábamos algo. Yo había empezado a estudiar seriamente todo lo relacionado con la cría de gallinas y conejos, con la intención de que en un futuro pudiéramos autoabastecernos de carne.

Comimos bajo el cerezo, unos días atrás yo había tratado con aceite las sillas y la mesa. La hierba me hacía cosquillas en las plantas de los pies, el sol me calentaba las piernas.

Hace demasiado calor para trabajar, dije.

Así es, dijo él. Suspiró y se reclinó en la silla. Estaba bronceado por el sol y tenía el rostro reluciente.

¿Vas bien con el cobertizo?

Volvió la cabeza hacia mí, se protegió del sol con la mano y sonrió.

Acabo de terminar.

¿En serio?

Asintió, parecía alegre.

¿Puedo bajar a verlo?

Mañana, dijo.

¿Por qué?

Me queda un pequeño detalle.

De acuerdo, esperaré.

Se había pasado prácticamente días enteros allí abajo desde que yo estaba en aquel lugar, también al principio, cuando yo pensaba que trabajaba en su

estudio. En realidad no entendía qué era lo que podía llevarle tanto tiempo, y menos teniendo en cuenta que era su profesión.

Me senté en el suelo a la sombra del cerezo. El sol quemaba. Él estaba reclinado en la silla, sin camisa y adormecido, con gotas de sudor en la frente y una brizna de paja en la boca. Las ramas de los arbustos se torcían bajo el peso de las bayas negras y rojas. Eché un vistazo al huerto. Rebosaba de lechugas, rábanos, repollos, hierbas aromáticas. Me había pasado la mañana aporcando las zanahorias y las patatas, colocando tablas de madera impregnada para poder moverme entre las hileras; ya casi no me necesitas, me había comentado él al verme en plena faena. Le eché una mirada furtiva, estaba durmiendo al sol. Cerré los ojos.

Cuando desperté, se alzaba frente a mí. El cielo tras él estaba rosáceo.

Un baño nocturno, dijo. ¿Lo descartarías por completo?

Sí, pero puedo mirar.

¿Por qué no quieres bañarte?

No me gusta. Nunca me ha gustado.

¿Le tienes miedo al agua?

¡No, sólo que prefiero emplear mi tiempo en otras cosas!

Se rió de mí. Lo acompañé por la escalera de piedra, me senté sobre el cálido muro. Él se desvistió y se tiró al fiordo.

¡Allis!, dijo a voces desde el agua, ¡está muy buena! ¡Tienes que meterte!

Me reí, negué con la cabeza.

Voy a subir a por un libro.

El congelador estaba lleno de hielo, que eché en un cubo. Descorché una botella de vino blanco, cogí dos copas y lo metí todo en el cubo. Agarré una manta, me la coloqué bajo el brazo y me encaminé nuevamente al muelle. No lo vi, no estaba ni en el muelle ni en el agua, debía de haber nadado fiordo adentro. Eso me bastó para sentir una punzada de inquietud en el estómago; tuve otra vez aquella sensación que ya había tenido desde que había regresado, que necesitaba que alguien cuidase de él. Dejé el cubo y miré a mi alrededor, el fiordo estaba en calma, no había ni rastro de Bagge. No me apetecía ponerme a dar voces y subí hasta la mitad de la escalera para poder ver mejor, pero tampoco vi nada. Volví a bajar corriendo y me quedé ahí, desconcertada, respirando con dificultad, me acerqué al borde del muelle, no sabía qué hacer aparte de buscarlo con la mirada por si aparecían en el agua su cabeza, sus brazos, y estaba a punto de quitarme la camiseta y saltar al

agua cuando abrió la puerta del cobertizo y salió, vestido con pantalones largos y con una toalla en la mano. Descubrió la improvisada cubitera y se le iluminó el rostro. Me di la vuelta y sonreí como si no hubiese ocurrido nada. Se secó la espalda y se sentó en el muelle. Fue en ese momento cuando vi unas huellas, de sus pies, que recorrían el trayecto del fiordo al cobertizo; qué imbécil era, siempre tendía a buscar las peores explicaciones. Me senté a su lado y serví una copa, se la entregué; preparé otra para mí, brindamos. Tenía el pelo húmedo y brillante, era tan hermoso que me dolía verlo; él bebía vino y contemplaba el fiordo. Suspiró. Me recosté, el sol todavía se alzaba por encima de las montañas; aún faltaban unas horas para que anoheciera. Una brisa muy suave hizo que la piel se me erizase. Tan aterrorizada, tan aliviada. Se estiró para recoger su camisa, introdujo los brazos en las mangas.

E imaginar que justo tú ibas a venir aquí, Allis.

Sí. Imagínatelo.

Me volví y le abroché la camisa. Lo miré.

Nunca me has dicho cuántas personas solicitaron el puesto.

Sonrió y bajó la mirada.

Fuiste la única.

¿De verdad?

Sí, claro. ¿Qué clase de gente iba a querer un trabajo así?

Yo pensé que por lo menos habría un par de candidatos más.

Negó con la cabeza.

Sólo tú, boba. Me dio un suave empujón con el dorso de la mano.

Pues sí, supongo que lo soy.

El sol se hallaba justo por encima de la cresta de la montaña. Lo miré furtivamente, mordiéndome el labio.

Tengo que confesarte una cosa.

¿El qué?

Sabía muy poco de jardinería antes de venir.

Rellenó nuestras copas de vino. Dejó la botella y apoyó la cabeza en el muro.

Me di cuenta enseguida.

Una franja metálica ardía sobre la cresta de la montaña. El fiordo refulgía ante nosotros.

Lo siento muchísimo. Si hubiese sido consciente de lo importante que era para ti el jardín...

Negó con la cabeza.

No. Era una especie de superstición. A falta de esperanza.

Aun así.

No, Allis. Olvídalo.

Bebí despacio.

Hará una noche magnífica para quedarse despierto hasta tarde.

Quiero estar despierta toda la noche, dije.

¿De veras?

Sí.

Me acarició la espalda.

¿Tienes frío?

No.

Oímos los graznidos lejanos de las gaviotas. Cerré los ojos. Escuchaba atentamente el vaivén del mar, el vino me calentaba por dentro. Tanto el cielo como el fiordo tenían un viso amarillento, color miel.

¿Te enseño la playa?, dijo de pronto.

¿La playa?

Está un poco más para allá.

Se levantó, me ofreció la mano para ayudarme a ponerme en pie. Cogió la cubitera y fue detrás del cobertizo por delante de mí, se subió a las lisas rocas. Ten cuidado, me dijo. Ascendí tras él. Las rocas todavía acumulaban el calor del sol, clavelinas de mar de color púrpura pálido emergían de las grietas. Caminamos juntos por el terreno rocoso, corría una brisa suave, me cogió de la mano. Al cabo de unos cientos de metros hacia el sur, bordeando la linde de las rocas, el terreno se allanaba y apareció ante nosotros una franja estrecha de arena, había marea alta. Me quité las sandalias y caminé sobre la cálida arena, el cielo había adquirido un color anaranjado, la hierba que crecía donde se acababa la arena tenía un tono azulado.

Qué bonito, dije, y me volví hacia él. La brisa jugueteaba con su cabello. Llevaba una mano en el bolsillo, el cubo en la otra, su piel tan oscura debajo de la camisa clara. ¿Ahora qué?, pensé. ¿De verdad las cosas son así, pueden ser así? ¿Tengo una vida aquí ahora? Una vida que, hace un año y medio, parecía haberse acabado. No obstante, lo había conseguido a pesar de todo, había empezado de nuevo. Quizá. Las olas bañaban silenciosas la playa, purificando la arena. No pensé que pudiera. Un enorme tronco blanco en la arena. Me detuve, me senté en él. Él vino detrás. Sentía un hormigueo en la piel, se me erizó, me había quemado. No obstante, me resultaba agradable. El hombro de Bagge apoyado contra el mío, el cubo en la arena, entre los dos. Me llevé la botella a la boca, goteaba por el hielo derretido; noté cómo el vino, tan fresco, se deslizaba por mi garganta. Le pasé la botella mientras le

acariciaba suavemente la nuca, mi mano recorría su cabello. Me sentía demasiado feliz como para llorar y demasiado triste como para sonreír, las dos cosas al mismo tiempo. No sabía a qué se debía, pero deseaba poder sentirme más ligera. Por primera vez estaba prácticamente libre de preocupaciones, pero aun así mi cuerpo se hallaba en tensión, en un estado de alerta permanente. Pensé en él, creía o incluso sabía que sentía lo mismo, sin comprender por qué. Yo quería que fuésemos sólo nosotros dos, si es que eso era posible. Tenía que hacer de tripas corazón y llamar a Johs un día de éstos, para solucionar las cosas. Era increíble hasta qué punto lo había ido postergando, dejando que todo siguiese su curso sin más; se me hizo un nudo por dentro.

Es posible, dijo de repente.

¿El qué?

Esto.

¿Tú crees?

Sí, Allis. Al principio no, pero ahora sí.

¿Crees que lo mejor está por venir?

Sí, eso creo.

Algo estalló en mi pecho, me sentí ingrávida. Oí cómo inspiraba profundamente y luego soltaba un pesado suspiro. Inclino la cabeza.

Allis, pensaba hacer algo terrible. Pero tú me salvaste.

¿A qué te refieres?

Estaba sentado con la cabeza gacha.

¿Qué pensabas hacer?

En ese mismo instante se oyó el graznido de una gaviota justo al lado, di un respingo, alcé la vista y vi cómo el ave se lanzaba de cabeza hacia mí; solté un chillido y la esquivé, percibiendo cómo cerraba el pico a poca distancia de mi oreja antes de remontar el vuelo con la misma rapidez con la que había venido. Desapareció. Luego se oyó un nuevo graznido, un zumbido en el aire, me agaché; noté unas garras tirándome del pelo antes de que la gaviota alzase el vuelo otra vez. Bagge se levantó bruscamente y me agarró del brazo. Más gaviotas acudieron, me levanté de un salto, Bagge tiró de mí. Dos de los pájaros se precipitaron hacia mi cabeza, grité; un aletazo en la cara, sus ojos redondos, el pico, me agaché, él me llevó a rastras.

¡Ven!

Me protegía la cara con el otro brazo, oía el batir de las alas en el aire, eché a correr tambaleante por la playa, un pico se cerró de golpe a poca distancia de mi cuello, volví a gritar. Eran tres o cuatro gaviotas, se lanzaban

sobre nosotros, vi a una criatura blanca abalanzarse sobre Bagge, él la esquivó, echamos a correr, las gaviotas graznaban, volví a sentir sus garras en el pelo. Lloraba conmovida, sentía que el mundo estaba del revés, corríamos por la playa. Aleteos furiosos atravesando el aire y picos contra la mejilla, rasgándome la piel. Conseguimos salir de la playa y subimos a las rocas lisas, corriendo a toda velocidad, agachados, los ojos apretados; querían sacarnoslos. Los aleteos se acercaron de nuevo, un picotazo en la oreja, les grité con todas mis fuerzas: ¡Parad! Bagge me arrastró hacia el bosque, mis pies desnudos sobre las piedras y la hierba, hacia los árboles, a salvo de los graznidos, de las garras. Nos detuvimos, las gaviotas habían desaparecido.

Se inclinó, apoyó las manos en los muslos y resolló.

¡Allis! ¡Lo siento muchísimo!

Lo miré con las mejillas húmedas de lágrimas y sangre. Me miró aterrado.

¿Te han herido?

¡Sí!

Dios mío, Allis, deja que te vea.

El pecho me ardía, me costaba respirar.

¡Querían matarme!

Nos hemos acercado demasiado a sus huevos, Allis.

Me llevé la mano a la oreja, sentía una quemazón, palpé algo húmedo con las puntas de los dedos.

Jamás habían sido tan agresivas. Jamás. Normalmente sólo atacan para ahuyentar a la gente.

Me abrazó. Estaba pálido.

Tenemos que ir a casa a curarte esas heridas.

Solté un solo sollozo, grave, estaba demasiado alterada para llorar.

Nunca he visto nada igual, dijo. En ocasiones se lanzan sobre la gente para impedir que se acerquen demasiado a los huevos o a sus polluelos, pero nunca antes había visto que atacaran a alguien, jamás.

Sentí un intenso deseo de destruirlas, de aprender a manejar un arma. Me rodeó con los brazos y me llevó hacia casa a través del bosque. Había un silencio absoluto.

Ya estás a salvo.

Salimos del bosque y bajamos la pendiente hasta la casa. El cielo tenía un color rojo intenso, de sangre. Entré en el cuarto de baño. Me dolían las plantas de los pies, había corrido sobre piedras y ramas; mis sandalias se habían quedado en la playa. Me lavé la cara, las heridas me escocían. Un rasguño en la mejilla, de una garra. No era tan profundo como había parecido en un

principio. Una herida en el borde de la oreja. Ya no sangraba. Me sequé la cara, me miré al espejo. Él estaba detrás de mí, la frente arrugada.

¿Hay riesgo de contraer alguna enfermedad o infección por estas heridas?

No, dijo. No lo creo.

Lo miré a través del espejo.

Eso que habías empezado a contarme...

Bajó los ojos.

Nada.

Sí. Dijiste que era terrible.

Negó con la cabeza detrás de mí, salió del cuarto de baño.

Fui tras él.

Estaba de pie, de espaldas con su camisa clara, se volvió.

Allis. ¿Nos sentamos en la terraza?

Asentí. Me puse la chaqueta de punto que colgaba de una silla junto a la mesa de comedor y lo seguí afuera. Había refrescado. El cielo ya no era rojo, sino de un color azul profundo. El jardín estaba a oscuras, apenas podía ver mis hortalizas iluminadas débilmente por la luna, habíamos apagado la luz exterior para evitar los insectos. Me senté en una de las sillas de jardín, junto a él. Suspiré profundamente. De pronto empecé a reírme.

Dios mío, dije. En menudo entorno vives.

Es culpa mía. ¿Te duele?

No. La mejilla me palpitaba, pero no me dolía.

Había algo que había querido decirme, pero ahora ya no. No me atreví a insistir, se encerraba con mucha facilidad en su mundo. No quedaba más remedio que esperar. Atacada por gaviotas, pensé, ¿hay algo más humillante?

¿Y qué ocurre a continuación?, dijo Bagge en voz baja.

¿Con nosotros?

No, perdona, dijo. Estaba pensando en otra cosa. En qué ocurre con los dioses cuando Balder muere y atrapan a Loki.

¿Estabas pensando en eso ahora?

Me gusta mucho oírte contar historias.

Bueno. La muerte de Balder desata la discordia.

¿Sí?

Decadencia moral. Hermanos matándose entre ellos. Supone el inicio del Ragnarök, el fin del mundo. El *Völuspá*, la profecía de la vidente, relata los enfrentamientos entre los dioses y las fuerzas del mal, son escenas terroríficas. Los dioses sucumben. Odín es devorado por el lobo *Fenrir*. Thor

vence a la serpiente de Midgard, pero muere finalmente por su veneno, que le cae encima durante la batalla.

Bagge escuchaba sentado en la oscuridad.

El sol y las estrellas se apagan. La tierra se hunde en el mar. Es el fin del mundo.

Su pecho no se movía, estaba conteniendo la respiración.

Emerge un nuevo mundo. La tierra vuelve a ascender del mar, verde y nueva. Balder regresa y vive en paz con su hermano Hod. Loki ha desaparecido. Todo es hermoso. Los campos crecen sin que nadie los siembre.

Me detuve. Bagge volvía a respirar.

No hay mujeres en el nuevo mundo, así que éste está libre de factores perturbadores y tensiones.

Buena idea.

Uno al que llaman *el Todopoderoso* desciende desde lo alto, ocupa el tribunal, resuelve asuntos y dicta sentencias. Las viejas culpas son destruidas por el fuego y se hunden en el mar.

¿Eso qué significa?

No sé, dije. Quizá que la culpa tiene que expiarse y erradicarse antes de que pueda surgir un nuevo mundo.

Entonces ¿todo está bien?

No. En la última estrofa del *Völuspá* se narra que el dragón *Nídhogg* llega volando desde Nídafjöll y sobrevuela el nuevo mundo, portando cadáveres entre sus plumas. Así es como acaba.

Me volví hacia Bagge, que me miraba muy serio.

¿Y eso qué significa?

No lo sé, dije. Quizá que en el nuevo mundo también existe el mal.

Estuvo un rato con la cabeza agachada. De pronto hizo un movimiento brusco y me miró.

Hay algo que tengo que contarte.

Se frotaba el muslo con la mano, arriba y abajo.

Porque quiero ser completamente sincero contigo si vamos a empezar de nuevo.

Espera, dije. Antes tengo que decirte algo yo.

Levantó una mano.

No, escúchame primero.

Tomó aliento.

Hay algo que debes saber.

¿Sí?

Sobre aquel día. En el fiordo.

Me estremecí, se me erizó la piel.

Sí, dije. El accidente.

Sí. Se volvió hacia mí. Pero no fue así.

Me miró, sus ojos eran dos agujeros negros, apenas brillaban.

Conversábamos en voz baja, envueltos en mantas delante de la hoguera, no teníamos sueño.

Miró al frente.

Había oscurecido por completo, como ahora. Y luego empezó a aclarar.

Se mordió el labio.

Era una noche tropical. Nos quedamos así hasta que al amanecer sacamos el bote. Cogimos una caña de pescar y subimos a bordo, tambaleantes; recuerdo sus risas justo detrás de mí.

Pero esto ya me lo has contado, le dije aliviada.

Me ignoró y continuó.

Ella remaba. Le encantaba remar, tenía unos brazos fuertes y cada golpe de remo era lento y largo. El fiordo estaba en absoluta calma, el sol empezaba a alzarse tras la cresta de la montaña. Hice un lanzamiento con la caña de pescar y dejé que el señuelo siguiese al bote. El fiordo centelleaba, el cielo estaba completamente iluminado. Remamos hasta la mitad del fiordo. Sentí que los efectos del alcohol iban desapareciendo, estaba sentado en la popa, contemplándola con claridad. Lo hermosa que era. Remaba despacio, con regularidad, tenía la mirada baja, parecía inmersa en su mundo. Yo me sentía tan sereno, tan alegre... Sus mejillas brillaban en el sol matutino. El aire era nítido y claro, fresco. Los pájaros cantaban.

Se detuvo. Estábamos rodeados de una oscuridad completa, la noche estaba en su punto más cerrado.

Le dije que la amaba. Entonces me miró, estaba llorando. Al principio pensé que era de felicidad.

Noté que el pulso me palpitaba en el estómago, quería y no quería escuchar sobre ella.

Ella lloraba en silencio. Apartó la mirada, observando por encima del hombro mientras seguía remando. Lloraba quedamente, todo el tiempo. No, le dije, ¿qué ocurre? No me respondió. ¿Qué ocurre? Respiró hondo, suspiró. Intentó secarse las lágrimas en el hombro, pero seguía remando como antes.

Hablaba en susurros, afligido.

Ella me miró y entonces respondió: Estoy triste. ¿Estás triste?, pregunté, casi aliviado. Asintió y volvió a bajar la mirada. ¿Por qué? Rompió a llorar de nuevo. ¿Me lo puedes decir? Negó con la cabeza. ¿Por qué no?

Bagge tomó aliento. Tenía los ojos cerrados y las cejas fruncidas, la boca seria; la misma expresión en el rostro que cuando hacía el amor. Como si sintiese todo, todos los sentimientos, buenos y malos a la vez.

Sentí una gran ternura por ella. ¿Has perdido a alguien? Oí que soltaba un lamento. Volvió a llorar en silencio. Nor, cariño. ¿Es alguien de la orquesta? Soltó otro sollozo suave que venía de lo más profundo, un sí. ¿Ahora?, pregunté. No respondió. Cariño, repetí. No me miraba a los ojos. ¿Irás al funeral? Negó con la cabeza. Pensé en lo pequeña que parecía, como una niña. No dije nada más. Ella había dejado de remar. Estaba quieta con los remos en el regazo y la mirada baja. Pobrecita, dije. Has perdido a alguien. El sol se elevaba por encima de la montaña, sentía un hormigueo en la piel. ¿Cuándo ha ocurrido?, pregunté. La parte superior de su cuerpo se hundió, inclinó la cabeza. Hace un año, dijo. Me dolió oírlo. Estaba triste por una pérdida que yo desconocía, y que seguía ocupando sus pensamientos. ¿Qué podría significar? Ya no lloraba. ¿Por qué no me dijiste nada? Cariño. Ella tenía la mirada perdida, vacía. No podía llorar su muerte. ¿Por qué no? No podía. Pero, Nor, ¿por qué no podías llorar su muerte? Apretó los labios, no quiso decir nada más. Él... empezó, pero apretó los labios de nuevo.

Bagge se quedó callado un instante. No me atreví a mirarlo, sentía mi propio aliento en la garganta, no quería emitir ningún sonido.

Entonces supe qué significaba. Pregunté qué había ocurrido. Enfermó, dijo Nor. ¿Lo cuidaste? No, su familia cuidó de él. ¿Estaba casado? Ella asintió. ¿Estuvisteis mucho tiempo juntos? Ella asintió lentamente.

Tenía la mandíbula en tensión mientras hablaba.

Ella alzó la mirada: ¡pero jamás pensé en abandonarte! De repente la vi con claridad: era fea, su rostro se había deformado. ¡Y quería que yo la consolase! Mi cuerpo se levantó de golpe para agarrarla, la caña de pescar cayó al agua, el bote se balanceaba, ella retrocedió para escapar, los remos se escurrieron, se cayó hacia atrás, todo ocurrió con una rapidez increíble, yo me quedé en el bote, quieto, esperándola, temblando de ira. Se había hundido, se había hundido en el agua oscura antes de que yo me tirase, no la veía, tuve que subir a coger aire varias veces, y al final la vi, muy abajo, y conseguí sacarla a la superficie. Pero ya era tarde.

¿No sabía nadar?, susurré.

Investigaron y dijeron que se había golpeado la cabeza contra la borda.

Estuvimos un rato en silencio. Me daba miedo. Él llevaba dentro todo eso.
¿Qué pasó después?

Bueno, entonces llegó el hospital, y luego, cuando entendieron que no había nada que hacer, la residencia. Y... dejé de ir a verla.

¿Por qué?

No respondió.

¿Por qué no ibas a verla?

Me sentía incapaz.

Pero ¿ella estaba consciente?

No. No. Pero yo no podía.

Había sufrido una...

Muerte cerebral. Sí.

Cerró los ojos. Recliné la cabeza y contemplé el oscuro cielo. Yo no le llegaba ni a la suela del zapato en cuanto a dolor se refería, y tampoco entendía qué ganaba teniéndome allí, no era más que una tipa pesada que se lo tomaba todo a la ligera y disfrutaba de la vida de la manera más pueril. No tenía nada que ofrecerle, excepto comida caliente y piel cálida. Todo lo que se me ocurría decirle carecía por completo de valor. Me daba la impresión de que se avergonzaba. Quería decirle que no debía, que no era necesario.

Gracias por contármelo, musité finalmente.

Entonces volvió la cabeza hacia mí con los ojos al borde del llanto. Se cogió la cabeza con las manos, los hombros alzados; no emitía ningún sonido. Acerqué a él mi silla y lo rodeé con un brazo. Acerqué mis labios a su oído.

Todo irá bien.

Estaba inmóvil, no temblaba, no derramaba ni una lágrima; sólo se quedó así.

Todo irá bien, repetí. Se apartó las manos de la cara y me abrazó. Me apretó fuerte, yo le acariciaba la espalda. Intenté pensar en lo que me había contado. Vivir con esto. Su vida, vista a la luz de estos hechos, tenía sentido. Cómo vivía, las pesadillas. Notaba la calidez de su cuerpo contra el mío. El penetrante chirrido de un saltamontes rompía la quietud. Permanecimos en completo silencio bajo el alba, yo me asía con fuerza a su camisa, de un tejido claro y fino; su cabello negro y suave en mi mejilla. Sentía los latidos de su corazón contra mi pecho, un golpeteo veloz y regular. Respiré profundamente, le acaricié el pelo. Tomé su cabeza entre las manos y apoyé la frente contra la suya.

Todo irá bien.

Estaba sereno. Me besó los párpados.

Allis, susurró. Tengo algo para ti.

¿Tienes algo para mí?

Asintió. Se puso de pie y extendió el brazo, cogió su mano, y tiró de mí para levantarme de la silla.

¿Qué es?

Ya lo verás.

De pronto pareció alegre, misterioso, y me pasó un brazo por la cintura y me llevó a través del jardín. Caminé descalza, con cuidado, sobre la hierba húmeda por el rocío. Los árboles frutales se alzaban nudosos hacia el cielo cada vez más iluminado.

Abajo, susurró, y me empujó delicado en dirección a las escaleras de piedra. Bajé lentamente, emocionada, las plantas de los pies contra la fría y dura piedra. El paisaje descansaba pacífico en la penumbra matutina, el fiordo estaba negro.

Espera aquí, dijo cuando llegamos al muelle. Y no mires. Me agarró por los hombros y me volvió hacia la escalera. En el aire había una brisa fresca y suave. Yo mantenía la mirada concentrada en la escalera, me vibraba el cuerpo. Supe que abría la puerta lateral del cobertizo, las bisagras chirriaban.

Quédate así, dijo. Asentí. Oí cómo recogía materiales de construcción. Cómo barría el suelo con movimientos cortos.

Allis.

¿Sí?

Él tenía la voz empañada. Pensé en el tiempo que llevaba aquí. Me acordé de cuando recorrí la alameda por primera vez, a principios de abril. ¿En qué pensaba yo entonces, mientras me acercaba a la casa? Me había bajado del autobús en la carretera nacional, todo cuanto poseía cabía en dos bolsas. Y entonces apareció Sigurd. Con su flequillo negro, sus camisas, sus largos pasos. Qué extraño me resultaba pensar en esto ahora.

Ya puedes darte la vuelta.

Los primeros meses. La dureza que mostraba, tan difícil de soportar. Mi debilidad. ¿Había cambiado yo desde entonces, o simplemente habían cambiado las circunstancias?

Me di la vuelta. La puerta del cobertizo estaba abierta de par en par. En el umbral estaba Sigurd, en penumbra. Dio un paso a un lado. Tras él, en el suelo, había una clara y brillante embarcación de madera que ocupaba todo el espacio. Me percaté enseguida de que se trataba de un bote *oselvar*, un *færing* de madera, de hermosas curvas. Me quedé atónita. Miré a Sigurd, que me sonrió, interrogante. Me acerqué unos pasos.

¿Lo has construido tú?

Asintió.

¿Tú solo?

Sí.

Puse una mano en la borda y la deslicé sobre la madera lisa, por el escálamó. Me volví hacia él.

¿Es en esto en lo que has estado trabajando?

Volvió a asentir.

Rodeé el bote lentamente.

Qué hermoso es.

Sigurd me miró, parecía tranquilo y alegre.

Lo he construido para ti.

Me detuve, lo miré.

¿Para mí?

Sí. El bote es tuyo.

No.

Sí. Es tuyo.

Contemplé la embarcación. Era perfecta. No sabía qué decir, cómo mostrarle lo abrumada que me sentía.

Tienes que haber tardado mucho.

Sí, bastante.

De repente me sentí tan orgullosa, tan orgullosa de ser suya... Un hombre que sabía construir un bote. Cuando uno puede construir algo así completamente solo, apenas hay límites para lo que puede llegar a conseguir.

¿Lo has sacado al fiordo?

Todavía no.

A pesar de no haber dormido en toda la noche, me sentía extrañamente despierta. Fuera había cada vez más claridad. Pronto el sol se asomaría por detrás del bosque.

¿Podemos botarlo?

¿Ahora?

Sí.

¿Te apetece?

Sí. Mucho.

Pareció pensárselo.

Sí. Claro que podemos, dijo. Si me ayudas.

Se acercó a las puertas que daban al fiordo y las abrió. El agua estaba en calma frente a nosotros. Introdujo los remos en el bote y luego lo levantamos

con cuidado del soporte de madera. Pesaba mucho, los nudillos se me pusieron blancos cuando lo llevamos hasta el muelle, luego lo colocamos sobre unos gruesos troncos que había allí y dejamos que se deslizase hacia el fiordo. Bajé descalza por encima de las piedras de la orilla.

Sube, dijo él.

Me monté en el bote. Sigurd se quitó los zapatos, se arremangó los pantalones. Empujó la embarcación hasta que ésta entró en el agua. Luego trepó por la borda y se sentó en la bancada que había frente a mí. Usé uno de los remos para empujar el bote hacia dentro. Flotábamos. Nos fuimos alejando despacio de la orilla. El fiordo estaba completamente en calma. El cielo, cada vez más claro. No se oía ningún sonido, salvo algún gorjeo vivaz que provenía del bosque. Sigurd extendió las manos, pidiéndome los remos.

¿Puedo remar? Me encanta remar.

Me miró.

Claro que sí, Allis. Es tu bote.

Introduje los remos en los escálamos, di una palada, nos propulsamos hacia delante.

No me lo puedo creer. Pensar que has creado algo tan hermoso.

Me sonrió con calidez.

¿Sientes lo bien que se acomoda sobre el agua?

Asintió.

¿Lo habías hecho antes?

Me miró.

Sí.

Remaba lenta fiordo adentro, noté como los efectos del alcohol de la noche estaban a punto de desaparecer, me sentía completamente despierta. El fiordo estático. Sigurd irradiaba paz y contemplaba sentado el agua. Con cada golpe de remo, la brisa le soplaba suave el cabello. Sobre el agua del fiordo iba quedando una estela que llegaba hasta el cobertizo. La casa se veía muy pequeña desde donde estábamos. El jardín también. Cuántas anécdotas y acontecimientos encerraba la imagen que tenía delante de mí. La primera botella de vino bajo el cerezo. Él tumbado sobre la hierba, bajo la lluvia. Los pájaros en las ratoneras.

Podía ver la playa desde el bote, una franja en la orilla, estrecha y clara, más allá del cobertizo. El tronco en el que nos sentamos. Nuestra ruta de escape por las rocas peladas, hacia el bosque. Cuando aparecieron las gaviotas, justo en el momento en que aparecieron, ¿qué fue lo que dijo? No lo recordaba, pero sentía cierto desasosiego en el pecho al pensar en ello. Algo

sobre que él había..., que yo lo había salvado. ¿De qué? ¿De la pena por la muerte de Nor? No. Otra cosa. Lo había salvado de algo que iba a hacer. Algo terrible.

Un rayo de sol surgió de detrás del bosque en ese mismo instante y me cegó ligeramente. Alrededor de Sigurd se proyectaba una aureola luminosa. La superficie del oscuro fiordo centelleaba.

Mira, dije. Ahí están mis sandalias, en la playa. Hice un gesto con la cabeza para señalar la orilla. Él giró el cuerpo y miró hacia atrás.

¿Dónde?

Al lado del tronco donde nos sentamos.

Asintió. Sí. Las veo.

Vacilé un poco.

Cuando estuvimos allí. Lo que me ibas a decir antes de que apareciesen las gaviotas.

Se volvió de nuevo hacia mí.

¿Qué era?

Ibas a contarme algo.

Me miró sin pestañear, pareció que intentaba recrear, evocar el recuerdo.

Me dijiste que te había salvado, dije. Un rayo de sol me alcanzó en la cara y lo miré con los ojos entornados.

Negó ligeramente con la cabeza.

De algo que querías hacer.

Me di cuenta de que sabía de qué le hablaba, y que fingía no entenderlo. Yo remaba con golpes lánguidos.

Algo terrible.

Asintió, me sostuvo la mirada. Sí, dijo. Lo sé. Pero ya no tiene importancia.

Pero ¿qué era?

Se calló. Vi que inspiraba profundamente.

Allis. No.

Sí.

Sólo si me prometes que luego no vas a darle más vueltas.

Asentí.

Lo prometo.

Nos alejábamos de la orilla. Dejé que los remos descansasen en los escálamos, goteaban en el agua.

El bote, dijo. Empecé a construirlo antes de que tú llegases.

Entiendo.

Justo después de quemar el anterior.
Me miró, arqueaba las cejas como disculpándose.
Había decidido que si Nor no se despertaba, entonces... Que si no se despertaba, si moría, cogería el bote y...
No lo digas, susurré.
Y me lanzaría al mar.
Bajó la mirada.
Se me contrajo el pecho.
Lo tenía bien planificado. Llevaba mucho tiempo pensándolo.
No sigas.
Iba a remar fiordo adentro, con un yunque atado a una pierna.
¿Por qué? Apenas me salía la voz.
No respondió.
No fue culpa tuya.
Permaneció con la cabeza gacha. Los remos ya no goteaban. Mis brazos estaban laxos.
Porque..., dijo. No lo sé. Porque era lo que quería.
Yo era incapaz de decir nada, sólo sentía cómo flotábamos sobre el agua, cómo nos mecíamos casi imperceptiblemente.
Me lo has prometido, Allis. Fue hace mucho. Ahora todo es diferente.
¿Cuándo cambiaste de idea?
Hace mucho.
¿Cuándo?
No lo sé.
Me miró suplicante.
No le des más vueltas. Me lo has prometido.
Asentí lentamente. Me dolía el pecho, me resultaba difícil respirar. Esto era peor de lo que me había imaginado. Su sentimiento de culpa por el accidente. Siempre sería así. Siempre. Jamás se liberaría de él. No me atrevía a mirarlo. Ojalá ese día pudiese simplemente desaparecer. Era posible que yo lo hubiese salvado de salir en esa embarcación y acabar con su vida, pero nadie podía salvarlo del dolor que lo había impulsado a plantearse hacerlo. Seguiría siempre presente. Empecé a remar de nuevo.
No le des más vueltas.
No.
Ahora lo veía muy claro, aquí en el bote, con el agua oscura bajo nosotros, cómo debió de ser. Sumergirse, buscar, subir a por aire, volver a sumergirse, una y otra vez y cada vez con menos esperanzas.

Estaba sentado con las piernas muy separadas, descalzo, la cabeza en dirección al fiordo, el sol a la espalda, el ceño fruncido. Yo lo había salvado. Pero no era ésa la sensación que tenía. En realidad pensaba que él tampoco tenía esa sensación. En todo caso, era él quien me había salvado a mí publicando aquel estafalario anuncio, me había salvado de todo.

Fue lo de Nanna, dijo, la mujer de Balder. Después me resultó imposible. No podía hacer nada que te hiriera.

¿Lo dices en serio?

Sí.

Mi mirada recorrió el agua, estábamos casi en medio del fiordo. La orilla quedaba lejos, la casa era un punto negro. El cielo tenía un color amarillo pálido y celeste, el fiordo centelleaba y era increíblemente hermoso. Él nunca me había visto nadar. Se me ocurrió al instante. Él no sabía si yo nadaba o no. Si dejaba que me salvase aquí, en el fiordo, si le dejaba salvarme la vida, si lograba simular que necesitaba ayuda, entonces todo se invertiría. Quizá así se liberara.

Antes..., dije.

Se volvió hacia mí.

Lo que me has contado.

Sí.

Yo también tengo algo, susurré. Algo que quiero contarte. Para que podamos empezar de nuevo.

Arrugó un poco la frente.

No es demasiado importante. Pero quiero decírtelo de todas formas.

El silencio y la luz matutina, el fiordo refulgente, todo hacía que aquello pareciera mucho más importante de lo que yo había pensado.

Debería habértelo dicho hace mucho tiempo, pero simplemente no se me ocurrió.

¿Sí?

Su voz tenía cierto tono de preocupación.

Pero un día recordé que me lo preguntaste hace mucho. Y no sé por qué lo hice, pero entonces no te dije la verdad.

Percibí que contenía la respiración. Saqué los remos del agua y dejé que descansasen sobre mi regazo.

En realidad, sólo es que...

Oh, Allis, me dije.

... que todavía no me he ocupado de las formalidades.

No dijo nada. Lo que me había contado sobre Nor esa misma noche. Sobre el hombre que enfermó. Inspiré con fuerza.

En realidad, estaba casada cuando llegué aquí.

Bajé la mirada al decirlo.

Y por consiguiente... lo sigo estando. Casada.

Permaneció callado. Miré hacia abajo, esperando a que él dijese algo.

Pero no tiene importancia.

No dijo nada. Nos mecíamos suavemente sobre el fiordo.

Siempre me ha costado mucho encargarme de los temas prácticos, dije, y me di cuenta de lo huecas que sonaban mis palabras.

Pero el motivo por el que no he hecho nada es sólo porque esto carece por completo de importancia para mí. Desde que te conozco.

El corazón me latía con más intensidad de lo que había imaginado.

¿Puedes decir algo, por favor?

Alcé la mirada hacia él, seguía inmóvil, mirando al frente, más allá de mí.

¿Sigurd?

Los pómulos, los oscuros huecos de sus ojos, las mejillas hundidas, tenía un halo de brutalidad.

¿Hola?

Agité una mano.

¿Puedes decir algo?

Iba a extender la mano para tocarle la rodilla, pero de pronto no me atreví.

Entiendo que he subestimado la importancia de esto. Lo siento muchísimo.

Lo miré.

Pero di algo, por favor.

Él no se inmutó. Ni pestañeaba. Sólo respiraba con tranquilidad y miraba al frente.

¿Sigurd?

Otra más.

¿Qué has dicho?

Me miró a los ojos.

Eres otra más.

¿Otra más qué?

Sí, dijo cogiendo aire. Su boca se contrajo en una pequeña sonrisa.

¿Qué quieres decir?

Negó lentamente con la cabeza. El aire de la mañana me erizaba la piel. No dijo nada más. Aguardé. De verdad que yo había pensado que no tenía

mayor importancia. Ahora tampoco veía que la tuviese.

Dime lo que soy, le insistí.

Estaba taciturno, contemplando el fiordo.

¿Que no he sido fiel?

Se volvió con un movimiento brusco.

Sí.

Me sostuvo la mirada. Tenía los ojos negros.

¿A ti?

A él.

Pero ¿eso qué importa?

No puedo confiar en ti.

¡Sí que puedes!

No.

Negó con la cabeza.

Sí. Siempre.

No cedió ni un ápice, tenía los ojos clavados en mí, le brillaban.

Créeme, susurré.

Lo miré suplicante.

Ellos no pueden arruinar lo que tenemos. Nadie puede hacerlo.

Ellos, dijo. No hay nadie más que nosotros. Estás culpando a los demás, Allis.

Yo, dije. Yo no voy a arruinar lo que tenemos. Te lo prometo.

De repente se abalanzó sobre mí y me agarró del cabello con una mano y me sujetó con fuerza.

A todos les prometes lo mismo, siseó entre dientes.

No, musité con gran esfuerzo, ya no.

Sentí un dolor punzante en el cuero cabelludo, en la nuca. Tiró con más fuerza.

¿Qué puedo decir?, susurré.

No me respondió.

¿Qué puedo hacer?

No dijo nada. Sólo me miraba. El bote se balanceaba. Yo había perdido la sensibilidad en la parte de atrás de la cabeza, ya no me dolía, sólo notaba su mano, que me agarraba con firmeza. Podía hacerlo ahora. Podía soltarme, caer por la borda, dejar que él me salvase. Entonces tendríamos lo que más deseábamos. El viejo mundo se hundiría en el mar, el nuevo emergería. Toda la esfera del sol era visible detrás del bosque, descansaba en el cielo y me producía una sensación de hormigueo en la cara. Su mirada, su mano. Tenía

que caerme por la borda, necesitar ayuda. Oía mi propia respiración, golpes acelerados. Desvié la mirada hacia el agua. Estaba tan tranquila, tan clara. El sol. La brillante superficie de madera se reflejaba en ella. Los remos, largos y pálidos, el cielo azul. El fiordo verde y radiante, los rayos de sol alcanzaban varios metros de profundidad. Nuestro bote. Construido para un nuevo comienzo. Me preparé para zafarme, alcanzar la superficie del agua, zambullirme, sumergirme, obligarme a no nadar, dejar que él se salvase a sí mismo salvándome a mí. Inspiré, cerré los ojos. Estaba a punto de coger impulso, de librarme de su agarre. Unas gaviotas volaban en círculos sobre nuestras cabezas. Era todo muy extraño.

¿No dijiste...?, susurré, y abrí los ojos. ¿No dijiste que el agua estaba negra?

No respondió.

Ocurrió al amanecer. Lo dijiste anoche.

Lo miré a los ojos, con el cuello rígido.

El agua no está negra.

Cogí aire.

¿Qué ocurrió realmente?

No respondió. La angustia pálida en su rostro, su aliento acelerado. La mirada oscura.

¿Qué ocurrió?

Cerró los ojos, siguió sin responder.

Sentía que me iba a estallar el pecho, resollaba.

Cuando ella se cayó, añadí.

Me contempló con una mirada lacerante, el sol en la espalda, aferrando mi cabello en su puño apretado.

No podía ser muy difícil de ver.

No dijo nada.

Tampoco encontrarla y sacarla del agua.

Sentí que estaba empapada en un sudor frío, pero no desvié mi mirada de la suya.

¿Se cayó?

Respiraba aceleradamente, no dijo nada.

Níðingr, pensé. De repente tenía un aspecto grotesco, el rostro desfigurado. Un depredador. Tenía que salvarme a mí misma.

No tuve tiempo de coger impulso antes de que él se abalanzase sobre mí y me agarrase de las muñecas. Los remos se escurrieron de mi regazo y fueron a parar al fiordo. Oía a las gaviotas graznar sobre nosotros. La embarcación

oscilaba, entraba agua por la borda. Él era demasiado grande. Caí hacia atrás, sobre la bancada. El impacto me dejó sin aliento, me golpeé la cabeza contra la proa. Me presionaba con todo su peso. El agua salada me escocía en los ojos. Presionó sus labios contra los míos. Apreté los dientes y atravesé su carne. Se apartó bruscamente y dio un alarido, un chorro rojo le brotaba de la boca. La mirada como el hollín. Metí el brazo en el agua. Palpé uno de los remos con las puntas de los dedos. Era muy pesado. Cada respiración me laceraba la garganta. Él se precipitó sobre mí, sus manos, alcé y giré el torso con un grito, un golpe brusco en la sien. Un estrepitoso chapoteo. Entonces todo se quedó en silencio.

El sabor de la sangre en mi boca. Conseguí darme la vuelta y ponerme de costado con un gemido, me temblaban los brazos y las piernas, después me puse de rodillas, pero caí pesadamente sobre la bancada. Tenía una tos áspera. Resollaba. El bote se mecía. El fiordo refulgía bajo el sol matutino. Estiré el cuello sobre la borda. La camisa clara, el cabello negro, ahí, justo debajo de la superficie. Sus rudas y morenas manos, pálidas bajo el agua. Me dolía el pecho. Me quedé ahí mirando con atención. Su cabello, tan increíblemente hermoso bajo el agua, danzaba de un lado a otro. La piel morena de su frente, la camisa casi transparente. Tenía los ojos cerrados, no me miraba.

No podía apartar la vista de aquel cabello que se arremolinaba en el agua, un millón de hilos negros fluctuantes. Introduje un brazo bajo la superficie, el suave cabello rozaba mi mano, la acariciaba. Quise aferrarme a él, pero se escurrió entre mis dedos y fue succionado abajo, abajo, hasta el lugar que los rayos del sol no alcanzaban. Después el fiordo sólo era verde. Un par de alas volaban en círculos en el cielo, sobre mí. Alcé la vista, una sombra oscura con cadáveres entre las plumas.



Agnes Ravatn (Ølen, Noruega, 1983) es escritora y columnista. Seleccionada como una de las autoras más prometedoras de Noruega por el periódico *Morgenbladet* y por el Festival de Literatura de Noruega, sus obras han merecido prestigiosos premios.

Debutó como novelista en 2007 con *Veke 53*. En 2013, publicó la aclamada novela *Fugletribunalet* (*El tribunal de los pájaros*), que se ha publicado en once países. En España se ha editado en 2019.